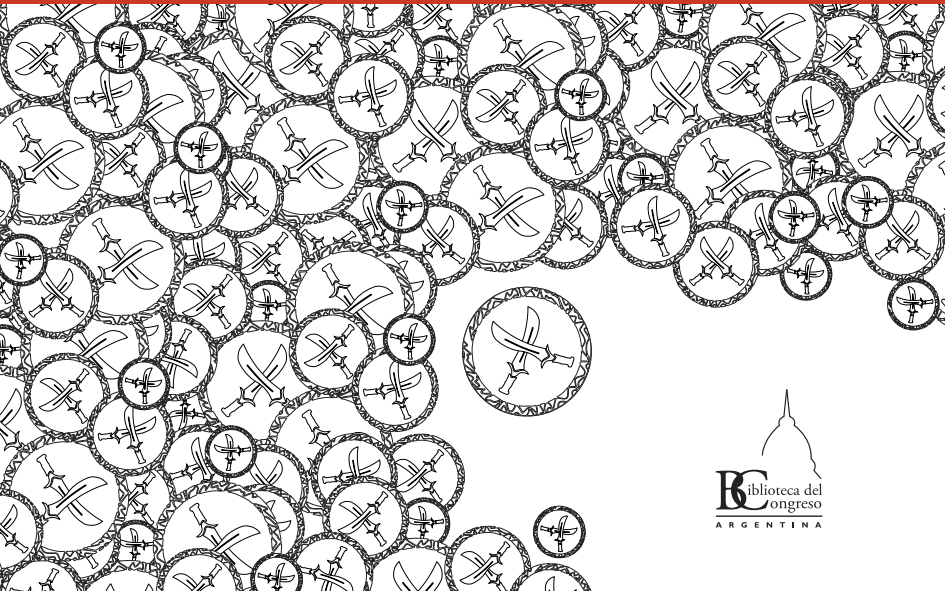


Sandokán

EMILIO SALGARI





Sandokán

Los tigres de Mompracem

Segunda parte

EMILIO SALGARI

Ilustraciones

Ignacio Campolongo

COLECCIÓN JUVENIL "VUELA EL PEZ"

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Salgari, Emilio

Sandokán los tigres de Mompracem / Emilio Salgari ; ilustraciones
Ignacio Campolongo. – Buenos Aires :
Biblioteca del Congreso de la Nación, 2024.
v.2 (236 p.) ; 17 cm. – (Vuela el pez)

1. Literatura juvenil italiana. 2. Novela italiana – Siglo XIX-XX. I.
Campolongo, Ignacio, il.
II. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina), ed.

Propietario

Biblioteca del Congreso de la Nación

Director Responsable

Alejandro Lorenzo César Santa

Adaptación, corrección y diseño

Subdirección Editorial

Impresión y encuadernación

Dirección Servicios Complementarios
Alsina 1835, 4.º piso. CABA

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2024
Alsina 1835

Impreso en Argentina - Printed in Argentina
octubre 2024

Queda hecho el depósito que previene la Ley n.º 11.723
ISBN 978-950-691-156-0

Índice

<i>Dos piratas en una estufa</i>	9
<i>El fantasma de la chaqueta roja</i>	27
<i>A través de la selva</i>	36
<i>El ataque de la pantera</i>	50
<i>El prisionero</i>	69
<i>Yáñez en la quinta</i>	82
<i>La mujer del Tigre</i>	115
<i>Hacia Mompracem</i>	131
<i>La reina de Mompracem</i>	141
<i>El bombardeo de Mompracem</i>	151
<i>En el mar</i>	162
<i>Los prisioneros</i>	176
<i>La fuga</i>	189
<i>Yáñez</i>	197
<i>La última batalla del Tigre</i>	216

Los tigres de Mompracem

I. Dos piratas en una estufa

Cualquier otro hombre que no hubiera sido malayo sin duda se habría roto las piernas en aquel salto, pero no así Sandokán que, además de ser duro como el acero, poseía la agilidad de un mono.

Apenas tocó tierra se puso en pie y empuñó el *kriss*, dispuesto a defenderse.

Afortunadamente, el portugués estaba allí. Saltó a su lado y, agarrándolo por los hombros, lo empujó brusca-mente hacia un grupo de árboles diciéndole:

—¡Pero huye, desgraciado! ¿Es que quieres dejarte fusilar?

—¡Déjame, Yáñez! —dijo el pirata, preso de una viva exaltación—. ¡Asaltemos la quinta!

Tres o cuatro soldados aparecieron en una ventana, apuntándoles con los fusiles.

—¡Sálvate, Sandokán! —se oyó gritar a Mariana.

El pirata dio un salto de diez pasos que fue saludado por una descarga de fusiles, y una bala le atravesó el turbante. Se volvió, rugiendo como una fiera, y descargó su arma contra la ventana, rompiendo los cristales e hiriendo en la frente a un soldado.

—¡Ven! —gritó Yáñez, arrastrándolo fuera de la casa—. ¡Ven, testarudo imprudente!

La puerta de la casa se abrió y diez soldados, seguidos de muchos nativos que empuñaban antorchas, se lanzaron a campo abierto.

El portugués hizo fuego a través del follaje. El sargento que mandaba al pequeño ejército cayó.

—Mueve las piernas, hermano mío —dijo Yáñez, mientras los soldados se detenían en torno a su jefe.

—No me decido a dejarla sola —dijo Sandokán, a quien la pasión le perturbaba el cerebro.

—Te he dicho que huyas. ¡Ven o te llevo yo!

Dos soldados aparecieron a solo treinta pasos; detrás de ellos venía un grupo numeroso.

Los dos piratas no dudaron más. Se lanzaron en medio de los matorrales y se pusieron a correr hacia la cerca, saludados por algunos tiros de fusil disparados al azar.

10

—Corre deprisa, hermano mío —dijo el portugués cargando la carabina, aunque sin dejar de correr—. Mañana devolveremos a esos miserables los tiros que nos han disparado por detrás.

—Temo haberlo echado todo a perder, Yáñez —dijo el pirata con voz triste.

—¿Por qué, amigo mío?

—Ahora que saben que yo estoy aquí, ya no se dejarán sorprender.

—No digo que no, pero si los praos han llegado tendremos cien tigres para lanzarlos al asalto. ¿Quién resistirá semejante carga?

—Tengo miedo del *lord*.

—¿Qué puede hacer?

—Es un hombre capaz de matar a su sobrina antes que dejarla caer en mis manos.

—¡Diablo! —exclamó Yáñez, rascándose furiosamente la frente—. No había pensado en eso.

Iba a detenerse para tomar aliento y buscar una solución al problema, cuando en medio de la profunda oscuridad observo unos reflejos rojizo.

—¡Los ingleses! —exclamó—. Han encontrado nuestra pista y nos siguen a través del jardín. ¡Corre deprisa, Sandokán!

Los dos partieron corriendo, adentrándose cada vez más en el jardín, para alcanzar la cerca.

Sin embargo, a medida que se alejaban, la marcha se hacía cada vez más difícil. Árboles grandísimos, lisos y derechos unos, nudosos y retorcidos otros, se erguían por todas partes sin dejar ningún pasadizo. Pero eran hombres que sabían orientarse por instinto, y estaban seguros de llegar en poco tiempo a la cerca.

En efecto, tras haber atravesado la parte boscosa del jardín, se encontraron en terrenos cultivados. Pasaron sin detenerse por delante del quiosco chino, retrocedieron para no perderse entre aquellas gigantescas plantas, se metieron de nuevo en medio de los yuyos y, corriendo a través de las flores, llegaron finalmente junto a la cerca, sin ser descubiertos por los soldados, que estaban ya explorando todo el jardín.

—Despacio, Sandokán —dijo Yáñez, sujetando a su compañero, que estaba ya a punto de lanzarse hacia la

empalizada—. Los disparos pueden haber atraído a los soldados que vimos salir después de la puesta del sol.

—¿Crees que habrán vuelto al jardín?

—¡Eh!... ¡Calla!... Agáchate aquí cerca y escucha.

Sandokán aguzó los oídos, pero no oyó más que el susurro de las hojas.

—¿Has visto a alguien? —preguntó.

—He oído romperse una rama en la parte de afuera.

—Puede haber sido cualquier animal.

—Y pueden haber sido los soldados. ¿Quieres que te diga más? Me parece haber oído cuchichear a algunas personas. Apostaría el diamante de mi *kriss* contra una moneda a que detrás de esta empalizada hay emboscados chaquetas rojas. ¿No te acuerdas del grupo que abandonó el jardín?

—Sí, Yáñez. Pero no nos detendremos aquí dentro.

—¿Y qué quieres hacer?

—Cerciorarme que el camino esté libre.

Sandokán, que ahora se había vuelto mucho más prudente, se alzó sin hacer ruido y después de haber echado una rápida mirada bajo los árboles del jardín, trepó con la ligereza de un gato por la empalizada.

Apenas había alcanzado la cima, cuando de la otra parte oyó palabras en voz baja.

—Yáñez no se había equivocado —murmuró.

Se inclinó hacia adelante y miró bajo los árboles que crecían al otro lado de la cerca. A pesar de que la oscuridad era profunda, descubrió unas sombras humanas reunidas junto al tronco de una colosal casuarina.



Se apresuró a bajar y se reunió con Yáñez, el cual no se había movido.

—Tenías razón —le dijo—. Al otro lado de la cerca hay hombres al acecho.

—¿Son muchos?

—Me han parecido una media docena.

—¡Por Júpiter!...

—¿Qué hacemos, Yáñez?

—Tenemos que alejarnos deprisa y buscar por otro sitio una vía de salvación.

—Temo que ya sea demasiado tarde. ¡Pobre Mariana!... Quizá nos creerá ya presos o acaso muertos.

—No pensemos en la muchacha por ahora. Somos nosotros los que corremos un grave peligro.

—Vámonos de aquí.

—Calla, Sandokán. Oigo hablar al otro lado de la cerca.

En efecto, se oían dos voces, una ronca y la otra imperiosa, que hablaban cerca de la empalizada. El viento hacía llegar las palabras de un modo inteligible hasta los oídos de los dos piratas.

—Te digo —afirmó la voz imperiosa— que los piratas han entrado en el jardín para intentar un golpe de mano sobre la quinta.

—No lo creo, sargento Bell —respondió su acompañante.

—¿Te parece que nuestros camaradas disparan cartuchos por diversión, estúpido? Tienes el cerebro vacío, Willis.

—Entonces no podrán escapársenos.

—Eso espero. Somos treinta y seis, podemos vigilar la cerca y reunirnos a la primera señal. Vamos, rápido, separémonos y abramos bien los ojos. Quizá tengamos que vérnoslas con el Tigre de Malasia.

Después de aquellas palabras se oyó romperse unas ramas y crujir unas hojas. Luego nada más.

—Esos villanos son bastante numerosos —murmuró Yáñez, inclinándose hacia Sandokán—. Estamos a punto de ser rodeados y, si no actuamos con suma prudencia, caeremos en la red que nos han tendido.

—¡Calla! —dijo el Tigre de Malasia—. Vuelvo a oír hablar.

La voz imperiosa dijo entonces:

—Tú, Bob, quédate aquí mientras yo voy a emboscar-me detrás de aquel alcanforero. Mantén el fusil montado y los ojos fijos en la cerca.

—No tema, sargento —respondió Bob—. ¿Cree que tendremos que vérnoslas precisamente con el Tigre de Malasia?

—Ese audaz pirata se ha enamorado locamente de la sobrina de *lord* Guillonk, un bomboncito destinado al *baronet* Rosenthal, y ya puedes imaginarte lo tranquilo que estará ese hombre. Estoy segurísimo de que esta noche ha intentado raptarla, a pesar de la vigilancia de nuestros soldados.

—¿Y cómo se las ha apañado para desembarcar sin ser visto por nuestros cruceros?

—Habrá aprovechado el huracán. Se dice también que se han visto unos praos navegando por el mar de nuestra isla.

—¡Qué audacia!

—¡Oh!... ¡No veremos nunca cosa parecida! El Tigre de Malasia nos dará qué hacer, te lo digo yo, Bob. Es el hombre más audaz que he conocido.

—Pero esta vez no se nos escapará. Si se encuentra en el jardín, no podrá salir tan fácilmente.

—¡Basta!, ¡a tu puesto, Bob! Tres carabinas cada cien metros de distancia pueden ser suficientes para detener al Tigre de Malasia y a sus compañeros. No olvides que nos ganaremos mil libras esterlinas si conseguimos matar al pirata.

—Una hermosa cifra, a fe mía —dijo Yáñez sonriendo—. *Lord James* te valora mucho, hermanito mío.

—¡Qué esperen ganarlas! —respondió Sandokán. Se levantó y miró hacia el jardín. Vio aparecer y desaparecer puntos luminosos entre los yuyos.

Los soldados de la quinta habían perdido el rastro de los fugitivos y buscaban al azar, esperando quizás al amanecer para emprender una verdadera batalla.

—Por ahora no tenemos nada que temer de parte de esos hombres —comentó.

—¿Quieres que intentemos escapar por alguna otra parte? —dijo Yáñez—. El jardín es espacioso y quizás no esté vigilada toda la cerca.

—No, amigo. Si nos descubren, tendremos a las espaldas cuarenta soldados y no podremos escapar tan fácilmente de sus tiros. Por ahora nos conviene escondernos en el jardín.

—¿Y dónde?

—Ven conmigo, Yáñez, y verás maravillas. Me has dicho que no cometa locuras y quiero demostrarte que seré prudente. Si me asesinaran, la muchacha no sobreviviría a mi muerte; por lo tanto, no intentemos nada desesperado.

—¿Y no nos descubrirán los soldados?

—No creo. Por otra parte, no nos quedaremos aquí mucho tiempo. Mañana por la noche, pase lo que pase, levantaremos el vuelo. Ven, Yáñez, voy a conducirte a un lugar seguro.

Los dos piratas se levantaron, colocándose las carabinas bajo el brazo, y se alejaron de la cerca, manteniéndose escondidos en medio de los yuyos.

Sandokán hizo atravesar a su compañero una parte del jardín y lo condujo a una pequeña construcción de un solo piso, que servía de invernadero para las flores a unos quinientos pasos de la casa de *lord* Guillonk.

Abrió la puerta sin hacer ruido y avanzó a tientas.

—¿Adónde vamos?

—Enciende un pedazo de yesca —respondió Sandokán.

—¿No descubrirán la luz desde fuera?

—No hay peligro. Esta construcción está rodeada de plantas espesísimas —Yáñez obedeció.

La estancia en que se encontraban estaba llena de grandes macetas donde crecían plantas que exhalaban penetrantes perfumes, pues estaban casi todas en flor, y, además, obstruida por sillas y mesitas de bambú. En el extremo opuesto, el portugués vio una estufa de dimensiones gigantescas capaz de contener media docena de personas.

—¿Nos esconderemos aquí? —preguntó a Sandokán—. ¡Hum! No me parece un lugar tan seguro. Los soldados no dejarán de venir a explorarlo, y más con ese mil de libras esterlinas que *lord* James ha prometido por tu captura.

—No te digo que no vendrán.

—Entonces nos encontrarán.

—¡Espacio, amigo Yáñez!

—¿Qué quieres decir?

—Que no se les ocurrirá la idea de ir a buscarnos dentro de una estufa.

Yáñez no pudo reprimir un estallido de risa.

—¡En esa estufa! —exclamó.

—Sí, nos esconderemos ahí dentro.

—Nos ensuciaremos, hermanito mío. El hollín no debe de escasear en ese monumental calorífero.

—Nos lavaremos más tarde, Yáñez.

—¡Pero..., Sandokán!

—Si no quieres venir, arréglatelas con los ingleses. No hay qué escoger, Yáñez: o en la estufa o dejarse atrapar.

—No se puede vacilar ante la elección —respondió Yáñez, riendo—. Vamos pues a visitar nuestro domicilio, para ver si al menos es cómodo.

Abrió la portezuela de hierro, encendió otro pedazo de yesca y se metió resueltamente en la inmensa estufa, estornudando sonoramente. Sandokán lo siguió sin vacilar.

Había sitio suficiente para ambos, pero también había una gran cantidad de cenizas y hollín. El horno era tan alto que podían mantenerse cómodamente parados.

El portugués, que no perdía nunca su buen humor, se echó a reír con más fuerza, no obstante, lo peligroso de la situación que atravesaban.

—¿Quién podrá imaginarse que el terrible Tigre de Malasia iría a esconderse aquí? —dijo—. ¡Por Júpiter, estoy seguro de que no nos encontrarán!

—No hables tan fuerte, amigo —recomendó Sandokán—. Podrían oírnos.

—¡Bah! Deben de estar todavía lejos.

—No tanto como crees. Antes de entrar en el invernadero he visto dos hombres que exploraban los yuyos a pocos centenares de nosotros.

—¿Vendrán a visitar también este lugar?

—Estoy seguro de ello.

—¡Diablos!... ¿Y si miran también en la estufa?

—No nos dejaremos atrapar tan fácilmente, Yáñez. Tenemos nuestras armas, así que podemos sostener un asedio.

—¡Pero sin un bizcocho! Espero que no te conformes con comer hollín. Y, además, las paredes de nuestra fortaleza no me parecen muy sólidas. Con un buen empujón de hombros se pueden derribar.

—Antes que tiren las paredes nos lanzaremos al ataque —dijo Sandokán, que tenía, como siempre, una inmensa confianza en su propia audacia y en su propio valor.

—Sin embargo, necesitaríamos procurarnos de víveres.

—Los encontraremos, Yáñez. He visto plátanos que crecen alrededor de este invernadero; saldremos a saquearlos.

—¿Cuándo?

—¡Calla!... ¡Oigo voces!...

—Me das escalofríos.

—Prepara la carabina y no temas. ¡Escucha!

Por la parte de afuera se oía hablar a varias personas que se acercaban. Las hojas crujían y las piedrecitas de la senda que conducía al invernadero chirriaban bajo los pies de los soldados.

Sandokán apagó la yesca, le dijo a Yáñez que no se moviera y a continuación abrió con precaución la portezuela de hierro para mirar afuera.

El invernadero estaba aun completamente oscuro, pero a través de los cristales se vio brillar alguna antorcha en medio de los plátanos que crecían a lo largo de la senda.

20

Mirando con mayor atención descubrió cinco o seis soldados, a quienes le seguían dos hombres.

—¿Se dispondrán a inspeccionar el invernadero? —se preguntó con cierta ansiedad. Volvió a cerrar con precaución la portezuela y se reunió con Yáñez en el momento en que un rayo de luz iluminaba el interior del pequeño edificio.

—Vienen —dijo al compañero, que ya casi no se atrevía a respirar—. Hemos de estar dispuestos a todo, incluso a lanzarnos contra esos inoportunos. ¿Has montado la pistola?

—Tengo ya el dedo en el gatillo.

—¡Muy bien! Desenvaina también el *kriss*.

El grupo entraba entonces en el invernadero, iluminándolo completamente. Sandokán, que se mantenía

junto a la portezuela, vio a los soldados mover las mace-
tas y las sillas, inspeccionando todos los rincones de la
estancia. A pesar de su inmenso coraje, no pudo reprimir
un estremecimiento.

Buscando de aquel modo, era probable que repararan
de la estufa; por lo tanto, era de esperar, de un momento
a otro, su desagradable visita.

Sandokán se apresuró a reunirse con Yáñez, el cual
se había acurrucado en el fondo, medio ahogado por las
cenizas y el hollín.

—No te muevas —le susurró—. Quizá no nos descubran.

—¡Calla! —dijo Yáñez—. ¡Escucha!

Una voz decía:

—¿Habrás podido alzar el vuelo ese condenado pirata?

—¿O se habrá hundido bajo la tierra? —sugirió otro
soldado.

—¡Oh! Ese hombre es capaz de todo, amigos míos
—dijo un tercero—. ¡Les digo que ese *sacripante* no es
como nosotros, sino un hijo del compadre Belcebú!

—Yo creo lo mismo —prosiguió la primera voz con cierto
temblor, lo que indicaba que su propietario tenía encima
una buena dosis de miedo—. No lo he visto más que una
vez y me ha bastado. No era un hombre, sino un verdade-
ro tigre, y les juro que tuvo el corazón de arrojarle contra
cincuenta sujetos sin que una bala pudiese alcanzarlo.

—Me das miedo, Bob —dijo otro soldado.

—¿Y quién no tendría miedo? —prosiguió Bob—. Yo
creo que ni siquiera *lord* Guillonk se sentiría con ánimo
suficiente para enfrentarse a ese hijo del infierno.

—De cualquier modo, nosotros intentaremos atraparlo; es imposible que ahora se nos escape. El jardín está todo rodeado y, si quiere escalar la cerca, dejará allí los huesos. Apostaría dos meses de mi paga contra dos peniques a que lo capturaremos.

—Los espíritus no se aprisionan.

—Tú estás loco, Bob, para creerlo un ser infernal. ¿Acaso los marineros del crucero que derrotaron a los dos praos en la desembocadura del río no le metieron una bala en el pecho? *Lord* Guillonk, que tuvo la desventura de curar su herida, ha asegurado que el Tigre es un hombre como nosotros y que de su cuerpo sale sangre igual que del nuestro. ¿Y tú admites que los espíritus tengan sangre?

22

—No.

—Pues entonces ese pirata no es más que un villano, muy audaz, muy valiente, pero siempre un canalla digno de la horca.

—¡Diablo! —murmuró Sandokán—. ¡Si no me encontrara aquí dentro, te enseñaría quién soy yo!

—Vamos —prosiguió la voz de antes—. Sigamos buscándolo o perderemos las mil libras que *lord* James Guillonk nos ha prometido.

—Aquí no está. Vamos a buscarlo a otra parte.

—Despacio, Bob. Allí veo una estufa monumental capaz de servir de refugio a varias personas. Prepara la carabina y vamos a ver.

—¿Quieres burlarte de nosotros, camarada? —dijo un soldado—. ¿Quién crees que va a esconderse ahí dentro? Ahí no cabrían ni los pigmeos del rey de Abisinia.

—Te digo que vamos a inspeccionarla.

Sandokán y Yáñez se echaron atrás todo lo que pudieron, tendiéndose entre las cenizas y el hollín para escapar mejor a las miradas de aquellos curiosos.

Un instante después se abrió la portezuela y un rayo de luz se proyectaba en el interior, insuficiente, sin embargo, para iluminar toda la estufa. Un soldado introdujo la cabeza, pero enseguida la retiró estornudando sonoramente. Un puñado de hollín, que le había lanzado Sandokán a la cara, le había puesto más negro que un deshollinador y casi le había cegado.

—¡Al diablo el que tuvo la idea de hacerme meter las narices dentro de este depósito de mugre! —exclamó el inglés.

—Era una idea ridícula —exclamó otro soldado—. Aquí estamos perdiendo un tiempo precioso sin resultado. El Tigre de Malasia debe de encontrarse en el jardín y quizá a estas horas a punto de saltar la cerca.

—Salgamos deprisa —dijeron todos—. No será aquí donde ganemos las mil libras esterlinas prometidas por el *lord*.

Los soldados se batieron precipitadamente en retirada, cerrando con estrépito la puerta del invernadero. Durante algunos instantes se oyeron sus pasos y sus voces, después nada más.

El portugués respiró largamente.

—¡Cuerpo de cien mil espingardas! —exclamó—. Me parece haber vivido cien años en pocos segundos. ¡No daba una moneda de plata por nuestra piel! Por poco que el soldado se hubiera alargado y nos hubiera descubierto. Se podría encender un cirio a Nuestra Señora de los Mares.

—No niego que el momento haya sido terrible —respondió Sandokán—. Cuando vi tan cerca aquella cabeza, se puso todo rojo ante mí y no sé cómo he podido contenerme para no hacer fuego.

—¡Hubiera sido una fea situación!

—Pero ahora ya no tenemos nada que temer. Continuarán su búsqueda en el jardín, y luego acabarán por persuadirse de que ya no estamos aquí.

24

—¿Y cuándo nos iremos?... Desde luego no tendrás la idea de quedarte aquí una semana. Piensa que los praos pueden haber llegado ya a la desembocadura del río.

—No tengo ninguna intención de quedarme aquí encerrado, tanto más que no abundarán los víveres. Esperemos a que ceda un poco la vigilancia de los ingleses y ya verás cómo levantamos el vuelo. Yo también tengo un gran deseo de saber si nuestros hombres han llegado, porque sin su ayuda nos será imposible raptar a mi Mariana.

—Sandokán mío, vamos a ver si hay algo que poner bajo los dientes o con que refrescar la garganta.

—Pues salgamos, Yáñez.

El portugués creía ahogarse dentro de la estufa; echó la carabina por delante y luego se arrastró hasta la portezuela, saltando ágilmente sobre un tiesto que estaba cerca, para no dejar en el suelo las huellas del hollín.

Sandokán imitó aquella prudente maniobra y, saltando de maceta en maceta, llegaron a la puerta del invernadero.

—¿No se ve a nadie? —preguntó.

—Todo está oscuro en el exterior.

—Entonces vamos a saquear los plátanos.

Se dirigieron hasta los boscajes que crecían a lo largo del sendero y, después de haber encontrado algunos frutos, armaron una abundante provisión para calmar el apetito y los ardores de la sed.

Iban a volver al invernadero, cuando Sandokán se detuvo diciendo:

—Espérame aquí, Yáñez. Quiero ir a ver dónde están los soldados.

—Vas a cometer una imprudencia —respondió el portugués—. Déjalos que busquen donde quieran. ¿Qué nos importa ahora eso?

—Tengo un plan en la cabeza.

—¡Al diablo tu plan! Por esta noche no se puede hacer nada.

—¿Quién sabe? —respondió Sandokán—. Quizá podamos marcharnos sin esperar a mañana. Además, mi ausencia será breve.

Entregó a Yáñez la carabina, empuñó el *kriss* y se alejó silenciosamente, manteniéndose bajo la oscura sombra de los boscajes.

Cuando llegó al último grupo de plátanos, descubrió a gran distancia algunas antorchas que se dirigían a la cerca.

—Parece que se alejan —murmuró—. Vamos a ver qué sucede en la casa de *lord* James. ¡Ah!... Si pudiese ver siquiera por unos instantes a mi muchacha... Me iría de aquí más tranquilo.

Ahogó un suspiro y se dirigió hacia el sendero, procurando mantenerse al abrigo de los troncos de los árboles y de los arbustos.

Cuando llegó al alcance de la casa, se detuvo bajo unos mangos y miró. Su corazón se sobresaltó al ver la ventana de Mariana iluminada.

—¡Ah! ¡Si pudiese raptarla! —murmuró, mirando la luz que brillaba a través de las rejas.

26

Dio tres o cuatro pasos, manteniéndose inclinado hacia el suelo para que no lo descubriera ningún soldado que pudiera hallarse emboscado por aquellos alrededores, y después se detuvo nuevamente.

Había descubierto una sombra que pasaba delante de la luz y le pareció que era la de su mujer amada.

Estaba a punto de lanzarse hacia adelante, cuando al bajar los ojos vio una forma humana quieta delante de la puerta de la casa. Era un centinela, que estaba apoyado en su carabina.

“¿Me habrá descubierto?”, se preguntó.

Su vacilación duró un solo instante. Había vuelto a ver la sombra de la muchacha, que pasaba de nuevo por detrás de las rejas.

Sin cuidarse del peligro se lanzó hacia adelante. Apenas había dado diez pasos, cuando vio que el centinela empuñaba rápidamente la carabina.

—¿Quién vive? —gritó.

Sandokán se detuvo.

II. El fantasma de la chaqueta roja

Ahora la partida estaba perdida y amenazaba con volverse seriamente peligrosa para el pirata y su compañero.

Dada la oscuridad y la distancia, no era de suponer que el centinela hubiera podido descubrir con claridad al pirata, que se había escondido rápidamente detrás de un arbusto; pero en cualquier momento podía abandonar su puesto e ir a buscarlo o llamar a otros compañeros.

27

Sandokán comprendió que iba a exponerse a un gran peligro, y así, en vez de avanzar, permaneció inmóvil detrás de aquel abrigo.

El centinela repitió la intimación; al no recibir respuesta alguna, dio unos pasos adelante para intentar descubrir lo que se escondía detrás del arbusto. Luego, pensando quizá que se había equivocado, regresó hacia la casa y volvió a su puesto en la entrada.

Sandokán, a pesar de sentir sobre sí el fortísimo deseo de realizar su temeraria empresa, comenzó a retroceder lentamente con mil precauciones, pasando de un tronco a otro y arrastrándose detrás de los arbustos sin apartar los ojos del soldado, el cual tenía siempre

el fusil en la mano, dispuesto a disparar. Cuando llegó al medio del jardín, apresuró el paso y llegó corriendo al invernadero, donde lo esperaba el portugués, presa de mil ansiedades.

—¿Qué has visto? —preguntó Yáñez—. Ya estaba temiendo por ti.

—¡Nada bueno para nosotros! —respondió Sandokán con sorda cólera—. La casa está custodiada por centinelas y numerosos soldados recorren el jardín en todas las direcciones. Esta noche no podremos intentar absolutamente nada.

—Aprovechemos para descansar un poquito. Seguramente aquí ya no volverán a molestarnos.

—¿Quién puede asegurarlo?

—¿Quieres hacerme enfadar, Sandokán?

28

—Cualquier otra patrulla puede pasar por estas cercanías y hacer una nueva exploración.

—Me parece que esto marcha mal para nosotros, hermanito mío. ¡Si tu muchacha pudiera sacarnos de esta fea situación!...

—¡Pobre Mariana! ¡Quién sabe cómo la vigilarán! ¡Y quién sabe cuánto sufrirá sin tener noticias nuestras! Daría cien gotas de mi sangre por poder decirle que estamos vivos todavía.

—Se encuentra en condiciones mucho mejores que nosotros, hermanito. No pienses más en ella por ahora. ¿Quieres que aprovechemos estos momentos de tregua para dormir unas horas? Un poco de descanso nos vendrá bien.

—Sí, pero con un ojo abierto.

—Me gustaría dormir con los dos ojos abiertos. Vamos a tumbarnos detrás de esas macetas e intentaremos dormir.

El portugués y su compañero, aun cuando no se sentían completamente tranquilos, se acomodaron lo mejor posible en medio de unos rosales chinos y procuraron dormir.

Pero a pesar de toda su buena voluntad, no fueron capaces de pegar un ojo. El temor de que aparezcan otra vez los soldados de *lord* James los tenía constantemente despiertos. Incluso varias veces para calmar su creciente ansiedad se levantaron y salieron del invernadero para ver si sus enemigos se acercaban.

Cuando comenzaba a amanecer, los ingleses registraban el parque con mayor ensañamiento. Parecía que estaban seguros de descubrir, antes o después, a los dos audaces piratas que habían cometido la imprudencia de saltar la cerca del jardín.

Yáñez y Sandokán, viéndolos lejos, aprovecharon para saquear una especie de naranjo que producía frutas tan grandes como la cabeza de un niño y muy jugosas, conocidas por los malayos como *buá kadangsa*. Luego volvieron a esconderse en la estufa, después de haber tenido la precaución de borrar cuidadosamente las huellas de hollín que habían dejado en el suelo.

A pesar de que el invernadero ya había sido inspeccionado, los ingleses podían a la luz del día volver para asegurarse de que no se escondían allí los dos prófugos.

Sandokán y Yáñez, después de haber devorado su escaso refrigerio, encendieron los cigarrillos y se acomodaron entre las cenizas y el hollín, esperando que volviera a caer la noche para intentar la fuga.

Llevaban allí ya varias horas cuando a Yáñez le pareció oír pasos fuera. Ambos se levantaron empuñando los *kriss*.

—¿Vuelven? —preguntó el portugués.

—¿No te habrás equivocado? —dijo Sandokán.

—No, alguien ha pasado por el sendero.

—Si fuera cierto que se tratase de un solo hombre, saldría para hacerlo prisionero.

—¡Estás loco, Sandokán!

—Por él podríamos saber dónde se encuentran los soldados y por qué parte se puede pasar.

—¡Hum!... Estoy seguro de que nos engañaría.

—No se atrevería con nosotros, Yáñez. ¿Quieres que vayamos a ver?

—No te fíes, Sandokán.

—Sin embargo, hay que intentar algo, amigo mío.

—Déjame que salga yo.

—¿Y me voy a quedar yo aquí sin hacer nada?

—Si me hace falta ayuda, te llamaré.

—¿Ya no oyes nada?

—No.

—Entonces vete, Yáñez. Yo estaré preparado para lanzarme fuera.

Yáñez se quedó escuchando primero unos instantes, luego atravesó el invernadero y salió. Se escondió en medio

de un arbusto y vio algunos soldados que todavía estaban sacudiendo, aunque con disgusto, los arbustos del jardín.

Los otros debían haberse dirigido al exterior, habiendo perdido la esperanza de encontrar a los piratas en los alrededores de la casa.

—Esperemos —dijo Yáñez—. Si no nos encuentran en todo el día se persuadirán quizá de que hemos conseguido largarnos a pesar de su vigilancia. Si todo va bien, esta noche podremos abandonar nuestro escondite y lanzarnos a la selva.

Iba a volver, pero al girar su mirada hacia la casa vio un soldado que avanzaba por el sendero que conducía al invernadero.

—¿Me habrá descubierto? —se preguntó ansiosamente.

Se ocultó en medio de los plátanos y, detrás de aquellas gigantescas hojas, se reunió rápidamente con Sandokán. Este, al verlo con el rostro alterado, comprendió enseguida que algo grave debía de haberle sucedido.

—¿Te han seguido acaso? —le preguntó.

—Temo que me hayan visto —respondió Yáñez—. Un soldado se dirige hacia nuestro refugio.

—¿Uno solo?

—Sí, solo.

—¡Pues es el hombre que me hace falta!

—¿Qué quieres decir?

—¿Están lejos los otros?

—Están cerca de la empalizada.

—Entonces lo atraparemos.

—¿A quién? —preguntó Yáñez con espanto.

—Al soldado que se dirige hacia aquí.

—Pero ¿quieres que nos aprisionen?

—Ese hombre me es necesario. Vamos, sígueme.

Yáñez quiso protestar, pero Sandokán ya se hallaba fuera del invernadero. Así que de buena o mala gana se vio obligado a seguirlo para impedirle que cometiese alguna gran imprudencia.

El soldado que Yáñez había descubierto no se encontraba a más de doscientos pasos. Era un jovencito delgado, pálido, con el cabello rojo e imberbe todavía, probablemente un soldado novato. Avanzaba descuidadamente, silbando entre dientes y llevando un fusil en la bandolera. Por lo visto, no se había percatado de la presencia de Yáñez, pues de haber sido así, habría empuñado el arma y no habría avanzado sin tomar algunas precauciones o llamar en su ayuda a algún compañero.

32

—Será fácil capturarlo —dijo Sandokán, inclinándose hacia Yáñez, que se había reunido con él—. Mantengámonos escondidos en medio de estos plátanos y apenas haya pasado ese jovencito caeremos sobre él por la espalda. Prepara un pañuelo para amordazarlo.

—Estoy preparado —respondió Yáñez—, pero te digo que vas a cometer una imprudencia.

—No podrá oponer mucha resistencia.

—¿Y si grita?

—No le dará tiempo. ¡Ahí está!

El soldado había sobrepasado ya el matorral sin haberse dado cuenta de nada. Yáñez y Sandokán, de común acuerdo, cayeron sobre él por la espalda. Mientras el Tigre

lo aferraba por el cuello, el portugués le ponía la mordaza en la boca. A pesar de que el ataque fue fulminante, el jovencito tuvo tiempo de dar un grito agudo.

—Rápido, Yáñez —dijo Sandokán.

El portugués tomó en sus brazos al inglés y lo transportó rápidamente a la estufa. Sandokán lo alcanzó a los pocos momentos. Estaba bastante inquieto porque no había tenido tiempo de recoger la carabina del prisionero al ver dos soldados que se lanzaban hacia el sendero.

—¡Estamos en peligro, Yáñez! —dijo, entrando rápidamente en la estufa.

—¿Se han dado cuenta de que hemos raptado al soldado? —preguntó Yáñez palideciendo.

—Deben de haber oído el grito.

—Entonces estamos perdidos.

—Todavía no. Pero, si ven en el suelo la carabina de su compañero, seguro que vendrán aquí a buscarlo.

—No perdamos tiempo, hermanito mío. Salgamos de aquí y corramos hacia la cerca.

—Nos fusilarán antes de que podamos dar cincuenta pasos. Quedémonos en la estufa y esperemos con calma los acontecimientos. Además, estamos armados y dispuestos a todo.

—Me parece que vienen.

—¡No te asustes, Yáñez!

El portugués no se había equivocado. Algunos soldados que habían llegado ya cerca del escondite comentaban la misteriosa desaparición de su compañero.

—Si ha dejado aquí el arma, quiere decir que alguien lo ha sorprendido y se lo ha llevado —decía un soldado.

—Me parece imposible que los piratas se encuentren todavía aquí y que hayan tenido tanta audacia como para intentar un golpe semejante —decía otro—. ¿Habrá querido Barry burlarse de nosotros?

—No me parece que sea este momento propicio para bromas.

—Sin embargo, yo no estoy convencido de que le haya ocurrido una desgracia.

—Pues yo en cambio les digo que ha sido atacado por los dos piratas —replicó una voz nasal con acento escocés—. ¿Quién ha visto a esos dos hombres saltar la empalizada?

34

—Pues, si no, ¿dónde crees que están escondidos? Hemos recorrido todo el jardín sin encontrar ni rastro. ¿Serán realmente esos villanos dos espíritus infernales, capaces de esconderse bajo la tierra o en el tronco de los árboles?

—¡Eh!... ¡Barry!... —gritó una voz de trueno—. Déjate de bromas, sinvergüenza, o te haré azotar.

Naturalmente nadie respondió. El jovencito tenía buenas ganas de ello, pero, amordazado como se encontraba, y además amenazado por los *kriss* de Sandokán y de Yáñez, no podía hacerlo. Aquel silencio confirmó a los soldados en la sospecha de que a su compañero le había ocurrido una desgracia.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó el escocés.

—Busquémoslo, amigos —dijo otro.

—Ya hemos registrado toda esta zona.

—Entremos en el invernadero —dijo un tercero. Los dos piratas, al oír aquellas palabras, se sintieron invadidos por una profunda intranquilidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó Yáñez.

—Ante todo, ¡matemos al prisionero! —resolvió Sandokán.

—La sangre nos traicionaría. Además, creo que este jovencito está medio muerto del susto y no podrá hacernos daño.

—De acuerdo, perdonémosle la vida. Ponte junto a la portezuela y rompe el cráneo al primer soldado que intente entrar.

—¿Y tú?

—Preparo una hermosa sorpresa a los chaquetas rojas.

Yáñez tomó la carabina, la montó y se tendió entre las cenizas. Sandokán se inclinó sobre el prisionero, diciéndole:

—Ten cuidado, porque como intentes dar un solo grito te clavo el puñal en la garganta, y te advierto que la punta ha sido envenenada con el jugo mortal del *upas*. Si quieres vivir, no hagas un solo movimiento.

Dicho esto, se levantó y empujó las paredes de la estufa en distintos lugares.

—Será una espléndida sorpresa —dijo—. Esperemos el momento oportuno para mostrarnos.

Entretanto, los soldados habían entrado en el invernadero y removían con rabia las macetas, maldiciendo al Tigre de Malasia y su compañero. Como no encontraron nada, fijaron sus miradas en la gran estufa.

—¡Por mil cañones! —exclamó el escocés—. ¿Habrán asesinado a Barry y lo habrán escondido después ahí dentro?

—Vamos a ver —dijo otro.

—Despacio, compañero —dijo un tercero—. La estufa es lo suficientemente amplia como para ocultar más de un hombre.

Sandokán se había apoyado entonces contra las paredes, dispuesto a dar un empujón tremendo.

—¡Yáñez —dijo—, prepárate a seguirme!

Al oír abrirse la portezuela, Sandokán se retiró unos pasos y luego se lanzó. Se oyó un sordo fragor y a continuación las paredes, desfondadas por aquella poderosa sacudida, cedieron.

36

—¡El Tigre! —gritaron los soldados, arrojándose a derecha e izquierda.

En medio del derrumbamiento de los ladrillos había aparecido de improviso Sandokán, con la carabina en la mano y el *kriss* entre los dientes.

Disparó contra el primer soldado que vio delante y luego se lanzó con ímpetu irresistible sobre los demás, derribando a otros dos. Luego, huyó seguido de Yáñez.

III. A través de la selva

El espanto experimentado por los soldados al ver aparecer ante sí al formidable pirata había sido tal que en ese momento ninguno pensó en hacer uso de sus armas.

Cuando, repuestos de la sorpresa, quisieron emprender la ofensiva, ya era demasiado tarde.

Los dos piratas, sin cuidarse de los toques de trompeta que salían de la quinta y de los tiros de fusil de los soldados desplegados por el jardín (disparados al azar pues aquellos hombres aún no sabían qué había sucedido), se encontraban ya en medio de los grupos de arbustos y la espesura de la maleza.

En dos minutos, corriendo furiosamente, llegaron en medio de los grandes árboles. Resoplaron y miraron a su alrededor.

Los soldados que habían intentado bloquearlos en la estufa se habían lanzado fuera del invernadero, gritando a voz en cuello y haciendo fuego entre el verde.

Los de la quinta, comprendiendo finalmente que se trataba de algo grave y sospechando quizá que sus compañeros habían descubierto al formidable Tigre de Malasia, corrieron a través del jardín para alcanzar las empalizadas.

—Demasiado tarde, queridos míos —dijo Yáñez—. Llegaremos nosotros antes.

—¡A la carrera! —dijo Sandokán—. No nos dejaremos cortar el camino.

—Mis piernas están listas.

Volvieron a correr con el mismo vigor, manteniéndose ocultos en medio de los árboles y, una vez llegados a la cerca, la atravesaron de dos saltos, dejándose caer del otro lado.

—¿No hay nadie? —preguntó Sandokán.

—No se ve un alma.

—Pues metámonos en el bosque. Allí les haremos perder nuestro rastro.

La selva no estaba más que a dos pasos. Ambos se metieron en el interior, corriendo a gran velocidad. Pero, a medida que iban alejándose, la marcha se hacía más difícil.

Por todas partes surgían espesos matorrales, apretados, encajados entre árboles enormes que proyectaban sus gruesos y nudosos troncos a alturas extraordinarias, se entretejían y se enroscaban como boas monstruosas, miríadas de raíces.

Descendían desde lo alto, para después volver a subir, enredándose en los troncos y en las ramas de los grandes vegetales —los *calamus*, *rotang* y *gambir*— que formaban redes resistentes a todos los esfuerzos, desafiando incluso a las hojas de los cuchillos; debajo del *piper nigrum* se formaban montones tales que hacían vana toda tentativa de paso.

A derecha, a izquierda, delante y detrás, se erguían duriones de troncos derechos y lustrosos, cargados de fruta ya casi madura, proyectiles excesivamente peligrosos, pues estaban revestidos de púas durísimas como si fueran de hierro. Se veían, además, grupos inmensos de plátanos de hojas desmesuradas. A su vez, había *beteles*, *arengas saccharíferas* con sus elegantes penachos, y naranjos con frutos tan grande como la cabeza de un niño.

Los dos piratas, perdidos en medio de aquella frondosa selva, que verdaderamente podía llamarse virgen, se encontraron bien pronto en la imposibilidad de avanzar.

Hubiera sido necesario el cañón para desfondar aquella muralla de troncos de árbol, de raíces y de *calamus*.

—¿Dónde vamos, Sandokán? —preguntó Yáñez—. Yo ya no sé por qué zona pasar.

—Imitaremos a los monos —dijo el Tigre de Malasia—. Es una maniobra que a nosotros ya nos resulta familiar.

—Y también muy apreciable en estos momentos.

—Sí, porque haremos que los ingleses que nos siguen pierdan nuestro rastro.

—¿Sabremos después orientarnos?

—Ya sabes que los borneses no perdemos nunca la buena dirección, aunque nos falte la brújula. Nuestro instinto de hombres de los bosques es infalible.

—¿Habrán entrado ya en la selva los ingleses?

—Lo dudo, Yáñez —respondió Sandokán—. Si nosotros, que estamos habituados a vivir en medio de los bosques, estamos cansados, ellos no habrán podido dar diez pasos. A pesar de todo, intentemos alejarnos rápidamente. Sé que el *lord* tiene grandes perros y esos condenados animales podrían alcanzarnos.

—Tenemos puñales para destriparlos, Sandokán.

—Son más peligrosos que los hombres. Vamos, Yáñez, a mover los brazos.

Agarrándose a las palmeras y a los tallos de los pimientos, los dos piratas se pusieron a escalar la muralla de plantas con una agilidad que hubiera dado envidia a los mismos monos.

Subían, descendían y volvían a subir, pasando entre las mallas de aquella inmensa red vegetal y deslizándose

entre las gigantescas hojas de los espesísimos plátanos como a lo largo de los colosales troncos de los árboles.

Ante su inesperada aparición, huían alborotadamente las espléndidas palomas coronadas y las llamadas *morobo*; también los tucanes de enorme pico y cuerpo espléndido con plumas rojas y azules, que emitían gritos estridentes, semejantes al chirriar de un carro mal engrasado. Se levantaban, como relámpagos, los *argos* de largas colas manchadas y desaparecían las bellas *alude* de plumas color turquesa, dejando oír sus prolongados silbidos.

Los monos de larga nariz, sorprendidos por aquella aparición, se lanzaban precipitadamente hacia los árboles cercanos, dando gritos de espanto, y corrían a esconderse en los huecos de los troncos.

40

Sin inquietarse, Yáñez y Sandokán proseguían sus intrépidas maniobras, pasando de planta en planta sin poner jamás el pie en falso. Se lanzaban entre las palmeras con seguridad extraordinaria, quedando suspendidos, y luego de un nuevo salto pasaban a los *rotang*, para volver después a agarrarse a las ramas de este o aquel árbol.

Recorrieron quinientos o seiscientos metros, no sin haber estado varias veces en peligro de caer de cabeza desde una altura que daba vértigo, hasta que se detuvieron entre las ramas de un *buá mamplam*.

—Podemos descansar unas horas —dijo Sandokán—. Es seguro que nadie vendrá a molestarnos en medio de esta selva. Es como si nos encontrásemos en una ciudadela bien fortificada.

—¿Sabes, hermanito mío, que hemos tenido mucha suerte de poder huir de esos villanos? Encontrarse en una estufa con ocho o diez soldados alrededor y salvar la piel es una cosa verdaderamente milagrosa. Deben de tener un gran miedo de ti.

—Parece que así es —repuso Sandokán, sonriendo.

—¿Habrás sabido tu muchacha que has conseguido escapar?

—Supongo que sí —respondió Sandokán con un suspiro.

—De todos modos, me temo que esta empresa nuestra decidirá al *lord* a buscar un asilo seguro en Victoria.

—¿Tú crees? —preguntó Sandokán, ensombreciéndosele el semblante.

—Ya no se encontrará seguro ahora que sabe que nosotros estamos tan cerca de la quinta.

—Es verdad, Yáñez. Tenemos que ponernos a buscar a nuestros hombres.

—¿Habrán desembarcado?

—Los encontraremos en la desembocadura del río.

—Si no les ha ocurrido alguna desgracia.

—No me metas el miedo en el cuerpo; además, pronto lo sabremos.

—¿Y caeremos enseguida sobre la quinta?

—Veremos lo que nos conviene hacer.

—¿Quieres un consejo, Sandokán?

—Habla, Yáñez.

—En vez de intentar asaltar la quinta, esperemos que salga el *lord*. Ya verás cómo no se queda mucho tiempo en estos lugares.

—¿Y quieres atacar al grupo en el camino?

—En medio de los bosques. Un asalto a la quinta puede ir para largo y costar enormes sacrificios.

—Es un buen consejo.

—Una vez destruida la escolta o puesta en fuga, raptaremos a la muchacha y volveremos enseguida a Mompracem.

—¿Y el *lord*?

—Lo dejaremos donde quiera. ¿Qué nos importa él? Que se vaya a Sarawak o a Inglaterra, poco importa.

—No irá ni a un sitio ni a otro, Yáñez.

—¿Qué quieres decir?

—Que no nos dará un momento de tregua y que lanzará contra nosotros todas las fuerzas de Labuán.

—¿Y te asustas de eso?

—¿Yo?... ¿Acaso el Tigre de Malasia tiene miedo de ellos?... Vendrán muchos y poderosamente armados, decididos a tomar mi isla, pero encontrarán pan para sus dientes. En Borneo hay legiones de salvajes dispuestos a ponerse bajo mis banderas. Bastaría que yo mandase emisarios a las islas Romades para ver llegar decenas de praos.

—Lo sé, Sandokán.

—Como ves, Yáñez, podría, si quisiera, desencadenar la guerra incluso en las orillas de Borneo y lanzar hordas de feroces salvajes sobre esta aborrecida isla.

—Sin embargo, no lo harás, Sandokán.

—¿Por qué?

—Cuando hayas raptado a Mariana Guillonk, no te preocuparás más de Mompracem ni de tus cachorros. ¿No es verdad, hermanito?

Sandokán no respondió. Sin embargo, de sus labios salió un suspiro tan fuerte que parecía un lejano rugido.

—La muchacha está llena de energía, es una de esas mujeres que no se haría rogar para combatir intrépidamente al lado del hombre que ama, pero *lady* Mariana no llegará jamás a ser la reina de Mompracem. ¿No es así, Sandokán?

El pirata permaneció silencioso. Se cogió la cabeza entre las manos, y sus ojos, animados por una sombría llama, miraban al vacío, quizá muy lejos, intentando leer el futuro.

—Tristes días se preparan para Mompracem —continuó Yáñez—. Dentro de pocos meses, o quizá menos aún, dentro de unas semanas, la formidable isla habrá perdido todo su prestigio e incluso a sus terribles tigres. En fin, tenía que suceder así. Tenemos tesoros inmensos y nos iremos a disfrutar de una vida tranquila en alguna opulenta ciudad del extremo Oriente.

—¡Calla! —dijo Sandokán con voz sorda—. Calla, Yáñez. Tú no puedes saber cuál será el destino de los Tigres de Mompracem.

—Se puede adivinar.

—Quizá te equivoques.

—¿Entonces qué ideas tienes?

—No te lo puedo decir todavía. Esperemos los acontecimientos. ¿Quieres que sigamos?

—Es todavía un poco pronto.

—Estoy impaciente por volver a ver los praos.

—Los ingleses pueden estar esperándonos a la orilla de la selva.

—Ya no les temo.

—Ten cuidado, Sandokán. Estás a punto de meterte en la boca del lobo. Una bala de carabina bien dirigida puede mandarte al otro mundo.

—Seré prudente. Mira, me parece que allí empieza a aclararse un poco la selva. ¡Vamos, Yáñez! La impaciencia me devora.

—Como quieras. ¡Vámonos!

El portugués, a pesar de que temía una sorpresa por parte de los ingleses —que podían haber avanzado por el bosque, arrastrándose como serpientes—, estaba al mismo tiempo impaciente por saber si los praos habían escapado a la tremenda tempestad que había batido las costas de la isla.

Apagaron la sed con el jugo de algunos *buá mamplam*, se agarraron a los *rotang* y a los *calamus* que aprisionaban el árbol y se dejaron caer al suelo. Sin embargo, no era fácil salir de la selva. Al otro lado de un pequeño espacio poco cubierto, los árboles eran más frondosos que antes.

Incluso Sandokán se encontraba un poco desorientado y no sabía qué dirección tomar para llegar, aproximadamente, a las cercanías del río.

—Estamos en un bonito enredo, Sandokán —dijo Yáñez, que no conseguía ni siquiera ver el sol para orientarse—. ¿Hacia qué dirección tiramos?

—Te confieso que no sé si torcer a derecha o izquierda —respondió Sandokán—. De todos modos, me parece ver allí un pequeño sendero. Las hierbas han vuelto a cubrirlo otra vez, pero espero que nos conduzca fuera de este laberinto y...

—Un ladrido, ¿verdad?

—Sí —respondió el pirata, cuya frente se había oscurecido.

—Los perros han descubierto nuestras huellas.

—Están buscando al azar. Escucha.

En la lejanía, en medio de la espesa selva, se oyó un segundo ladrido. Algún perro había entrado en la inmensa selva virgen e intentaba alcanzar a los fugitivos.

—¿Vendrá solo o seguido de hombres? —se preguntó Yáñez.

—Quizá con alguien más. Un soldado no habría podido arriesgarse en este inmenso caos de vegetación.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar a pie firme al animal y matarlo.

—¿De un tiro?

—El disparo nos traicionaría, Yáñez. Empuña tu *kriss* y esperemos. En caso de peligro, trepemos a este pombo.

Se escondieron los dos detrás del grueso tronco del árbol, que estaba rodeado de raíces y de *rotang*, formando una verdadera red, y esperaron la aparición del adversario de cuatro patas.

El animal ganaba terreno rápidamente. Se oían a no mucha distancia el crujido de las ramas y las hojas, junto al resonar de sordos ladridos.

Debía de haber descubierto las huellas de los dos piratas y se apresuraba para impedirles que se alejaran. Quizá detrás de él, a distancia, había algunos indígenas.

—Ahí está —dijo de pronto Yáñez.

Un perrazo negro de pelo hirsuto y las mandíbulas poderosamente armadas de agudos dientes, apareció en medio de unos arbustos. Debía pertenecer a esa raza feroz utilizada por los plantadores de las Antillas y de América meridional para cazar a los esclavos.

Al ver a los dos piratas se detuvo un momento para observarlos con ojos ardientes; luego, abalanzándose por encima de las raíces con un salto de leopardo, se arrojó con ferocidad sobre ellos, lanzando un gruñido pavoroso.

Sandokán se había arrodillado rápidamente, manteniendo el *kriss* horizontal, mientras Yáñez aferraba la carabina por el cañón, queriendo utilizarla como una maza.

Dando otro salto el feroz perro cayó sobre Sandokán, quien estaba más cerca, e intentó clavarle los colmillos en la garganta. Pero, si aquella bestia era feroz, el Tigre de Malasia no se quedaba atrás.

Su mano derecha, rápida como un relámpago, se interpuso y la hoja desapareció casi entera entre las fauces del animal. Al mismo tiempo, Yáñez le asestó en el cráneo un culatazo tan fuerte, que lo destruyó de golpe.

—¡Me parece que ya tiene bastante! —dijo Sandokán, levantándose y empujando con el pie al perrazo ya agonizante—. Si los ingleses no tienen más aliados que echarnos a los talones, perderán inútilmente el tiempo.

—Ten cuidado, no vayan a venir los hombres detrás del perro.

—A estas horas ya habrían hecho fuego sobre nosotros. Vamos, Yáñez. Corramos al sendero.

Los dos piratas, sin preocuparse de nada más, se ocultaron entre los árboles, intentando seguir el viejo sendero. Las plantas, las raíces y, sobre todo, los *rotang* y los *calamus* lo habían invadido; no obstante, había quedado de él un camino bastante visible y se podía seguir sin gran esfuerzo.

Sin embargo, a cada instante los dos hombres se daban la cabeza contra ciertas telas de araña, desmesuradas y tenaces, que atrapaban pequeños lagartos voladores; o bien tropezaban contra las raíces serpenteantes entre las hierbas, dando de vez en cuando tumbos desagradables.

Los numerosos lagartos voladores, espantados por la aparición de los piratas, huían desordenadamente en todas las direcciones, y algún reptil, perturbado en su sueño, se alejaba precipitadamente, haciendo oír un silbido amenazador.

Pero, bien pronto, el sendero también desapareció. Yáñez y Sandokán se vieron obligados a recomenzar sus maniobras aéreas entre los *rotangs*, los *gambires* y los *calamus*, poniendo en fuga o irritando a los *bigits*, monos de pelo muy negro, dotados de una agilidad increíble que abundaban en Borneo y en las islas vecinas.

Dichos animales, al ver que invadían sus posesiones, no siempre cedían de buen grado el paso, y a veces

ambos perturbadores recibían una verdadera lluvia de frutas disparadas con extraordinaria fuerza contra ellos.

Así marcharon durante un par de horas al ocaso, no pudiendo ver la posición del sol para poder orientarse. Poco tiempo después descubrieron un pequeño torrente de agua negra, y se dejaron caer al suelo.

—¿No habrá ahí dentro serpientes de agua? —preguntó Yáñez a Sandokán.

—No encontraremos más que sanguijuelas —contestó el pirata.

—¿Quieres que aprovechemos ese paso?

—Lo prefiero al aéreo.

—Veamos si el agua es muy profunda.

—No tendrá más de un pie de profundidad, Yáñez. Sin embargo, asegurémonos.

48

El portugués cortó una rama y la sumergió en la corriente.

—No te habías equivocado, Sandokán —dijo—. Descendamos.

Soltaron las ramas en las cuales se habían sostenido hasta entonces y descendieron al agua.

—¿Se ve algo? —preguntó Sandokán.

Yáñez se inclinó, procurando ver a través de las infinitas arcadas de vegetación que se cerraban sobre el riachuelo.

—Me parece que allá abajo veo un poco de luz.

—¿Aclarará la selva?

—Es probable, Sandokán.

—¡Vamos a ver!

Marchando con mucha fatiga a causa del escurridizo limo del fondo de aquel pequeño curso de agua se dirigieron hacia adelante, agarrándose de cuando en cuando a las ramas que avanzaban sobre la corriente.

Olores nauseabundos se levantaban de aquellas aguas negras, emanaciones producidas por la descomposición de las hojas y de la fruta acumulada en el lecho del riachuelo. Había peligro de incubar una fuerte fiebre.

Los dos piratas habían recorrido un cuarto de kilómetro cuando Yáñez se detuvo bruscamente agarrándose a una gruesa rama que se extendía de un lado al otro del torrente.

—¿Qué pasa, Yáñez? —preguntó Sandokán quitándose el fusil de la espalda.

—¡Escucha!

El pirata se inclinó hacia adelante escuchando, y tras unos momentos dijo:

—Alguien se acerca.

En el mismo instante, un poderoso mugido, que se hubiera dicho había sido lanzado por un toro espantado o irritado, resonó bajo las arcadas de vegetación, haciendo callar de golpe los gorjeos de los pájaros y la risa estridente de los pequeños monos.

—En guardia, Yáñez —dijo Sandokán—. Tenemos un *pongo pygmaeus* ante nosotros.

—Hay también otro enemigo, quizá más temible que el primero.

—¿Qué quieres decir?

—Mira allí, sobre aquella gruesa rama que atraviesa el riachuelo.

Sandokán se alzó sobre la punta de los pies y lanzó una rápida mirada ante sí.

—¡Ah! —murmuró, sin manifestar la más mínima aprensión—. ¡Un *pongo pygmaeus* por una parte y un *harimau bintang* por otra! Veremos si son capaces de cerrarnos el paso. Prepara tu fusil y dispongámonos a todo.

IV. El ataque de la pantera

50

Frente a los piratas estaban dos formidables enemigos; no era uno menos peligroso que el otro, pero parecía que, por el momento, no tenían ninguna intención de atacarlos, porque en vez de descender a lo largo del torrente, se movían rápidamente el uno contra el otro, como si quisieran medir sus fuerzas.

El animal que Sandokán había llamado *harimau bintang* era una espléndida pantera de Sonda; el otro, en cambio, era uno de esos grandes orangutanes que aún son numerosos en Borneo y en las islas vecinas, muy temidos por su fuerza prodigiosa y por su ferocidad.

La pantera, quizá hambrienta, al ver al hombre de los bosques pasar por la orilla opuesta, se había lanzado prontamente sobre una gruesa rama que se curvaba casi horizontalmente sobre la corriente, formando una especie de puente.

Era una fiera tan bellísima como peligrosa. Tenía el tamaño y el aspecto de un tigre pequeño, pero con la cabeza más redonda y poco desarrollada. Sus patas eran cortas y robustas, su pelaje era amarillo oscuro con manchas y rosetas más claras. Medía por lo menos metro y medio de longitud, por lo que debía ser uno de los ejemplares más grandes de su especie.

Su adversario, muy feo, tenía un metro cuarenta de estatura y unos brazos tan desmesurados que no bajaban de los dos metros y medios. Su cara, bastante larga y arrugada, tenía un aspecto ferocísimo, especialmente con aquellos ojillos hundidos y en continuo movimiento. El pecho del mono era verdaderamente enorme y en los músculos de los brazos y las piernas se advertían verdaderas nudosidades, indicios de una fuerza prodigiosa.

51

Estos simios, que los indígenas llaman *meias*, *mias* y también *maias*, habitan lo más espeso de los bosques y prefieren las regiones más bajas y húmedas. Construyen moradas muy espaciosas en las cimas de los árboles utilizando ramas muy gruesas que disponen hábilmente en forma de cruz.

Son de humor más bien triste y no les gusta la compañía. Ordinariamente evitan al hombre e incluso a los otros animales; ahora bien, si se los amenaza o irrita, se vuelven terribles y casi siempre su fuerza extraordinaria triunfa sobre sus adversarios.

El *maias*, al oír el ronco gruñido de la pantera, se había detenido de golpe. Se encontraba en la ribera opuesta del pequeño riachuelo, delante de un gigantesco durión,



que proyectaba su espléndido quitasol de hojas a sesenta metros del suelo.

Probablemente había sido sorprendido en el momento en que iba a escalar el árbol para saquear su numerosa fruta.

Al ver aquella peligrosa vecina, se contentó con mirarla más con estupor que con ira, luego emitió de pronto dos o tres silbidos guturales, indicio de un próximo acceso de cólera.

—Creo que vamos a presenciar una terrible lucha entre esos dos animalazos —dijo Yáñez, que se había cuidado mucho de moverse.

—No se meterán con nosotros por ahora —observó Sandokán—. Temía que quisieran atacarnos.

—También yo, hermanito mío. ¿Quieres que cambiemos de ruta?

Sandokán miró las dos orillas y vio que en aquel lugar era imposible salir y meterse en la selva.

Dos auténticas murallas de troncos, hojas, espinas, raíces y lianas encerraban el curso del agua. Para abrirse paso, había que echar mano al *kriss* y trabajar durante algún tiempo.

—No podemos subir —dijo—. Al primer golpe dado con el cuchillo, el simio y la pantera se lanzarían sobre nosotros de común acuerdo. Quedémonos aquí e intentemos que no nos descubran. La lucha no será larga.

—Después tendremos que enfrentarnos con el vencedor.

—Probablemente se encontrará entonces en tan malas condiciones, que no nos impedirá el paso.

—¡Preparémonos!... La pantera se impacienta.

—Y el *maias* ya no puede contener sus deseos de romperle las costillas a su vecina.

—Monta el fusil, Sandokán. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Estoy preparado para fusilarlos...

Un aullido espantoso, algo parecido al mugido de un toro furioso, le cortó la palabra.

El orangután había llegado al colmo de la rabia.

Viendo que la pantera no se decidía a abandonar la rama y descender hacia la orilla, el orangután se adelantó amenazantemente, emitiendo un segundo aullido y golpeándose fuertemente el pecho, que resonaba como un tambor.

54

Aquel enorme simio daba miedo. Su pelambreira rojiza se había erizado, su rostro había adquirido una expresión de ferocidad inaudita y sus largos dientes, tan fuertes que pueden romper el cañón de un fusil como si fuera un simple palito, crujían.

La pantera, al verlo acercarse, se había encogido sobre sí misma como si se preparase a lanzarse, pero no parecía tener prisa por abandonar la rama.

El orangután se agarró con un pie a una gruesa raíz que serpenteaba por el suelo, y luego, inclinándose sobre el río, tomó con ambas manos la rama sobre la que estaba su adversaria y la sacudió con fuerza hercúlea, haciéndola crujir.

La sacudida fue tan poderosa que la pantera, a pesar de haber clavado en la madera sus poderosas garras, no pudo sostenerse y cayó al río.

Fue sin embargo un relámpago. Apenas había tocado el agua, cuando se lanzó nuevamente a la rama. Descansó un momento, y después se arrojó sobre el gigantesco simio, clavándole las uñas en los hombros y los muslos.

El cuadrumano emitió un aullido de dolor. La sangre, que había brotado súbitamente, le corría entre los pelos y goteaba en el río.

Satisfecha del feliz resultado de aquel fulminante ataque, la fiera intentó soltarse para volver a alcanzar la rama antes de que el adversario volviera al contrataque. Con una cabriola magistral saltó sobre sí misma, sirviéndose del largo pecho del simio como punto de apoyo, y se lanzó hacia atrás. Con dos garras se agarró a la rama hundiendo las uñas en la corteza, pero no pudo lanzarse otra vez hacia adelante como hubiera sido su intención. El orangután, a pesar de las espantosas heridas, había alargado rápidamente los brazos y aferrado la cola de la adversaria. Aquellas manos, dotadas de una fuerza terrible, ya no iban a soltar aquel apéndice. La apretó con tal rudeza que le arranco a la fiera un aullido de dolor.

—¡Pobre pantera! —dijo Yáñez, que seguía con vivo interés las diversas fases de aquella lucha salvaje.

—Está perdida —repuso Sandokán—. Si no puede soltarse, cosa imposible, ya no escapará con vida.

El pirata no se engañaba.

El orangután, sintiendo entre sus manos la cola, se abalanzó hacia adelante, subiendo a la rama. Reuniendo sus fuerzas, levantó en el aire a la fiera, empezó a voltearla como si fuera un ratón, y después la arrojó con ímpetu irresistible contra el enorme tronco del durión.

Se oyó un golpe seco, como el de un crujido de huesos que se quiebran; la pobre bestia, abandonada por su enemigo, rodó inanimada por el suelo, deslizándose entre las negras aguas del riachuelo.

El cráneo, abierto del golpe, había dejado sobre el tronco del árbol una gran mancha de sangre mezclada con pedazos de materia cerebral.

—¡Por Júpiter! ¡Qué golpe maestro!... —murmuró Yáñez—. No creí que ese simio pudiera desembarazarse tan pronto de la pantera.

56

—Vence a todos los animales de la selva, incluso a la serpiente pitón —respondió Sandokán.

—¿No corremos el riesgo de que ahora emprenda contra nosotros?

—Pero le chorrea sangre por todas partes. ¿Por qué no se va?

—¿Quieres que esperemos a que se marche?

—Me temo que la cosa vaya para largo.

—Ya no tiene nada que hacer aquí.

—Yo creo que tiene su nido en aquel durión. Me parece distinguir entre el follaje una masa oscura y palos colocados transversalmente entre las ramas.

—Entonces tendremos que volver atrás.

—Ni pensarlo. Tendríamos que dar una vuelta inmensa, Yáñez.

—Pues matem os al simio y sigamos adelante por el riachuelo.

—Era lo que quería proponerte —dijo Sandokán—. Somos expertos tiradores y sabemos manejar el *kriss* mejor que los malayos. Acerquémonos un poco para no errar el tiro. Hay tantas ramas por aquí, que podrían desviar fácilmente nuestras balas.

Mientras se preparaban para atacar al orangután, este se había agachado sobre la ribera del riachuelo y se echaba agua con las manos en las heridas.

La pantera lo había herido terriblemente. Sus poderosas uñas habían lacerado la piel del pobre simio tan profundamente que habían dejado al desnudo sus clavículas. También los muslos habían sido atrocemente desgarrados y la sangre emanaba en abundancia, formando un verdadero charco en el suelo. Gemidos que tenían algo de humano salían de vez en cuando de sus labios, seguidos de feroces aullidos. La enorme bestia no se había calmado todavía e, incluso en medio de sus espasmos de dolor, se advertía su furor salvaje.

Sandokán y Yáñez se habían arrimado a la orilla opuesta para poder ocultarse rápidamente en la selva en caso de que fallasen los tiros y el orangután no cayera bajo la doble descarga.

Ya se habían detenido detrás de una gruesa rama y habían apoyado en ella sus fusiles para apuntar mejor, cuando vieron al orangután ponerse de improviso de pie,

golpeándose furiosamente el pecho y rechinando los dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó Yáñez—. ¿Nos habrá descubierto?

—No —dijo Sandokán—. No se ha irritado por nosotros.

—¿Es que intenta sorprender a algún otro animal?

—¡Silencio! Veo que se mueven ramas y hojas.

—¡Por Júpiter!... ¿Serán los ingleses?

—¡Calla, Yáñez!

Sandokán se levantó silenciosamente sobre la rama y, escondiéndose detrás de un grupo de *rotangs* que caía de lo alto, miró hacia la ribera opuesta donde se encontraba el orangután.

Alguien se acercaba, moviendo con precaución las hojas. Quizá ignorante del grave peligro que le esperaba, parecía dirigirse precisamente donde se erguía el colosal durión.

El gigantesco mono lo había oído y se había colocado detrás del tronco del árbol, dispuesto a caer sobre el nuevo adversario y hacerlo pedazos. Ya no gemía ni aullaba: solo su ronca respiración podía traicionar todavía su presencia.

—Entonces, ¿qué sucede? —preguntó a Sandokán.

—¡Alguien se acerca incautamente al *mias*!

—¿Hombre o animal?

—Todavía no alcanzo a divisar al imprudente.

—¿Y si fuera algún pobre indígena?

—Estamos aquí nosotros y no daríamos tiempo al orangután para que lo mate... ¡Eh! Me lo imaginaba. ¡He visto una mano! Apunta al orangután.

—Estoy a punto.

En aquel instante se vio al gigantesco simio precipitarse en medio de la espesa vegetación, dando un aullido espantoso. Las ramas y las hojas, arrancadas de golpe por las poderosas manos de la enorme bestia, cayeron dejando ver a un hombre.

Se oyó un grito de espanto, seguido rápidamente de dos tiros de fusil. Sandokán y Yáñez habían hecho fuego.

El mono, herido en plena espalda, se volvió aullando y al ver a los dos piratas, sin preocuparse más por el incauto que se había aproximado, dio un gran salto y cayó en el río.

Sandokán abandonó el fusil y empuñó el *kriss*, resuelto a enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Yáñez, a su vez, saltando sobre las ramas, intentaba volver a cargar precipitadamente el arma.

El orangután, a pesar de haber sido herido nuevamente, se lanzó sobre Sandokán.

Iba ya a alargar sus velludas zarpas, cuando se oyó un grito en la ribera opuesta.

—¡El capitán!

Después tronó un disparo.

El orangután se detuvo, llevándose las manos a la cabeza. Permaneció un instante erguido, observó a Sandokán lleno de rabia feroz y cayó al agua, levantando una gran columna de agua.

En ese mismo instante, el hombre que por poco no había caído en las manos del simio se lanzaba al río, gritando:

—¡El capitán!... ¡El señor Yáñez!... Estoy contento de haber metido una bala en el cráneo de ese *mias*.

Yáñez y Sandokán habían saltado rápidamente desde la rama.

—¡Paranoa! —exclamaron alegremente.

—En persona, capitán —respondió el malayo.

—¿Qué haces en esta selva?

—Los buscaba, capitán.

—¿Y cómo sabías que nos encontrábamos aquí?

—Dando vueltas por las orillas de esta selva, he descubierto a los ingleses acompañados de varios perros y he imaginado que estarían rastreándolos.

60

—¿Y te has atrevido a meterte solo aquí dentro? —preguntó Yáñez.

—De las fieras no tengo miedo.

—Pues por poco no te ha hecho pedazos el orangután.

—Aún no me había atrapado, señor Yáñez, y, como ha visto, le he metido una bala en su cabezota.

—¿Y han llegado todos los praos?

—Cuando salí para venir a su encuentro, no había llegado ningún otro barco más que el mío.

—¿Ningún otro? —exclamó Sandokán con ansiedad.

—No, capitán.

—¿Cuándo dejaste la desembocadura del río?

—Ayer por la mañana.

—¿Les habrá ocurrido a los otros barcos alguna desgracia? —preguntó Yáñez, mirando a Sandokán con angustia.

—Quizá la tempestad los haya transportado muy al norte —respondió el Tigre.

—Puede haber sucedido eso, capitán —dijo Paranoa—. El viento del sur soplabá tremendamente y era imposible resistirlo. Yo tuve la suerte de meterme en una bahía pequeña, aunque bien abrigada, situada a sesenta millas de aquí, y por eso he podido volver atrás pronto y llegar antes que los demás a la cita. Por otra parte, como ya les dije, desembarqué ayer por la mañana y en este intervalo pueden haber llegado también los otros barcos.

—Sin embargo, me inquieta mucho, Paranoa —dijo Sandokán—. Querría estar ya en la desembocadura del río para quitarme de encima estas preocupaciones. ¿Has perdido algún hombre durante la borrasca?

—Ni uno solo, capitán.

—¿Y ha sufrido algún desperfecto el barco?

—Ha tenido muy pocos daños y ya han sido reparados.

—¿Se encuentra escondido en la bahía?

—Lo he dejado en el mar por temor a alguna sorpresa.

—¿Has desembarcado solo?

—Solo, mi capitán.

—¿Has visto rondar algún inglés por las cercanías de la bahía?

—No, pero, como ya les mencioné, he visto algunos que estaban batiendo las orillas de esta selva.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿En qué dirección?

—Hacia el este.

—Venían de la quinta de *lord* James —dijo Sandokán, mirando a Yáñez. Luego, volviéndose a Paranoa, le preguntó:

—¿Estamos muy lejos de la bahía?

—No, llegaríamos antes de la puesta del sol.

—¿Tanto nos hemos alejado? —preguntó alarmado Yáñez—. ¡No son más que las dos de la tarde!... Nos queda un buen trecho que recorrer.

—Esta selva es muy grande, señor Yáñez, y además muy difícil de atravesar. Nos faltan por lo menos cuatro horas antes de llegar a las últimas manchas de vegetación.

—Vamos —dijo Sandokán, que parecía presa de una viva agitación.

—Tienes prisa por llegar a la bahía, ¿verdad, hermanito?

—Sí, Yáñez. Temo una desventura y quizá no me equivoque.

—¿Temes que se hayan perdido los dos praos?

—Desgraciadamente, Yáñez. Si no los encontramos en la bahía, no los volveremos a ver.

—¡Por Júpiter! ¡Qué desastre para nosotros!

—Una verdadera ruina, Yáñez —dijo Sandokán con un suspiro—. No sé, pero se diría que la fatalidad comienza a pesar sobre nosotros, como si estuviera ansiosa de dar un golpe mortal a los cachorros de Mompracem.

—¿Y si hubiera ocurrido esa desgracia? ¿Qué haremos nosotros, Sandokán?

—¿Qué haremos? ¿Y tú me lo preguntas, Yáñez? ¿Acaso es el Tigre de Malasia hombre para espantarse o doblegarse ante el destino? ¡Continuaremos la lucha, y al hierro del enemigo opondremos hierro!; ¡al fuego, fuego!

—Piensa que a bordo de nuestro prao no hay más que cuarenta hombres.

—Son cuarenta tigres, Yáñez. Guiados por nosotros, harán milagros y nadie podrá detenerlos.

—¿Quieres lanzarlos contra la quinta?

—Ya se verá. Pero te juro que no abandonaré esta isla sin llevarme conmigo a Mariana Guillonk, aunque estuviera seguro de tener que luchar contra toda la guarnición de Victoria. Quién sabe, quizá de la muchacha depende la salvación o la caída de Mompracem. Nuestra estrella está a punto de apagarse, porque la veo palidecer cada vez más, pero no desespero todavía y tal vez volveré a verla resplandecer más viva que nunca. ¡Ah!... ¡Si la muchacha lo quisiera!... El destino de Mompracem está en sus manos, Yáñez.

—Y en las tuyas —respondió el portugués con un suspiro—. Vamos, es inútil hablar de ello por ahora. Intentemos llegar al río para cerciorarnos de si han vuelto los otros dos praos.

—Sí, vamos —dijo Sandokán—. ¡Con un refuerzo semejante me sentiría capaz de intentar incluso la conquista de toda Labuán!

Guiados por Paranoa volvieron a remontar la orilla del riachuelo y se metieron por un viejo sendero que el malayo había descubierto unas horas antes. Las plantas y

raíces lo habían invadido, pero quedaba todavía un espacio suficiente para permitir a los piratas adentrarse sin demasiado esfuerzo.

Durante cinco horas seguidas avanzaron a través de la gran selva, haciendo de vez en cuando un breve alto para descansar. A la caída del sol, llegaron junto a las orillas del riachuelo que desembocaba en la bahía. No habiendo visto ningún enemigo descendieron hacia el oeste y atravesaron una pequeña ciénaga que terminaba en el mar.

Cuando llegaron a las riberas de la bahía, las tinieblas habían caído ya hacía algunas horas. Paranoa y Sandokán se lanzaron hacia los últimos arrecifes y escudriñaron atentamente el oscuro horizonte.

64

—Mire, capitán —dijo Paranoa, indicando al Tigre un punto luminoso que apenas se distinguía, incluso podía confundirse con una estrella.

—¿Es el farol de nuestro prao? —preguntó Sandokán.

—Sí, capitán. ¿No lo ve deslizarse hacia el sur?

—¿Qué señal tienes que hacer para que el barco se aproxime?

—Encender dos fuegos en la playa —respondió Paranoa.

—Vamos hasta la punta extrema de esta pequeña península —dijo Yáñez—. Señalaremos al prao la ruta exacta.

Se metieron por medio de un verdadero caos de escollos salpicados de conchas de caracol, restos de crustáceos y montones de algas, y llegaron hasta la punta extrema de un islote boscoso.

—Si encendemos aquí los fuegos, el prao podrá entrar en la bahía sin correr peligro de encallar —dijo Yáñez.

—Pero le haremos remontar el río —replicó Sandokán—. Me conviene esconderlo de las miradas de los ingleses.

—Yo me encargo de eso —propuso Yáñez—. Nosotros lo esconderemos en la ciénaga entre las cañas, cubriéndolo enteramente con ramas y con hojas, después de haberle quitado los palos y todas las jarcias. ¡Eh, Paranoa, haz la señal!

El malayo no perdió tiempo. En la orilla de un bosquecillo recogió leña seca, formó dos haces y, colocándolos a cierta distancia uno de otro, los encendió.

Un momento después los tres piratas vieron desaparecer el farol blanco del prao, y brillar en su lugar un punto rojo.

—Nos han visto —dijo Paranoa—. Podemos apagar los fuegos.

—No —replicó Sandokán—. Servirán para indicar a tus hombres la dirección. Ninguno conoce la bahía, ¿verdad?

—No, capitán.

—Entonces guiémoslos.

Los dos piratas se sentaron en la playa, con los ojos fijos en el farol rojo, que había cambiado de dirección.

Diez minutos después el prao estaba a la vista. Sus inmensas velas estaban desplegadas y se oía borbollar el agua delante de la proa. En la oscuridad parecía un pájaro gigantesco que volaba sobre el mar. En dos bordadas llegó a la bahía y atravesó el canal, adentrándose hacia la desembocadura del río.

Yáñez, Sandokán y Paranoa abandonaron el islote y retrocedieron rápidamente hasta la orilla de la laguna. Apenas vieron que el prao echaba el ancla junto a los cañaverales espesísimos de las orillas, subieron a bordo.

Sandokán con un gesto ordenó silencio a la tripulación, la cual iba a saludar a los dos jefes de la piratería con una intempestiva explosión de alegría.

—Los enemigos quizá no estén lejos —dijo—. Así pues, les ordeno absoluto silencio para no dejarnos sorprender antes del despliegue de mis planes.

Luego, volviéndose hacia el subjefe, le preguntó con una emoción tan viva que tenía la voz casi trémula:

—¿No han llegado los otros dos praos?

—No, Tigre de Malasia —respondió el pirata—. Durante la ausencia de Paranoa he visitado todas las costas próximas, acercándome incluso hacia las de Borneo, pero no hemos visto a nuestras naves en ninguna dirección.

—¿Y tú qué crees?

El pirata no respondió: dudaba.

—¡Habla! —dijo Sandokán.

—Yo creo, Tigre de Malasia, que nuestros dos barcos se han estrellado contra las costas septentrionales de Borneo.

Sandokán se clavó las uñas en el pecho, mientras un suspiro sibilante se escapaba de sus labios.

—¡Fatalidad!... ¡Fatalidad!... —murmuró con voz sorda—. La muchacha de los cabellos de oro traerá la desventura a los tigres de Mompracem.

—¡Ánimo, hermano! —le dijo Yáñez, poniéndole una mano en el hombro—. No desesperemos todavía. Quizá nuestros praos han sido empujados muy lejos, y tan gravemente dañados, que no han podido volver enseguida al mar. Hasta que no encontremos sus restos no tenemos por qué creer que se hayan hundido.

—Pero nosotros no podemos esperar, Yáñez. ¿Quién me dice que el *lord* se quedará todavía mucho tiempo en su quinta?

—Tampoco tienes por qué desearlo, amigo.

—¿Qué quieres decir, Yáñez?

—Que tenemos hombres suficientes para atacarlo si tuviera que abandonar su quinta, y para raptar a su preciosa sobrina.

—¿Querrías intentar un golpe semejante?

—¿Y por qué no? Nuestros tigrecitos son todos muy valientes y, aunque el *lord* llevase consigo el doble de soldados, seguro que no dudarían en emprender la lucha. Estoy craneando un bonito plan y espero que tenga un espléndido resultado. Déjame descansar esta noche; mañana comenzaremos a actuar.

—Confío en ti, Yáñez.

—No te desanimas, Sandokán.

—Pero el prao no podemos dejarlo aquí. Puede ser descubierto por algún barco que se acerque a la bahía o por algún cazador que baje al río a disparar contra los pájaros acuáticos.

—He pensado en todo. Paranoa ha recibido ya instrucciones a este respecto. Ven, Sandokán, vamos a comer

un bocado y después echémonos a dormir. Te confieso que yo no puedo más.

Mientras los piratas, bajo la dirección de Paranoa, desmontaban toda la maniobra del barco, Yáñez y Sandokán subieron al pequeño cuadro de popa y dieron un asalto a las provisiones.

Calmada el hambre, que hacía tantas horas los atormentaba, se echaron, vestidos como estaban, sobre sus literas.

El portugués, que ya no se tenía en pie, se durmió profundamente enseguida; Sandokán, en cambio, tardó mucho en cerrar los ojos. Tétricos pensamientos y siniestras inquietudes le tuvieron en vela durante varias horas. Ya hacia el amanecer pudo descansar un poco, sin embargo, ese sueño fue muy breve.

68

Cuando volvió a subir a cubierta, los piratas habían finalizado su trabajo para hacer invisible el prao a los cruceros que pasasen ante la bahía o a los hombres que descendiesen a lo largo del río.

Habían empujado el barco hacia los márgenes de la laguna, ocultándolo en medio de un bosque espesísimo. Los mástiles, así como toda la maniobra fija, habían desaparecido sobre la toldilla, y quedó cubierto con grandes masas de cañas, ramas y hojas, dispuestas tan hábilmente que desaparecía bajo ellas.

Cualquiera que hubiera pasado por aquellos alrededores hubiera podido confundirlo con un manchón de plantas secas o un enorme montón de hierbas y ramas que se habían quedado allí varadas.

—¿Qué me dices de esto, Sandokán? —preguntó Yáñez, que se encontraba ya sobre el puente, bajo un pequeño cobertizo de cañas levantado a popa.

—Ha sido una buena idea.

—Ahora ven conmigo.

—¿Adónde?

—A tierra. Ya hay allí veinte hombres esperándonos.

—¿Qué vas a hacer, Yáñez?

—Luego lo sabrás. ¡Eh!... ¡Al agua el bote y haz buena guardia!

V. El prisionero

Después de haber atravesado el río, Yáñez condujo a Sandokán en medio de una frondosa arboleda, allí se encontraban emboscados veinte hombres, completamente armados y provisto cada uno de un saquito de víveres y una manta de lana.

Paranoa y el subjefe, Ikaut, estaban con ellos.

—¿Están aquí todos? —preguntó Yáñez.

—Todos —respondieron los veintidós hombres.

—Entonces, escúchame atentamente, Ikaut —replió el portugués—. Tú volverás a bordo y, si sucede algo, enviarás aquí un hombre, el cual encontrará un camarada siempre en espera de órdenes. Nosotros te transmitiremos nuestros mandatos, que deberás cumplir inmediatamente sin el más mínimo retraso. Procura ser prudente y no dejarte sorprender por los chaquetas

rojas y no olvides que nosotros, aunque estemos lejos, en cualquier momento podemos ser informados o informado de lo que pueda suceder.

—Cuente conmigo, señor Yáñez.

—Ahora vuelve a bordo y vigila.

Mientras el subjefe montaba en el bote, Yáñez, colocándose a la cabeza del grupo, se ponía en camino, remontando la corriente del río.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Sandokán, que no entendía nada.

—Espera un poco, hermano mío. Ante todo, dime cuántos distará del mar la quinta de *lord* Guillonk.

—Cerca de dos millas en línea recta.

—Entonces tenemos hombres más que suficientes.

—¿Para qué?

—Un poco de paciencia, Sandokán.

Se orientó con una brújula que había a bordo del prao y se metió bajo los grandes árboles, marchando rápidamente.

Después de haber recorrido unos cuatrocientos metros, se detuvo junto a un colosal alcanforero y volviéndose a uno de los marineros, le dijo:

—Tú situarás aquí tu puesto de guardia y no lo abandonarás sin orden nuestra, por ningún motivo. El río no dista más que cuatrocientos metros, y por tanto puedes comunicarte fácilmente con el prao; a igual distancia, hacia el este, estará una de tus camaradas. Cualquier orden que te transmitan del prao la comunicarás a tu compañero más próximo. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor Yáñez.

—Adelante, pues.

Mientras el malayo se preparaba un pequeño cobertizo en la base del gran árbol, el grupo volvía a ponerse en marcha, dejando otro hombre a la distancia indicada.

—¿Comprendes ahora? —preguntó Yáñez a Sandokán.

—Sí —respondió este—, y admiro tu astucia. Con estos centinelas escalonados en la selva, podremos comunicarnos en pocos minutos con el prao, incluso desde los alrededores de la quinta de *lord James*.

—Sí, Sandokán, y advertir a Ikaut que arme rápidamente el prao para hacerse enseguida a la mar o que nos envíe ayuda.

—¿Y nosotros dónde vamos a acampar?

—En el sendero que conduce a Victoria. Desde allí podremos ver quién se acerca a la quinta o quién sale de ella, y en pocos momentos podremos tomar nuestras medidas para impedir que el *lord* huya sin saberlo nosotros. Si quiere marcharse de allí, tendrá que contar primero con nuestros tigrecitos, y ya verás cómo la peor parte, desde luego, no la llevaremos nosotros.

—¿Y si el *lord* no se decidiese a marcharse?

—¡Por Júpiter!... Entonces asaltaremos la quinta o buscaremos cualquier otro medio para raptar a la muchacha.

—De todos modos, no llevemos las cosas a esos extremos, Yáñez. *Lord James* es capaz de matar a su sobrina antes que verla caer en mis manos.

—¡Por mil fusiles!

—Es un hombre decidido a todo, Yáñez.

—Entonces jugaremos con astucia.

—¿Tienes algún plan?

—Lo encontraremos, Sandokán. No me consolaría jamás si ese malvado tuviera que romper la cabeza a esa adorable joven.

—¿Y yo? Sería la muerte del Tigre de Malasia, porque no podría sobrevivir sin la muchacha de los cabellos de oro.

—Desgraciadamente, lo sé —dijo Yáñez con un suspiro—. Esa mujer te ha embrujado.

—O, mejor, me ha condenado, Yáñez. ¿Quién habría dicho que un día yo, que no había sentido jamás latir mi corazón, que no sabía amar más que el mar, las batallas terribles, los estragos, sería domado por una muchacha, por una hija de ese pueblo al que yo había jurado una guerra de exterminio? ¡Cuando pienso en estas cosas, siento hervir mi sangre, siento que mis fuerzas se rebelan y que mi corazón tiembla de furor! Y, sin embargo, no podré romper jamás la cadena que me ata, Yáñez; no podré jamás borrar de mi mente aquellos ojos azules que me han embrujado. En fin, no hablemos más de esto, y dejemos que se cumpla mi destino.

—Un destino que será fatal para la estrella de Mompracem, ¿no es cierto, Sandokán? —preguntó Yáñez.

—Quizá —respondió el Tigre de Malasia con voz sorda.

Habían llegado entonces a la orilla de una selva. Al otro lado se extendía una pequeña pradera cubierta de maleza y varios grupos de *arecas* y de *gambires*. A su vez, estaba cortada a la mitad por un ancho sendero, que

parecía no obstante poco batido, pues la hierba había crecido nuevamente.

—¿Será este el camino que conduce a Victoria? —preguntó Yáñez a Sandokán.

—Sí —respondió este.

—La quinta de *lord* James no debe estar lejos.

—Allá, detrás de aquellos árboles, distingo las empalizadas del jardín.

—Perfecto —dijo Yáñez.

Se volvió hacia Paranoa, que le había seguido con sus hombres, y le dijo:

—Ve a montar las tiendas a la orilla del bosque, en un lugar protegido por alguna frondosa espesura.

El pirata no se hizo repetir la orden. Después de haber encontrado el lugar deseado, desplegó la tienda y la protegió con una especie de cerca formada por ramas y hojas de plátano.

Allí debajo puso los víveres que habían transportado, estos que consistían en conservas, carne ahumada, bizcochos y algunas botellas de vino de España. Luego mandó a sus seis hombres a derecha e izquierda a registrar el bosque con el fin de asegurarse de que no se escondía por allí ningún espía.

Sandokán y Yáñez, después de haber llegado a doscientos metros de las empalizadas del jardín, volvieron hacia atrás y se ubicaron bajo la tienda.

—¿Estás satisfecho del plan, Sandokán? —preguntó el portugués.

—Sí, hermano —respondió el Tigre de Malasia.

—No estamos más que a dos kilómetros del jardín, sobre el camino que conduce a Victoria. Si el *lord* quiere abandonar la quinta, se verá obligado a pasar cerca de nosotros, a distancia de un tiro de fusil. En menos de media hora podemos reunir veinte hombres, resueltos, decididos a todo, y en una hora podemos tener a toda la tripulación del prao. Si se mueve, le caeremos todos encima.

—Sí —dijo Sandokán—. Yo estoy dispuesto a todo, incluso a arrojar a mis hombres contra un regimiento entero.

—Entonces comamos algo, hermanito mío —dijo Yáñez, riendo—. Este viajecito matinal me ha abierto el apetito de un modo extraordinario.

Habían devorado ya la comida y estaban fumando unos cigarrillos y tomando una botella de *whisky*, cuando vieron entrar precipitadamente a Paranoa.

74

El bravo malayo tenía el rostro alterado y parecía presa de una viva agitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandokán, levantándose rápidamente y alargando una mano hacia el fusil.

—Alguien se acerca, capitán —dijo Paranoa—. He oído el galope de un caballo.

—¿Será algún inglés que se dirige a Victoria?

—No, Tigre de Malasia; debe de venir de Victoria.

—¿Está lejos todavía? —preguntó Yáñez.

—Creo que sí.

—Ven, Sandokán.

Tomaron las carabinas y se lanzaron fuera de la tienda, en tanto que los hombres de la escolta se escondían

en medio de los arbustos, montando precipitadamente los fusiles.

Sandokán se dirigió hacia el sendero y se arrodilló, apoyando una oreja contra el suelo. La superficie de la tierra transmitía claramente el galope apresurado de un caballo.

—Sí, un jinete se acerca —dijo, levantándose ágilmente.

—Te aconsejo que lo dejes pasar sin molestarlo —dijo Yáñez.

—¿Eso piensas? Lo haremos prisionero, amigo mío.

—¿Con qué motivo?

—Puede llevar a la quinta algún mensaje importante.

—Si lo atacamos se defenderá, quizá dispare un tiro y las detonaciones podrán ser oídas por los soldados en la quinta.

—Le haremos caer en nuestras manos sin darle tiempo a que eche mano a sus armas.

—Es una cosa un poco difícil, Sandokán.

—Al contrario, es mucho más fácil de lo que crees.

—Explícate.

—El caballo viene a galope, por lo tanto, no podrá evitar el obstáculo montado por nosotros. El jinete se verá arrojado de golpe y nosotros caeremos encima de él, impidiéndole reaccionar.

—¿Y qué obstáculo vas a preparar?

—Paranoa, ve a agarrar una soga y tráemela rápido.

—Comprendo —dijo Yáñez—. ¡Ah!... ¡Qué espléndida idea! ¡Sí, capturémoslo, Sandokán! ¡Por Júpiter, cómo lo utilizaremos!... ¡No había caído en ello!...

—¿De qué idea hablas, Yáñez?

—Lo sabrás más tarde. ¡Ah, ah!... ¡Qué juego más bonito!

—¿Te ríes?

—Tengo motivos para reírme. ¡Ya verás, Sandokán, cómo jugaremos con el *lord*! ¡Paranoa, date prisa!

El malayo, ayudado por los dos hombres, había tendido una sólida sogá a través del sendero, pero manteniéndola lo suficientemente baja como para que quedara oculta entre las altas hierbas que crecían en aquel lugar.

Hecho esto, fue a esconderse con el *kriss* en la mano, mientras sus compañeros se colocaban más adelante para impedir al jinete continuar la carrera, en caso de que escapase a la emboscada.

76

El galope se aproximaba rápidamente. Unos pocos segundos más y el jinete aparecería a la vuelta del sendero.

—¡Ahí está! —murmuró Sandokán, que se había emboscado junto a Yáñez.

Pocos instantes después el caballo desembocó de un grupo de árboles, lanzándose hacia el sendero. Lo montaba un apuesto joven de veintidós o veinticuatro años, el cual vestía el uniforme de los cipayos. Parecía muy inquieto, espoleaba furiosamente al caballo y lanzaba a su alrededor miradas suspicaces.

—Atento, Yáñez —murmuró Sandokán.

El caballo, fuertemente espoleado, se lanzó hacia adelante, galopando a la carrera hacia la sogá. De pronto se le vio caer pesadamente al suelo, agitando enloquecido las patas.

Los piratas estaban allí. Aun antes de que el cipayo pudiera salir debajo del caballo, Sandokán se le echó encima, quitándole el sable. Mientras tanto, Inioko lo derribaba al suelo, colocándole sobre el pecho la punta del *kriss*.

—No opongas resistencia si estimas en algo la vida —le dijo Sandokán.

—¡Miserable! —exclamó el soldado, intentando defenderse.

Inioko, ayudado por otros piratas, lo ató bien y lo arrastró junto a un espeso bosque, en tanto Yáñez inspeccionaba al caballo, temiendo que se hubiera roto una pata en la caída.

—¡Por Baco! —exclamó el portugués, que parecía contentísimo—. Haré un bonito papel en la quinta. ¡Yáñez, sargento de los cipayos! He aquí una graduación que desde luego no me esperaba.

Ató el animal a un árbol y se acercó a Sandokán, que estaba registrando detenidamente al sargento.

—¿Nada? —preguntó.

—Ninguna carta —respondió Sandokán.

—Al menos hablará —dijo Yáñez, clavando los ojos en el sargento.

—No —respondió este.

—¡Cuidado! —le dijo Sandokán con un tono que hacía temblar—. ¿Adónde te dirigías?

—Estaba paseando.

—¡Habla!

—He hablado —respondió el sargento, ostentando una tranquilidad que no podía tener.

—¡Entonces espera!

El Tigre de Malasia se sacó de la cintura el *kriss* y lo dirigió a la garganta del soldado, diciéndole con un tono que no ponía en duda la amenaza:

—¡Habla o te mato!

—No —respondió el soldado.

El soldado emitió un grito de dolor: el *kriss* le había entrado en la carne e hizo brotar algo de sangre.

—Hablaré —agonizó el prisionero, que se había puesto pálido como un cadáver.

—¿Adónde ibas? —preguntó Sandokán.

—A casa de *lord* James Guillonk.

—¿Para qué?

El soldado vaciló, pero viendo al pirata aproximar de nuevo el *kriss*, prosiguió:

—Para llevarle una carta del *baronet* William Rosenthal.

Un relámpago de furor brilló en los ojos de Sandokán al oír aquel nombre.

—¡Dame esa carta! —exclamó con voz ronca.

—Está en mi casco, escondida bajo el forro.

Yáñez tomó el sombrero del cipayo, arrancó el forro y encontró la carta que abrió enseguida.

—¡Bah!... Cosas viejas —dijo, después de haberla leído.

—¿Qué escribe ese perro del *baronet*? —preguntó Sandokán.

—Advierte al *lord* de nuestro inminente desembarco en Labuán. Dice que un crucero ha visto a uno de nues-

tros barcos correr hacia estas costas y le aconseja que vigile atentamente.

—¿Nada más?

—¡Oh, sí! Envía mil respetuosos saludos a tu querida Mariana con un juramento de amor eterno.

—¡Que Dios condene a ese maldito! ¡Ay de él si lo encuentro en el camino!

—Inioko —dijo el portugués, que parecía observar con profunda atención la caligrafía de la carta—, manda un hombre al prao y que me traiga papel de carta, pluma y tintero.

—¿Para qué quieres todos esos objetos? —preguntó Sandokán con estupor.

—Son necesarios para mi proyecto.

—¿Pero de qué proyecto estás hablando?

—Del que vengo meditando hace media hora.

—Explícate de una vez.

—¡Si no quiero hacer otra cosa! Voy a ir a la quinta de *lord James*.

—¡Tú!...

—Yo, justamente yo —respondió Yáñez con perfecta calma.

—¿Pero de qué modo?

—En la piel de ese cipayo. ¡Por Júpiter! ¡Ya verás qué buen soldado hago!

—Empiezo a comprender. Te pones el uniforme del cipayo, finges llegar de Victoria y...

—Aconsejo al *lord* que se marche, para hacerlo caer en la emboscada que tú le prepararás.

—¡Ah, Yáñez! —exclamó Sandokán, dándole un abrazo.

—Despacio, hermanito mío, no me rompas un brazo.

—¡Si logras esto, te lo deberé todo!

—Espero conseguirlo.

—Pero te expones a un gran peligro.

—¡Bah! Saldré de este enredo con honor y sin daño.

—Pero ¿para qué quieres el tintero?

—Para escribir una carta al *lord*.

—No te lo aconsejo, Yáñez. Es un hombre suspicaz y si ve que los rasgos de la letra no son exactos, puede hacerte fusilar.

—Tienes razón, Sandokán. Es mejor que le diga de palabra lo que quería escribirle. Vamos, haz desnudar al cipayo.

80

A una seña de Sandokán, dos piratas desataron al soldado y lo despojaron del uniforme. El pobre diablo se creyó perdido.

—¿Va usted a matarme? —preguntó a Sandokán.

—No. Tu muerte no me sería de ninguna utilidad, te perdono la vida; pero quedarás prisionero en mi proa mientras nosotros permanezcamos aquí.

—Gracias, señor.

Yáñez, entretanto, se estaba vistiendo. El uniforme le venía un poco estrecho, pero tanto hizo, que en poco tiempo estuvo completamente equipado.

—¡Mira, hermanito mío, qué hermoso soldado! —dijo sujetándose el sable—. Jamás creí que tendría tan espléndida figura.

—Sí, verdaderamente eres un hermoso cipayo —respondió Sandokán riendo—. Ahora dame tus últimas instrucciones.

—Pues mira —dijo el portugués—, tú quédate aquí emboscado en este sendero con todos los hombres disponibles y no te muevas. Yo iré a casa del *lord*, le diré que ustedes han sido atacados y dispersados, pero que se han visto otros praos, y le aconsejaré que aproveche este buen momento para refugiarse en Victoria.

—¡Magnífico!

—Y cuando pasemos por aquí, atacarán la escolta, yo tomaré a Mariana y la llevaré al prao. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Sí, ve, mi valeroso amigo! Dile a mi Mariana que la amo siempre y que tenga confianza en mí. Vete y que Dios te guarde.

—Adiós, hermano —respondió Yáñez, abrazándolo.

Saltó con agilidad al caballo del cipayo, recogió las bridas, desenvainó el sable y partió, silbando alegremente una vieja barcarola.

VI. Yáñez en la quinta

La misión del portugués era sin duda una de las más arriesgadas, de las más audaces que aquel valiente hombre había afrontado en su vida, porque habría bastado una palabra, una sola sospecha, para colgarlo en la piqueta de una antena con una buena cuerda al cuello.

No obstante, el pirata se preparaba a jugar la peligrosa carta con gran valor y mucha calma, confiando en su propia sangre fría y sobre todo en su buena estrella, que jamás hasta ahora había dejado de protegerlo.

Se irguió fieramente en la silla, se rizó los bigotes para hacer mejor figura, se acomodó el cabello inclinándolo con coquetería sobre la oreja y lanzó el caballo al galope, no ahorrando espoladas ni latigazos.

Tras un cuarto de hora de aquella furiosa carrera se encontró de improviso ante una verja de hierro detrás de la cual se elevaba la hermosa quinta de *lord James*.

—¿Quién vive? —preguntó un soldado que estaba escondido detrás del tronco de un árbol.

—Eh, jovencito, baja el fusil, que no soy un tigre ni una babirusa —dijo el portugués, deteniendo el caballo—. ¡Por Júpiter! ¿No ves que soy un colega tuyo, y más aún, un superior?

—Perdone usted, pero tengo orden de no dejar pasar a nadie sin saber de parte de quién viene y qué es lo que desea.

—¡Animal! Vengo aquí por orden del *baronet* William Rosenthal y voy a casa del *lord*.

—¡Pase usted!

Abrió la barrera, llamó a algunos compañeros que paseaban por el jardín para advertirles lo que ocurría y se apartó a un lado.

—¡Hum! —dijo el portugués, encogiéndose de hombros y lanzando el caballo hacia adelante—. Cuántas precauciones y cuánto miedo reinan aquí.

Se detuvo delante de la casa y saltó a tierra, entre seis soldados que lo habían rodeado con los fusiles en la mano.

—¿Dónde está el *lord*? —preguntó.

—En su gabinete —respondió el sargento que mandaba la patrulla.

—Condúzcame usted inmediatamente hasta él, porque tengo que hablarle enseguida.

—¿Viene usted de Victoria?

—Exactamente.

—¿Y no ha encontrado a los piratas de Mompracem?

—Ni uno solo, compañero. Esos pillos tienen muchas cosas que hacer en estos momentos para estar rondando por aquí. Vamos, lléveme hasta el *lord*.

—¡Venga!

El portugués juntó toda su audacia para afrontar al peligroso hombre y siguió al suboficial, afectando la calma y la rigidez de los sujetos anglosajones.

—Espere aquí —dijo el sargento después de haberle hecho entrar en un salón.

Al quedarse solo, Yáñez se puso a observar todo atentamente para ver si era posible un golpe de mano, pero tuvo que convencerse de que toda tentativa habría resultado inútil, porque las ventanas eran altísimas, a la vez que los muros y las puertas muy gruesas.

—No importa —murmuró—. Daremos el golpe en el bosque.

En aquel momento volvía a entrar el sargento.

—El *lord* le espera —dijo, indicándole la puerta que había dejado abierta.

El portugués sintió que un escalofrío corría por sus huesos y palideció un poco. “Yáñez, sé prudente y firme”, se dijo.

Entró con la mano derecha en el sombrero y se encontró en un hermoso gabinete, amueblado con mucha elegancia. En un rincón, sentado ante una mesa de trabajo, estaba el *lord*, vestido sencillamente de blanco, con el rostro sombrío y la mirada iracunda.

Miró en silencio a Yáñez, clavándole los ojos encima como si quisiera adivinar los pensamientos del recién llegado, y luego dijo en un tono cortante:

—¿Viene usted de Victoria?

—Sí, *milord* —respondió Yáñez con voz firme.

—¿De parte del *baronet*?

—Sí.

—¿Le ha dado alguna carta para mí?

—Ninguna.

—¿Tiene usted que decirme alguna cosa?

—Sí, *milord*.

—Pues hable.

—Me ha mandado a decirle que el Tigre de Malasia ha sido cercado por las tropas en una bahía del sur.

El *lord* se puso en pie con los ojos resplandecientes y el rostro radiante.

—¡El Tigre rodeado por nuestros soldados! —exclamó.

—Sí, parece que todo ha terminado para siempre para ese diablo, ya no tiene salvación.

—Pero ¿está seguro de lo que me dice?

—Segurísimo, *milord*.

—¿Quién es usted?

—Un pariente del *baronet* William —respondió Yáñez audazmente.

—Pero ¿cuánto tiempo hace que está en Labuán?

—Quince días.

—Entonces sabrá también que mi sobrina...

—Es la prometida de mi primo William —dijo Yáñez sonriendo.

—Pues tengo mucho placer en conocerlo —dijo el *lord*, estrechándole la mano—. Pero dígame, ¿cuándo fue atacado Sandokán?

—Esta mañana al alba, mientras atravesaba un bosque a la cabeza de una gran banda de piratas.

—¡Pero entonces ese hombre es el demonio! ¡Ayer por la tarde estaba aquí! ¿Es posible que en tan pocas horas haya recorrido tanto camino?

—Se dice que llevaba caballos consigo.

—Ahora entiendo. ¿Y dónde está mi buen amigo William?

—Está a la cabeza de las tropas.

—¿Y usted estaba con él?

—Sí, *milord*.

—¿Están muy lejos de aquí los piratas?

—A unas diez millas.

—¿No le ha dado a usted ningún otro encargo?

—Me ha rogado que le diga que salga enseguida de la quinta y que se vaya a Victoria sin vacilar.

—¿Por qué?

—Ya sabe, *milord*, qué clase de hombre es el Tigre de Malasia. Tiene con él ochenta hombres, ochenta cachorros, y podría vencer a nuestras tropas, atravesar en un relámpago los bosques y lanzarse sobre la quinta.

El *lord* lo miró en silencio, como si hubiera sido golpeado por aquel razonamiento, y luego dijo como hablando consigo mismo:

—En efecto, eso podría suceder. Bajo los fuertes y las naves de Victoria me sentiría más seguro que aquí. El querido William tiene razón; y ahora mucho más, puesto que por el momento está libre el camino... ¡Ah, mi señora sobrina, yo le arrancaré esa pasión que tiene por ese héroe de horca! ¡Aunque tenga que desmembrarla como una caña, me obedecerá y se casará con el hombre que le he destinado!

Yáñez llevó involuntariamente la mano a la empuñadura del sable, pero se contuvo, comprendiendo que la muerte del feroz viejo no habría conducido a nada con tantos soldados como los que se encontraban en la quinta.

—*Milord* —dijo en cambio—, ¿me permite visitar a mi futura prima?

—¿Tienes algo que decirle de parte de William?

—Sí, *milord*.

—Pues le advierto que lo recibirá muy mal.

—No me importa, *milord* —respondió Yáñez, sonriendo—. Yo le comunicaré lo que me dijo William y luego volveré rápidamente aquí.

El viejo capitán apretó un botón. Un criado entró enseguida.

—Lleva a este señor hasta la habitación de la señorita —dijo el *lord*.

—Gracias —respondió Yáñez.

—Trate usted de convencerla y después vuelva aquí para cenar juntos.

Yáñez se inclinó y siguió al criado que lo introdujo en un saloncito tapizado de azul y adornado con un gran número de plantas que esparcían deliciosos perfumes.

El portugués dejó que saliese el criado, luego se adelantó lentamente y, a través de esas plantas —que transformaban aquel saloncito en un invernadero—, descubrió una elegante figura vestida de blanco.

A pesar de que estaba preparado para cualquier sorpresa, no pudo reprimir un grito de admiración ante aquella espléndida jovencita.

Estaba tendida en una delicada postura, con un abandono lleno de melancolía, sobre una otomana oriental de cuya sedosa tela brotaban destellos de oro. Con una mano sostenía su cabecita, de la que caían

como una lluvia de oro aquellos espléndidos cabellos que eran la admiración de todos, y con la otra estrujaba nerviosamente las flores que tenía a su lado. Estaba sombría y pálida, sus ojos azules, ordinariamente tranquilos, despedían relámpagos que traicionaban su reprimida cólera.

Al ver a Yáñez acercarse, se sobresaltó y se pasó varias veces la mano por la frente, como si se despertase de un sueño, y clavó en él una penetrante mirada.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí?

—El *lord*, *milady* —respondió Yáñez, devorando con los ojos a aquella criatura que encontraba inmensamente bella, mucho más de cuanto la había descrito Sandokán.

—¿Y qué quiere de mí?

—Una pregunta, ante todo —dijo Yáñez, mirando a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos.

—Hable.

—¿Cree que alguien puede oírnos?

Ella frunció la frente y lo miró fijamente, como si quisiera leer en su corazón y adivinar el motivo de aquella pregunta.

—Estamos solos —respondió luego.

—Pues bien, *milady*, yo vengo de muy lejos...

—¿De dónde?

—¡De Mompracem!

Mariana se puso en pie como empujada por un muelle y su palidez desapareció como por ensalmo.

—¡De Mompracem! —exclamó, ruborizándose—. ¡Usted..., un inglés!...

—Se equivoca, *lady* Mariana, yo no soy inglés: ¡soy Yáñez!

—¡Yáñez, el amigo, el hermano de Sandokán! ¡Ah, señor, qué temeridad entrar en esta quinta! Dígame, ¿dónde está Sandokán? ¿Qué hace? ¿Se ha salvado o está herido? Hábleme de él o me moriré.

—Baje la voz, *milady*, las paredes pueden tener oídos.

—Hábleme de él, valeroso amigo, hábleme de mi Sandokán.

—Está vivo todavía, más vivo que antes, *milady*. Conseguimos escapar a la persecución de los soldados sin demasiado esfuerzo y sin recibir ninguna herida. Sandokán se encuentra ahora emboscado en el sendero que lleva a Victoria, dispuesto a raptarla.

—¡Ah, Dios mío!, ¡cuánto le agradezco que lo haya protegido! —exclamó la jovencita con lágrimas en los ojos.

—Escúcheme ahora, *milady*.

—Dígame, mi valiente amigo.

—He venido aquí para convencer al *lord* de que abandone la quinta y se retire a Victoria.

—¡A Victoria! Pero, cuando hayamos llegado allí, ¿cómo me raptarán?

—Sandokán no esperará tanto, *milady* —dijo Yáñez sonriendo—. Está escondido con sus hombres, atacará a la escolta y la raptará apenas salga de la quinta.

—¿Y mi tío?

—Lo trataremos bien, se lo aseguro.

—¿Y me raptarán?

—Sí, *milady*.

—¿Y a dónde me llevará Sandokán?

—A su isla.

Mariana inclinó la cabeza sobre el pecho y calló.

—*Milady* —dijo Yáñez con voz grave—. No tema: Sandokán es uno de esos hombres que saben hacer feliz a la mujer que aman. Fue un hombre terrible, incluso cruel, pero el amor lo ha cambiado, y le juro, señorita, que jamás se arrepentirá de haberse convertido en la esposa del Tigre de Malasia.

—Le creo —respondió Mariana—. ¿Qué importa que su pasado sea terrible, que haya inmolado víctimas a centenares, que haya cometido venganzas atroces? Él me adora, él hará por mí todo lo que yo le diga, y yo haré de él otro hombre. Abandonaré mi isla, él abandonará su Mompracem, nos iremos lejos de estos mares funestos, tan lejos que no volveremos a oír hablar de ellos. En un rincón del mundo, olvidados de todos, pero felices, viviremos juntos y nadie sabrá jamás que el marido de la perla de Labuán es el antiguo Tigre de Malasia, el hombre de las legendarias empresas, el hombre que hizo temblar a los reinos y que derramó tanta sangre. ¡Sí, yo seré su esposa, hoy, mañana y siempre... siempre lo amaré!

—¡Ah, divina *lady*! —exclamó Yáñez, cayendo de rodillas a sus pies—. Dígame qué puedo hacer por usted, por liberarla y conducirla a Sandokán, mi buen amigo, mi buen hermano.

—Ya has hecho demasiado viniendo aquí. Por ello, le estaré agradecida hasta la muerte.

—Eso no basta; hay que convencer al *lord* de que se retire a Victoria, para dar a Sandokán ocasión de actuar.

—Pero si hablo yo, mi tío, que se ha vuelto extremadamente suspicaz, temerá cualquier traición y no abandonará la quinta.

—Tiene razón, adorable *lady*. Pero creo que ya ha decidido dejar la quinta y retirarse a Victoria. Si tiene alguna duda, yo trataré de disipársela.

—Esté en guardia, señor Yáñez, porque es bastante desconfiado y podría sospechar algo. Eres europeo, es cierto, pero este hombre quizá sepa que Sandokán tiene un amigo de como usted.

—Seré prudente.

—¿Lo espera el *lord*?

—Sí, *milady*, me ha invitado a cenar.

—Vaya, no sea que sospeche.

—¿Y usted vendrá?

—Sí, más tarde volveremos a vernos.

—Adiós, *milady* —dijo Yáñez, besándole caballerosamente la mano.

—Váyase, noble corazón; no le olvidaré jamás.

El portugués salió como embriagado, deslumbrado por aquella espléndida criatura.

—¡Por Júpiter! —exclamó dirigiéndose hacia el gabinete del *lord*—. Jamás he visto una mujer tan bella, y realmente empiezo a envidiar a ese villano de Sandokán.

El *lord* le esperaba paseando de un lado a otro, con la frente fruncida y los brazos estrechamente cruzados.

—Y bien, joven, ¿qué tal le ha recibido mi sobrina? —preguntó con voz dura e irónica.

—Parece que no le gusta oír hablar de mi primo William —respondió Yáñez—. Poco faltó para que me eche.

El *lord* sacudió la cabeza y sus arrugas se hicieron más profundas.

—¡Siempre igual! ¡Siempre igual! —murmuró con los dientes apretados.

Se puso a pasear de nuevo, encerrado en un silencio feroz, agitando nerviosamente los dedos, y luego, deteniéndose delante de Yáñez, que lo miraba sin hacer un gesto, le preguntó:

—¿Qué me aconseja hacer?

92

—Ya le he dicho, *milord*, lo mejor que puede hacer es ir a Victoria.

—Es verdad. ¿Cree usted que mi sobrina podrá amar algún día a William? —le preguntó.

—Eso espero, *milord*, pero antes es preciso que muera el Tigre de Malasia —respondió Yáñez.

—¿Conseguirán matarlo?

—La banda está rodeada por nuestras tropas y las manda William.

—Si es verdad, lo matará o se dejará matar por Sandokán. Conozco a ese joven: es diestro y valeroso.

Calló otra vez y se asomó al balcón, mirando el sol que caía lentamente. Volvió a los pocos minutos, diciendo:

—¿Entonces usted me aconseja partir?

—Sí, *milord* —respondió Yáñez—. Aproveche esta buena oportunidad para abandonar la quinta y refugiarse en Victoria.

—¿Y si Sandokán hubiese dejado algunos hombres ocultos en los alrededores del parque? Me han dicho que estaba con él ese portugués que se llama Yáñez, un hombre tan audaz que quizá no cede ni al Tigre de Malasia.

“Gracias por el cumplido”, murmuró Yáñez en su corazón, haciendo un esfuerzo supremo para contener la risa.

Luego, mirando al *lord*, dijo:

—*Milord*, tiene una escolta suficiente para rechazar un ataque.

—Antes era numerosa, pero ahora ya no. He tenido que devolver al gobernador de Victoria muchos hombres, porque tenía urgente necesidad de ellos. Usted sabe que la guarnición de la isla es muy escasa.

—Eso es verdad, *milord*.

El viejo capitán se había puesto a pasear con cierta agitación. Parecía atormentado por un grave pensamiento o una profunda perplejidad.

De pronto se acercó bruscamente a Yáñez, preguntándole:

—No se ha encontrado con nadie al venir aquí, ¿verdad?

—Con nadie, *milord*.

—¿No ha notado nada sospechoso?

—No, *milord*.

—Entonces, ¿se podría intentar la retirada?

—Yo creo que sí.

—Pues yo lo dudo.

—¿Qué duda, *milord*?

—Que todos los piratas se hayan ido.

—*Milord*, yo no tengo miedo a esos diablos. ¿Quiere que haga un reconocimiento por los alrededores?

—Se lo agradecería. ¿Quiere una escolta?

—No, *milord*, prefiero ir solo. Un hombre puede pasar por medio de los bosques sin llamar la atención de los enemigos, mientras que más hombres difícilmente podrían escapar a la vigilancia de un centinela.

—Tienes razón, joven. ¿Cuándo partirá?

—Enseguida. En un par de horas se puede hacer mucho camino.

—El sol está a punto de ponerse.

—Mejor así, *milord*.

—¿No tiene miedo?

—Cuando voy armado no temo a nadie.

—Buena sangre la de los Rosenthal —murmuró el *lord*—. Váyase, joven; ¡lo espero a cenar!

—¡Ah, *milord*! ¡Un soldado!...

—¿No es usted acaso un caballero? Además, quizá dentro de poco seamos parientes.

—Gracias, *milord* —dijo Yáñez—. Dentro de un par de horas estaré de vuelta.

Saludó militarmente, se puso el sable bajo el brazo y descendió con calma la escalera, adentrándose en el jardín.

—Vamos a buscar a Sandokán —murmuró, cuando se hubo alejado—. ¡Demonios! ¡Hay que tener contento al

lord! ¡Ya verás, amigo mío, qué exploración voy a hacer! Puedes estar seguro desde ahora de que no voy a encontrar ni rastro de piratas. ¡Por Júpiter! ¡Qué magnífica trampa! No creí que iba a tener tan soberbios resultados. La cosa no será tan inocente, pero ese pícaro de mi hermano se casará con la muchacha de los cabellos de oro. ¡Por Baco!

»¡No tiene ni una pizca de mal gusto el amigo! Jamás he visto una muchacha tan bonita y tan delicada. Pero, después, ¿qué sucederá? ¡Pobre Mompracem, te veo en peligro! En fin, no pensemos en eso. Si todo tiene que acabar mal, iré a terminar mi vida a alguna ciudad de Extremo Oriente, a Cantón o a Macao, y me despediré de estos lugares.

Hablando así consigo mismo, el bravo portugués había atravesado una parte del extenso jardín, deteniéndose delante de una de las barreras.

—¡Ábrame, amigo! —dijo Yáñez.

—¿Se marcha, sargento?

—No, voy a explorar los alrededores.

—¿Y los piratas?

—Ya no hay ninguno por estos lugares.

—¿Quiere que lo acompañe, sargento?

—Es inútil. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Salió por la verja y se encaminó por el sendero que conducía a Victoria. Mientras estuvo al alcance de las miradas del centinela procedió lentamente, pero apenas se vio protegido por la vegetación apresuró su paso, metiéndose por medio de los árboles.

Había recorrido doscientos o trescientos metros cuando vio un hombre lanzarse fuera de un arbusto y cerrarle el paso. Enseguida le apuntó un fusil, mientras una voz amenazante le gritaba:

—¡Ríndete o te mato!

—¿Así que ya no se me reconoce? —dijo Yáñez, quitándose el sombrero—. No tienes buena vista, querido Paranoa.

—¡El señor Yáñez! —exclamó el malayo.

—En carne y hueso, amigo mío. ¿Qué haces aquí tan cerca de la quinta de *lord* Guillonk?

—España la cerca.

—¿Dónde está Sandokán?

—A una milla de aquí. ¿Tenemos buenas noticias, señor Yáñez?

—No podrían ser mejores.

—¿Qué debo hacer, señor?

—Correr donde Sandokán y decirle que le espero aquí. Al mismo tiempo, ordénale a Inioke que prepare el prao.

—¿Nos vamos?

—Quizá esta misma noche.

—Voy enseguida.

—Un momento: ¿han llegado los dos praos?

—No, señor Yáñez, y ya empezamos a temer que se hayan perdido.

—¡Por Júpiter Tonante! Tenemos poca suerte en nuestras expediciones. ¡Bah! Tendremos hombres suficientes para exterminar la escolta del *lord*. Vete, Paranoa, y date prisa.

—Corriendo desafío a un caballo.

El pirata partió con la velocidad de una flecha. Yáñez encendió un cigarrillo y luego se tendió bajo una soberbia areca, fumando tranquilamente. No habían transcurrido veinte minutos, cuando vio avanzar a Sandokán. Venía acompañado de Paranoa y de otros cuatro piratas armados hasta los dientes.

—¡Yáñez, amigo mío! —exclamó Sandokán, precipitándose a su encuentro—. ¡Cuánto he temido por ti!... ¿La has visto? ¡Háblame de ella, hermano mío!... ¡Cuéntame!... ¡Ardo de curiosidad!

—Corres como un crucero —dijo el portugués, riendo—. Como ves, he cumplido mi misión de verdadero inglés, e incluso de un verdadero pariente del villano *baronet*. ¡Qué acogimiento, amigo mío! Nadie ha dudado un solo instante de mí.

—¿Ni siquiera el *lord*?

—¡Oh!... ¡Él menos que nadie! Basta saber que me aguarda para cenar.

—¿Y Mariana?

—La he visto y la he encontrado tan hermosa que he tenido que volver la cabeza. Cuando la he visto llorar...

—¡La has visto llorar!... —gritó Sandokán con un tono que tenía algo de desgarrador—. ¡Dime quién ha sido el que la ha hecho derramar lágrimas! ¡Dímelo, e iré a arrancarle el corazón al maldito que ha hecho llorar esos bellos ojos!

—Pero, Sandokán, ¿desde hace cuánto le haces asco al agua?... En verdad, lloraba por ti.

—¡Ah, sublime criatura! —exclamó el pirata—. Cuéntame todo, Yáñez, te lo ruego.

El portugués no se lo hizo repetir y le contó primero lo que había sucedido entre él y el *lord*. Luego procedió a narrarle su conversación con la muchacha.

—El viejo parece decidido a partir —concluyó—, así que ahora puedes estar seguro de que no volverás solo a Mompracem. Pero sé prudente, hermano, porque hay bastantes soldados en el jardín y tendremos que luchar mucho para reducir la escolta. Además, no me fío mucho del señor. Sería capaz de matar a su sobrina antes que dejar que se la arrebates.

—¿Volverás a verla esta noche?

—Desde luego.

—¡Ah!... ¡Si pudiera entrar yo también en la quinta!...

—¡Qué locura!

—¿Cuándo se pondrá en marcha el *lord*?

—No lo sé todavía, pero creo que esta noche tomará una decisión.

—¿Va a salir esta misma noche?

—Lo supongo.

—¿Cómo poder saberlo con certeza?

—No hay más que un medio.

—¿Cuál?

—Manda a uno de nuestros hombres al quiosco chino o al invernadero y que aguarde allí mis órdenes.

—¿Hay centinelas diseminados por el jardín?

—No los he visto más que en las rejas —respondió Yáñez.

—¿Y si fuese yo al invernadero?

—No, Sandokán. Tú no debes abandonar este sendero. El *lord* podría precipitar la marcha y tu presencia es necesaria aquí para guiar a nuestros hombres. Bien sabes que vales por diez.

—Mandaré a Paranoa. Es hábil, es prudente y llegará al invernadero sin que lo descubran. Apenas se haya puesto el sol, saltará la verja e irá a esperar tus órdenes.

Se quedó un momento silencioso y luego dijo:

—¿Y si el *lord* cambiase de opinión y se quedase en la quinta?

—¡Diablo! ¡Sería un feo asunto!

—¿No podrías abrirnos tú la puerta a medianoche y dejarnos entrar en la quinta? Me parece un proyecto factible.

—Y a mí me parece difícil, Sandokán. La guarnición es numerosa, podrían atrincherarse en las habitaciones y oponer una larga resistencia. Y además el *lord*, si se viera perdido, podría dejarse llevar por la ira y disparar su pistola contra la muchacha. No te fíes de ese hombre.

—Es verdad —dijo el Tigre con un suspiro—. ¡*Lord* James sería capaz de asesinar a la muchacha, antes de que yo pudiese tomarla!

—¿Esperarás?

—Sí, Yáñez. Pero si no se decide a marchar pronto, intentaré un golpe desesperado. No podemos quedarnos mucho tiempo aquí. Es preciso que rapte a Mariana antes que en Victoria se sepa que estamos aquí y que en Mompracem hay pocos hombres. Temo por mi isla. Si la

perdiéramos, ¿qué sería de nosotros?... Están allí nuestros tesoros.

—Intentaré convencer al *lord* de que apresure la marcha. Entretanto, manda a armar el prao y reunir aquí a toda la tripulación. Hay que romper la escolta de improviso, para impedir que el *lord* se deje arrastrar por cualquier acto desesperado.

—¿Hay muchos soldados en la quinta?

—Una docena y otros tantos empleados.

—Entonces la victoria está asegurada.

Yáñez se levantó.

—¿Te vuelves? —le preguntó Sandokán.

—No se debe hacer esperar a un capitán que invita a cenar a un sargento —respondió el portugués, sonriendo.

—¡Cuánto te envidio, Yáñez!

—Y no por la cena, ¿eh, Sandokán? Mañana verás a la joven.

—Eso espero —respondió el Tigre con un suspiro—. Adiós, amigo, vete y convéncelo.

—Dentro de dos o tres horas veré a Paranoa.

—Te esperará hasta medianoche.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Mientras Sandokán y sus hombres se lanzaban en medio de la espesura, Yáñez encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el jardín, avanzando con paso tranquilo, como si en vez de una exploración volviese de un paseo.

Pasó delante del centinela y se puso a pasear por el jardín, pues todavía era demasiado pronto para presentarse al *lord*.

A la vuelta de un sendero se encontró con *lady* Mariana, quien parecía estar buscándolo.

—¡Ah, *milady*, qué suerte! —exclamó el portugués, inclinándose.

—Le buscaba —respondió la joven, ofreciéndole la mano.

—¿Tiene que decirme algo importante?

—Sí, que dentro de cinco horas salimos para Victoria.

—¿Se lo ha dicho el *lord*?

—Sí.

—Sandokán está preparado, *milady*: los piratas han sido advertidos y aguardan a la escolta.

—¡Dios mío! —murmuró ella, cubriéndose el rostro con las manos.

—*Milady*, en estos momentos hay que ser fuertes y resueltos.

—Y mi tío... me aborrecerá y me maldecirá.

—Pero Sandokán la hará feliz, será la más alegre de las mujeres.

Dos lágrimas descendían lentamente por las rosadas mejillas de la jovencita.

—¿Llora? —dijo Yáñez—. ¡Ah, no llore, *lady* Mariana!

—Tengo miedo, Yáñez.

—¿De Sandokán?

—No, del futuro.

—Será alegre, porque Sandokán hará lo que usted quiera. Él está dispuesto a incendiar sus praos, dispersar sus bandas, olvidar sus venganzas, dar un adiós para

siempre a su isla y abdicar su poderío. Bastará una sola palabra suya para decidirlo.

—Entonces, ¿me ama tan inmensamente?

—Con locura, *milady*.

—Pero, ¿quién es ese hombre? ¿Por qué tanta sangre y tantas venganzas? ¿De dónde ha venido?

—Escúcheme usted, *milady* —dijo Yáñez, ofreciéndole el brazo y llevándola por un sendero en sombra—. La mayor parte cree que Sandokán no es más que un vulgar pirata, salido de las selvas de Borneo, ávido de sangre y de presas, pero se equivocan: él es de estirpe real y no es un pirata, sino un vengador.

»Tenía veinte años cuando subió al trono de Muluder, un reino situado junto a las costas septentrionales de Borneo. Fuerte como un león, fiero como un héroe de la antigüedad, audaz como un tigre, valiente hasta la locura, al cabo de poco tiempo venció a todos los pueblos vecinos, extendiendo las propias fronteras hasta el reino de Varauni y el río Koti.

»Aquellas hazañas fueron fatales para él. Ingleses y holandeses, celosos de aquella nueva potencia que parecía querer subyugar a la isla entera, se aliaron con el sultán de Borneo para aplastar al audaz guerrero. Primero con el oro y, luego, con las armas, acabaron por destrozar el nuevo reino. Unos traidores sublevaron a varios pueblos; sicarios mercenarios asesinaron a la madre y a los hermanos de Sandokán; bandas poderosas invadieron el reino en varios lugares, corrompiendo a los jefes,

corrompiendo a las tropas, saqueando, descuartizando y cometiendo atrocidades inauditas.

»En vano Sandokán luchó con el furor de la desesperación, abatiendo a los unos y aplastando a los otros. Las traiciones llegaron a su mismo palacio, sus familiares cayeron todos bajo el hierro de los asesinos pagados por esos canallas, y él mismo, en una noche de fuego y de estragos, pudo apenas salvarse con una pequeña cuadrilla de valientes.

»Anduvo errante durante varios años por las costas septentrionales de Borneo, unas veces perseguido como una fiera feroz, otras sin víveres, presa de miserias indescriptibles, esperando reconquistar su trono perdido y vengar a su familia asesinada.

»Una noche, desesperado ya de todo y de todos, se embarcó en un prao, jurando guerra atroz a todos los europeos y al sultán de Varauni. Desembarcó en Mompracem, consolidó a sus hombres y se dedicó a piratear el mar.

»Era fuerte, valiente, intrépido y estaba sediento de venganza. Devastó las costas del sultán, atacó barcos holandeses e ingleses, y no dio tregua ni cuartel. Se convirtió en el terror de los mares, se transformó en el terrible Tigre de Malasia. Usted ya conoce el resto.

—¡Entonces es un vengador de su familia! —exclamó Mariana, dejando de llorar.

—Sí, *milady*, un vengador que llora a menudo a su madre y a sus hermanos y hermanas caídas bajo el hierro de los asesinos; un vengador que jamás cometió acciones infames, que respetó en todo tiempo a los débiles, que

trató bien a las mujeres y a los niños, que saquea a sus enemigos no por sed de riqueza, sino para levantar un día un ejército de valientes y reconquistar el reino perdido.

—¡Ah, cuánto bien me han hecho estas palabras, Yáñez! —dijo la joven.

—¿Está usted decidida ahora a seguir al Tigre de Malasia?

—Sí, soy suya porque lo amo, hasta el punto de que sin él la vida sería para mí un martirio.

—Volvamos entonces a la quinta, *milady*. Dios velará por nosotros.

Dos lágrimas descendían lentamente por las rosadas mejillas de la jovencita.

Yáñez condujo a la joven a la casa y subieron al comedor. El *lord* ya estaba allí y se paseaba de un lado a otro con la rigidez de un verdadero inglés nacido en las orillas del Támesis. Estaba sombrío como antes y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al ver a Yáñez se detuvo, diciendo:

—¿Está usted ya aquí? Temía que le hubiera ocurrido alguna desgracia fuera del jardín.

—He querido asegurarme con mis propios ojos de que no hay ningún peligro, *milord* —respondió Yáñez tranquilamente.

—¿No has visto a ninguno de esos perros de Mompracem?

—Ninguno, *milord*; podemos ir a Victoria con toda seguridad.

El *lord* se quedó callado durante unos instantes; luego, volviéndose hacia Mariana, que se había quedado junto a una ventana, le dijo:

—¿Ha usted oído que nos vamos a Victoria?

—Sí —respondió ella secamente.

—¿Vendrá, señorita?

—Sabe perfectamente que toda resistencia por mi parte sería inútil.

—Creí que tendría que arrastrarla a la fuerza.

—¡Señor!

El portugués vio brillar una llama amenazante en los ojos de la joven, pero siguió en silencio, aunque sentía un deseo irresistible de dar un sablazo a aquel viejo.

—¡Bah! —exclamó el *lord* con mayor ironía—. ¿Acaso ya no amas a ese héroe de cuchillo ahora que consientes en venir a Victoria? En ese caso, ¡recibe mi felicitación, señorita!

—¡No prosiga usted! —exclamó la joven con un tono que hizo temblar al mismo *lord*. Estuvieron algunos instantes en silencio, mirándose el uno al otro como dos fieras que se provocan antes de destrozarse mutuamente.

—O cedes o te despedazaré —dijo el *lord* con voz furibunda—. ¡Antes de ser la mujer de ese perro que se llama Sandokán, te mataré!

—¡Hágalo! —dijo ella, acercándose con aire amenazador.

—¿Quieres hacerme una escena? Sería inútil. Sabes perfectamente que soy inflexible. Vete a hacer tus preparativos para la marcha.

La joven se había detenido. Intercambió con Yáñez una rápida mirada y luego salió de la habitación, cerrando violentamente la puerta.

—¿La ha visto usted? —dijo el *lord*, volviéndose hacia Yáñez—. Cree poder desafiarme, pero se equivoca. ¡Vive Dios, que antes la haré pedazos!

Yáñez, en vez de responder, se secó unas gotas de sudor frío que le corrían por la frente y cruzó los brazos para no ceder a la tentación de echar mano al sable. Hubiera dado la mitad de su sangre por deshacerse de aquel terrible viejo, al que ahora sabía capaz de todo.

El *lord* paseó por la habitación durante unos minutos y después indicó a Yáñez que se sentara a la mesa.

106 La cena transcurrió en silencio. El *lord* apenas tocó la comida; en cambio el portugués hizo mucho honor a los diversos platos, como hombre que no sabe cuándo podrá volver a comer.

Apenas habían terminado, entró un cabo.

—¿Me ha mandado llamar, su excelencia? —preguntó.

—Diga usted a los soldados que estén preparados para la marcha.

—¿A qué hora?

—Saldremos de la quinta a medianoche.

—¿A caballo?

—Sí. Asegúrate de que todos cambien la carga a los fusiles.

—Su excelencia será servido.

—¿Iremos todos, *milord*? —preguntó Yáñez.

—No dejaré aquí más que cuatro hombres.

—¿Es numerosa la escolta?

—Se compondrá de doce soldados de plena confianza y de diez nativos.

—Con tales fuerzas no tenemos nada que temer.

—Usted no conoce a los piratas de Mompracem, joven. Si nos encontrásemos con ellos, no sé de quién sería la victoria.

—¿Me permite, *milord*, bajar al jardín?

—¿Qué hará usted?

—Vigilar los preparativos de los soldados.

—Vaya, joven.

El portugués salió y bajó rápidamente la escalera, murmurando: “Espero llegar a tiempo para avisarle a Paranoa. Sandokán va a preparar una bonita emboscada”.

Pasó delante de los soldados sin detenerse y, orientándose lo mejor que pudo, tomó una senda que debía conducirlo a las inmediaciones del invernadero. Cinco minutos después se encontraba en medio del bosquecillo de plátanos, allí donde había hecho prisionero al soldado inglés.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había sido seguido, luego se acercó al invernadero y empujó la puerta.

De pronto vio una sombra negra enderezarse ante él, mientras una mano le apuntaba al pecho con una pistola.

—Soy yo, Paranoa —dijo.

—¡Ah! Usted, patrón Yáñez.

—Vete enseguida, sin parar, y avisa a Sandokán que dentro de unas horas abandonaremos la quinta.

—¿Dónde tenemos que esperarlos?

—En el sendero que conduce a Victoria.

—¿Serán muchos?

—Unos veinte.

—Voy enseguida. Hasta la vista, señor Yáñez.

El malayo se lanzó al sendero, desapareciendo en medio de la oscura sombra de las plantas.

Cuando Yáñez regresó a la casa, el *lord* bajaba la escalera. Se había ceñido el sable y llevaba una pistola en su bandolera.

La escolta estaba lista para partir. Se componía de veintidós hombres, todos armados hasta los dientes.

Un grupo de caballos piafaba junto a la reja del jardín.

—¿Dónde está mi sobrina? —preguntó el *lord*.

—Ahí está —respondió el sargento que mandaba la escolta.

En efecto, *lady* Mariana bajaba en aquel momento la escalinata.

Iba vestida de amazona, con una chaquetilla de terciopelo azul y un largo vestido del mismo tejido, traje y color que hacían resaltar doblemente su palidez y la belleza de su rostro. En la cabeza llevaba un elegante gorro adornado de plumas, inclinado sobre sus dorados cabellos.

El portugués, que la observaba atentamente, vio temblar dos lágrimas bajo sus párpados y una viva ansiedad pintada en su rostro.

Ya no era la enérgica muchacha de unas horas antes, la que había hablado con tanto fuego y ferocidad. La idea de un rapto en aquellas condiciones, el imaginario de tener

que abandonar para siempre a su tío, el único familiar que le quedaba —aunque no la quisiera, había tenido con ella muchas atenciones en su juventud—, y tener que abandonar para siempre aquellos lugares para arrojarse a un porvenir oscuro, incierto, en los brazos de un hombre que se llamaba el Tigre de Malasia, parecía aterrarla.

Cuando subió al caballo, no pudo reprimir las lágrimas, que le cayeron abundantemente, y algunos sollozos le levantaron el seno.

Yáñez dirigió su caballo hacia el de ella y le dijo:

—Ánimo, *milady*; el futuro será risueño para la perla de Labuán.

A una orden del *lord*, el grupo se puso en marcha, salieron del jardín y tomaron el sendero que conducía a la emboscada.

Abrían la marcha seis soldados con sus pistolas empuñadas y los ojos fijos en ambos lados del sendero; los seguía el *lord*, luego Yáñez y la joven *lady*, quienes llevaban a los flacos otros cuatro hombres.

A pesar de las noticias traídas por Yáñez, todos desconfiaban y escudriñaban con profunda atención las selvas circundantes. El *lord* parecía no preocuparse de ello, pero de vez en cuando se volvía y lanzaba a Mariana una mirada en la que se leía una grave amenaza. Se comprendía que aquel hombre estaba dispuesto a matar a su sobrina a la primera tentativa por parte de los piratas del Tigre.

Afortunadamente, Yáñez, que no lo perdía de vista, se había dado cuenta de sus siniestras intenciones y estaba

preparado para proteger a la adorable muchacha. Habían recorrido, en el más profundo silencio, cerca de dos kilómetros, cuando a la derecha del sendero se oyó de improviso un ligero silbido.

Yáñez, que ya estaba esperando el ataque de un momento a otro, desenvainó el sable y se colocó entre el *lord* y *lady* Mariana.

—¿Qué hace usted? —preguntó el *lord* volviéndose bruscamente.

—¿No ha oído? —preguntó Yáñez.

—¿Un silbido?

—Sí.

—¿Y qué?

—Eso quiere decir, *milord*, que mis amigos nos rodean —dijo Yáñez fríamente.

110

—¡Ah, traidor! —aulló el *lord*, sacando su sable y lanzándose contra el portugués.

—¡Demasiado tarde, señor! —gritó este, arrojándose delante de Mariana.

En efecto, en aquel momento de ambos lados del sendero salieron dos descargas mortíferas, arrojando a tierra cuatro hombres y siete caballos; luego treinta tigrecitos de Mompracem se precipitaron fuera del bosque, dando gritos indescriptibles y cargando furiosamente contra el grupo. Sandokán, que los guiaba, saltó en medio de los caballos —detrás de los cuales se habían reunido rápidamente los soldados del *lord*— y con un golpe de cimitarra tumbó al primer hombre que se le puso delante.

El *lord* lanzó un verdadero rugido. Con una pistola en la mano izquierda y el sable en la derecha se dirigió hacia Mariana, que se había agarrado a las crines de su cabalgadura. Pero Yáñez había saltado ya a tierra. Agarró a la joven, la levantó de la silla y, estrechándola contra su pecho con sus robustos brazos, intentó pasar entre los soldados que se defendían con el furor que infunde la desesperación, atrincherados detrás de sus caballos.

—¡Sitio! ¡Sitio! —gritó, intentando dominar con su voz el estruendo de la mosquetería y el chocar furioso de las armas.

Pero ninguno se preocupaba por él, a excepción del *lord*, que se preparaba para atacarlo. Para mayor desgracia, o quizá por suerte, la joven se había desvanecido entre sus brazos.

La depositó detrás de un caballo muerto, mientras el *lord*, pálido de ira, abría fuego contra él. De un salto, Yáñez evitó la bala y, después, esgrimiendo el sable, gritó:

—Espera un poco, viejo lobo de mar, que te voy a acabar con la punta de mi acero.

—¡Te mataré, traidor! —respondió el *lord*.

Se lanzaron uno contra el otro. Yáñez estaba resuelto a sacrificarse para salvar a la joven, *lord* Guillonk estaba decidido a todo para arrancársela al Tigre de Malasia. Mientras tanto intercambiaban tremendas cuchilladas con un encarnizamiento sin igual, ingleses y piratas combatían con igual furor, intentando rechazarse mutuamente.

Los primeros, reducidos a un puñado de hombres, pero fuertemente atrincherados detrás de los caballos

que habían caído, se defendían animosamente, ayudados por los nativos, que meneaban ciegamente las manos, confundiendo sus gritos salvajes con los gritos tremendos de los cachorros. Daban tajos y cuchilladas, hacían voltear los fusiles utilizándolos como mazas, retrocedían y avanzaban, pero se mantenían firmes. Sandokán, con la cimitarra en la mano, intentaba en vano derribar aquella muralla humana para ayudar al portugués, que se afanaba por rechazar los vertiginosos ataques del lobo de mar. Rugía como una fiera, hendía cabezas y destrozaba pechos, se metía como un loco entre las puntas de las bayonetas, arrastrando consigo a su terrible banda, que agitaba las hachas ensangrentadas y los pesados sables de abordaje.

112

La resistencia de los ingleses, sin embargo, ya no podía durar mucho. El Tigre, arrastrando otra vez a sus hombres al ataque, logró finalmente rechazar a los defensores, que se replegaron confusamente unos sobre otros.

—¡Resiste, Yáñez! —tronó Sandokán, descargando una tempestad de cimitarrazos contra el enemigo, que intentaba cerrarle el paso—. Aguanta, que voy a reunirme contigo.

Pero precisamente en aquel momento el sable del portugués se partió por la mitad. Se encontró desarmado, con la muchacha todavía desvanecida y el *lord* delante de él.

—¡Auxilio, Sandokán! —gritó.

Lord Guillonk se precipitó encima lanzando un grito de triunfo, pero Yáñez no se asustó. Se echó rápidamente

a un lado evitando el sable y luego golpeó al *lord* con la cabeza, arrojándolo al suelo.

No obstante, cayeron ambos y empezaron a luchar, intentando estrangularse, rodando entre los muertos y los heridos.

—¡John! —dijo el *lord* al ver caer a un soldado a pocos pasos con el rostro partido de una cuchillada —¡Mata a *lady* Mariana! ¡Te lo ordeno!

El soldado, haciendo un esfuerzo desesperado, se irguió sobre las rodillas con la daga en la mano, dispuesto a obedecer, pero no tuvo tiempo.

Los ingleses, oprimidos por el número, caían uno a uno bajo las hachas de los piratas. A dos pasos de ellos se encontraba el Tigre.

De un empujón irresistible derribó a los hombres que aún quedaban en pie, saltó sobre el soldado que ya había alzado el arma y lo mató de un sablazo.

—¡Mía, mía, mía! —exclamó el pirata, tomando a la joven y estrechándola contra su pecho.

Saltó fuera de aquella mezcolanza y huyó a la selva vecina, mientras sus hombres acababan con los últimos ingleses.

Lord Guillonk arrojado por Yáñez contra el tronco de un árbol, se quedó solo y medio atontado entre los cadáveres que cubrían el sendero.



VII. La mujer del Tigre

La noche era magnífica. La luna, ese astro de las noches serenas, lucía en un cielo sin nubes, proyectando su pálida luz, transparente y de una infinita dulzura sobre las oscuras y misteriosas selvas, sobre las murmurantes aguas del riachuelo, y reflejándose con vago temblor sobre las olas del amplio mar de Malasia.

Un suave viento, cargado de los perfumes de las plantas, agitaba las hojas y recorría la plácida extensión marina, muriendo en los lejanos horizontes del oeste.

Todo era silencio, todo era misterio y paz.

Solo de vez en cuando, más allá de la resaca que se rompía con monótono murmullo en las desiertas arenas de la playa, más allá del gemido de la brisa, que parecía un triste lamento, se oía resonar un sollozo sobre el puente del prao corsario.

El veloz velero había dejado ya la desembocadura del río y huía con rapidez hacia occidente, dejando atrás Labuán, que poco a poco iba confundándose con las tinieblas.

Únicamente tres personas velaban sobre el puente: Yáñez, taciturno, triste, sombrío, sentado a popa con una mano en la barra del timón; Sandokán y la muchacha de los cabellos de oro, sentados a proa a la sombra de las grandes velas, acariciados por la brisa nocturna.

El pirata apretaba contra su pecho a la bella fugitiva y le limpiaba las lágrimas que brillaban en sus pestañas.

—Escucha, amor mío —decía—. No llores, yo te haré feliz, inmensamente feliz, y seré tuyo, todo tuyo. Nos iremos lejos de estas islas, sepultaremos mi cruel pasado y no volveremos a oír hablar de piratas, ni de mi salvaje Mompracem. Mi gloria, mi poderío, mis sangrientas venganzas, mi temido nombre, todo lo olvidaré por ti, porque quiero convertirme en otro hombre.

»Óyeme, adorada muchacha: hasta hoy fui el temido pirata de Mompracem, hasta hoy fui asesino, fui cruel, fui feroz, fui terrible, fui Tigre... pero no volveré a serlo. Frenaré los impulsos de mi naturaleza salvaje, sacrificaré mi poderío, abandonaré este mar que un día estaba orgulloso de llamar mío y la terrible banda que hizo mi triste celebridad.

116

»No llores, Mariana, el futuro que nos espera no será oscuro, sino risueño, todo felicidad. Nos iremos lejos, tanto que no volveremos jamás a oír hablar de nuestras islas, que nos han visto crecer, vivir, amar y sufrir; perderemos patria, amigos, parientes... pero ¿qué importa? Te daré una nueva isla, más alegre, donde no oiré ya el rugido de los cañones, donde no volveré a ver las noches que me enloquecen en torno a ese cortejo de víctimas inmoladas por mí y que siempre me gritan: ¡asesino! No, no volveré a ver nada de todo esto y podré repetirte de la mañana a la noche esas divinas palabras que para mí lo son todo: ¡te amo y soy tu marido! ¡Oh! Repíteme también tú estas dulces palabras que nunca oí resonar en mis oídos durante mi borrascosa vida.

La jovencita se abandonó en los brazos del pirata, re-
pitiendo entre sollozos:

—¡Te amo, Sandokán, te amo como jamás ninguna mu-
jer amó sobre la tierra!

Sandokán la estrechó contra su pecho, y sus labios
besaron los dorados cabellos de ella y su nívea frente.

—Ahora que eres mía, ¡jay de quien te toque! —prosi-
guió el pirata—. Hoy estamos en este mar, pero mañana
estaremos seguros en mi inaccesible nido, donde nadie
tendrá la osadía de venir a atacarnos; luego, cuando haya
desaparecido todo peligro, iremos donde tú quieras, mi
amada.

—Sí —murmuró Mariana—, nos iremos lejos, tanto que
no volvamos a oír hablar de nuestras islas.

Emitió un profundo suspiro, que parecía un gemido, y
se desvaneció entre los brazos de Sandokán. Casi en el
mismo instante una voz dijo:

—Hermano, ¡el enemigo nos sigue!

El pirata se volvió, estrechando a su prometida contra
su pecho, y se encontró frente a Yáñez, que le señalaba
un punto luminoso que corría por el mar.

—¿El enemigo? —preguntó Sandokán con las faccio-
nes alteradas.

—Acabo de ver esa luz: viene de oriente. Quizá sea una
nave que nos sigue la pista, ansiosa de reconquistar la
presa que le hemos arrebatado al *lord*.

—¡Pero nosotros la defenderemos, Yáñez! —exclamó
Sandokán—. ¡Ay de quien intente impedirnos el paso, ay

de ellos! Ante los ojos de Mariana seré capaz de luchar contra el mundo entero.

Miró atentamente el farol señalado y se sacó del costado la cimitarra.

Mariana volvía entonces en sí. Al ver al pirata con el arma en la mano, lanzó un ligero grito de terror.

—¿Por qué has desenvainado el arma, Sandokán? —preguntó palideciendo.

El pirata la miró con suprema ternura y vaciló, pero luego, llevándola dulcemente a popa, le mostró el farol.

—¿Una estrella? —preguntó Mariana.

—No, amor mío. Es un barco que nos sigue. ¡Un ojo que escruta cuidadosamente el mar, buscándonos!

—¡Dios mío! ¿Entonces nos siguen?

—Es probable, pero encontrarán balas y metralla para diez de ellos.

—¿Y si te matasen?

—¡Matarme! —exclamó él enderezándose, mientras un relámpago soberbio le brillaba en los ojos—. ¡Todavía me creo invulnerable!

El crucero, porque debía de serlo, ya no era una simple sombra. Sus mástiles se destacaban ahora netamente sobre el fondo claro del cielo, y se veía alzarse una gruesa columna de humo, en medio de la cual volaban miles de chispas.

Su proa cortaba rápidamente las aguas, que centelleaban a la luz del astro nocturno, y el viento llevaba hasta el prao el fragor de las ruedas que mordían las olas.

—¡Ven, ven, maldito de Dios! —exclamó Sandokán, desafiándolo con la cimitarra, mientras con el otro brazo ceñía a la muchacha—. Ven a medirme con el Tigre, di a tus cañones que rujan, lanza a tus hombres al abordaje: ¡te desafío!

Después, volviéndose hacia Mariana, quien miraba ansiosamente el barco enemigo que ganaba terreno:

—Ven, amor mío —le dijo—. Te conduciré a tu nido, donde estarás al abrigo de los golpes de esos hombres que hasta ayer eran tus compatriotas y hoy son tus enemigos.

Se detuvo un instante, fijando una mirada torva en el barco, y luego condujo a Mariana al camarote.

Era una pequeña habitación amueblada con elegancia, una verdadera guarida. Las paredes desaparecían bajo un espeso tejido oriental y el pavimento estaba cubierto de blandas alfombras indias. Los muebles, ricos, bellísimos, de caoba y de ébano incrustados de madreperlas, ocupaban los ángulos, mientras del techo pendía una gran lámpara dorada.

—Aquí no te alcanzarán los tiros, Mariana —dijo Sandokán—. Las planchas de hierro que cubren la proa de mi barco bastarán para detenerlos.

—¿Y tú, Sandokán?

—Yo vuelvo a subir al puente para dar órdenes. Mi presencia es necesaria para dirigir la batalla si el crucero nos ataca.

—¿Y si te hiere una bala?

—No tengas miedo, Mariana. A la primera descarga, lanzaré entre las ruedas del barco enemigo tal granada, que se detendrá para siempre.

—Temo por ti.

—La muerte tiene miedo del Tigre de Malasia —respondió el pirata con suprema ferocidad.

—¿Y si esos hombres llegasen al abordaje?...

—No los temo, niña mía. Mis hombres son todos valientes, son auténticos tigres, dispuestos a morir por su jefe y por ti. ¡Que vengan, pues, tus compatriotas al abordaje!... Los exterminaremos y los arrojaremos al mar.

—Te creo, mi valiente campeón; y sin embargo tengo miedo. Ellos te odian, Sandokán, y por prenderte serían capaces de intentar cualquier locura. Guárdate de ellos, mi valiente amigo, han jurado matarte.

120

—¡Matarme!... —exclamó Sandokán, casi con desprecio—. ¡Matar ellos al Tigre de Malasia!... Que lo intenten si se atreven. Me parece haberme vuelto ahora tan fuerte, que pararía con mis manos las balas de su artillería. No, no temas por mí, niña mía. Voy a castigar al insolente que viene a desafiarme, y luego volveré contigo.

—Entretanto rezaré por ti, mi valeroso Sandokán.

El pirata la miró durante algunos instantes con profunda admiración, le tomó la cabeza entre las manos y le rozó los cabellos con los labios.

—Y ahora —dijo después, levantándose fieramente—, ¡a nosotros dos, maldito buque, que vienes a turbar mi felicidad!...

—¡Dios mío, protégelo! —murmuró la jovencita, cayendo de rodillas.

La tripulación del prao, despertada al grito de alarma de Yáñez y al primer cañonazo, había subido precipitadamente a cubierta, dispuesta a luchar.

Al divisar el barco a tan breve distancia, los piratas se lanzaron bravamente a los cañones y las pistolas para responder a la provocación del crucero.

Cuando apareció Sandokán, los artilleros habían encendido ya las mechas y estaban a punto de aproximarlas a las piezas. Al verlo, un grito unánime se elevó entre los cachorros:

—¡Viva el Tigre!

—¡Fuera de aquí! —gritó Sandokán, rechazando a los artilleros—. ¡Me basto yo solo para castigar a ese insolente! ¡El maldito no irá a Labuán a contar que ha cañoneado la bandera de Mompracem!

Dicho esto, fue a colocarse a popa, apoyando un pie sobre la culata de uno de los dos cañones.

Aquel hombre parecía haberse convertido de nuevo en el terrible Tigre de Malasia de otros tiempos. Sus ojos brillaban como carbones encendidos y sus facciones tenían una expresión de tremenda ferocidad. Se comprendía que una rabia terrible ardía en su pecho.

—Me desafías —dijo—. ¡Ven y te enseñaré a mi mujer!... Ella está bajo mi protección, defendida por mi cimitarra y mis cañones. Ven a quitármela, si eres capaz de ello. ¡Los tigres de Mompracem te esperan!

Se volvió hacia Paranoa, que estaba cerca de él, sujetando la caña del timón, y le dijo:

—Manda diez hombres a la bodega y que suban a cubierta el mortero que hice embarcar.

Un instante después, diez piratas izaban fatigosamente sobre el puente un gran mortero, sujetándolo con algunos cabos junto al palo maestro.

Un artillero lo cargó con una bomba de ocho pulgadas y veintiún kilos, que, al estallar, lanzaría sus buenos veintiocho cascotes de hierro.

—Ahora esperemos al alba —dijo Sandokán—. Quiero enseñarte, barco maldito, mi bandera y mi mujer.

Subió a la amura de popa y se sentó, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el crucero.

—Pero, ¿qué intentas? —le preguntó Yáñez—. Dentro de poco el piróscapo estará a tiro y abrirá fuego contra nosotros.

122

—Tanto peor para él.

—Esperemos entonces, ya que así lo quieres.

El portugués no se había equivocado. Diez minutos después, a pesar de que el prao avanzaba rápidamente por el camino, el crucero se encontraba a solo dos mil metros.

De pronto, un relámpago brilló a proa del barco y una fuerte detonación sacudió los estratos del aire, pero no se oyó el silbido agudo de la bala.

—¡Ah! —exclamó Sandokán, sonriendo burlescamente—. ¿Me invitas a detenerme y preguntas por mi bandera? Yáñez, iza el estandarte de la piratería. La luna es espléndida y con los catalejos la verán.

El portugués obedeció.

El buque de vapor, que parecía estar solo esperando una señal, redobló la velocidad y, al llegar a mil metros, disparó un cañonazo, esta vez no con pólvora sola, porque el proyectil pasó silbando por encima del prao.

Sandokán no se movió, ni pestañeó siquiera. Sus hombres se colocaron en sus puestos de combate, pero no respondieron a la amenaza.

El buque continuó avanzando, pero más lentamente, con prudencia. Aquel silencio debía preocuparlo, y no poco, pues bien sabía que los barcos corsarios van siempre armados y tripulados por hombres resueltos.

A ochocientos metros lanzó un segundo proyectil, el cual, mal dirigido, rebotó en el mar después de haber pasado rasando la coraza de popa del pequeño barco.

Una tercera bala pasaba poco después por la cubierta del prao horadando las dos velas maestras y el trinquete mientras una cuarta se hacía añicos contra uno de los dos cañones de popa, lanzando un fragmento hasta la amura sobre la que estaba sentado Sandokán.

Este se irguió con un gesto soberbio y, extendiendo la mano derecha hacia el barco enemigo, gritó con voz amenazadora:

—¡Tira, tira, nave maldita! ¡No te temo! Cuando puedas verme, te destrozaré las ruedas y detendré tu vuelo.

Otros dos relámpagos brillaron sobre la proa del pirócafo, seguidos de dos agudas detonaciones. Una bala fue a estrellarse contra la parte de la amura de popa a solo dos pasos de Sandokán, mientras la otra acertaba limpiamente a la cabeza de un hombre que estaba atando una escota en el pequeño alcázar de proa.

Un alarido de furor se alzó entre la tripulación.

—¡Tigre de Malasia! ¡Venganza!

Sandokán se volvió hacia sus hombres, lanzando sobre ellos una mirada irritada.

—¡Silencio! —tronó—. Aquí mando yo.

—El barco no nos respeta, Sandokán —dijo Yáñez.

—Déjale que tire.

—¿A qué vas a esperar?

—Al alba.

—Es una locura, Sandokán. ¿Y si te da una bala?

—¡Soy invulnerable! —gritó el Tigre de Malasia—. Mira: ¡desafío el fuego de ese barco!

De un salto se lanzó sobre la amura de popa, agarrándose a la asta de la bandera. Yáñez experimentó un escalofrío de espanto.

124

La luna estaba alta sobre el horizonte y, desde el puente del barco enemigo, con un buen catalejo se podía distinguir a aquel temerario, que así se exponía a los cañonazos.

—¡Baja, Sandokán! —gritó Yáñez—. Vas a conseguir que te maten.

Una sonrisa despectiva fue la respuesta de aquel hombre formidable.

—¡Piensa en Mariana! —insistió Yáñez.

—Ella sabe que no tengo miedo. Silencio. ¡A sus puestos!

Habría sido más fácil detener al buque de vapor en su carrera que convencer a Sandokán de que abandonase aquel puesto.

Yáñez, que conocía la tenacidad de su compañero, renunció a una segunda tentativa y se retiró detrás de uno de los dos cañones.

El crucero, después de aquel cañoneo casi infructuoso, había suspendido el fuego. Su capitán quería sin duda ganar más terreno para no desperdiciar inútilmente las municiones.

Durante un cuarto de hora los dos barcos continuaron su carrera; luego, a quinientos metros, se reemprendió el cañoneo con mayor furia.

Las balas caían en gran número alrededor del pequeño velero y no siempre iban perdidas. Algún proyectil pasaba silbando a través del velamen, cortando alguna cuerda o desmochando las extremidades de los palos, y algún otro rebotaba o se estrellaba contra las planchas metálicas.

125

Una bala incluso atravesó el puente, de refilón, rozando el palo maestro. Si hubiera pasado a unos centímetros más a la derecha, el velero habría sido detenido en su carrera.

Sandokán, a pesar de aquella peligrosa granizada, no se movía. Miraba fríamente la nave enemiga, que forzaba sus máquinas para ganar terreno, y sonreía irónicamente cada vez que una bala pasaba silbándole los oídos.

Pero hubo un momento en que Yáñez lo vio levantarse de golpe e inclinarse como si fuera a lanzarse hacia el mortero; mas luego volvió a su puesto murmurando:

—¡Aún no! ¡Quiero que veas a mi mujer!

Durante otros diez minutos el vapor bombardeó al pequeño velero, que no hacía ninguna maniobra para hurtarse a aquella granizada de fuego; luego las detonaciones fueron espaciándose poco a poco, hasta que cesaron del todo.

Mirando atentamente a la arboladura del barco enemigo, Sandokán vio ondear una gran bandera blanca.

—¡Ah! —exclamó aquel hombre formidable—. ¡Me invitas a rendirme! ¡Yáñez!

—¿Qué quieres, hermanito?

—¡Lza mi bandera.

—¿Estás loco? Esos bribones reemprenderán el cañoneo. Ya que han parado, déjalos tranquilos.

—Quiero que el crucero sepa que este prao es guiado por el Tigre de Malasia.

—Y te saludará con una granizada de granadas.

—El viento comienza a hacerse más fresco, Yáñez. Dentro de diez minutos estaremos fuera del alcance de sus tiros.

—Sea, pues.

A una señal del pirata, ató la bandera al cordel que pendía de la punta del palo mayor y la izó. Un golpe de viento la agitó y a la límpida luz de la luna mostró su color sanguinolento.

—¡Tira ahora! ¡Tira! —gritó Sandokán, tendiendo el puño hacia el barco enemigo—. ¡Haz tronar tus cañones, arma a tus hombres, llena tus calderas de carbón, te espero! ¡Quiero enseñarte mi conquista a los relámpagos de mi artillería!

Dos cañonazos fueron la respuesta. La tripulación del crucero había descubierto ya la bandera de los tigres de Mompracem y reemprendía con mayor vigor el cañoneo.

El crucero precipitaba la marcha, para alcanzar el velero y, si fuera necesario, llegar al abordaje.

Su chimenea humeaba como un volcán y las ruedas mordían fragorosamente las aguas. Cuando cesaban las detonaciones se oían hasta los sordos rugidos de la máquina.

Sin embargo, su tripulación iba a convencerse bien pronto de que no era fácil competir con un velero preparado como prao. Al aumentar el viento, el pequeño barco, que hasta entonces no había podido alcanzar los diez nudos, adquirió una andadura más rápida. Sus inmensas velas, hinchadas como dos globos, ejercían sobre el barco una fuerza extraordinaria.

Ya no corría: volaba sobre las tranquilas aguas del mar, rozándolas apenas. En algunos momentos incluso parecía que se levantaba y que su casco ni siquiera tocaba el agua.

El crucero disparaba furiosamente, pero ahora todas sus balas caían en la estela del prao.

Sandokán no se había movido. Sentado junto a su roja bandera, espiaba atentamente el cielo. Parecía que no se preocupaba siquiera del buque que intentaba darle caza con tanto encarnizamiento.

El portugués, que no captaba la idea que tenía Sandokán, se le acercó y le dijo:

—Entonces, ¿qué quieres hacer, hermanito mío? Dentro de una hora estaremos muy lejos de ese barco, si el viento no cesa.

—Espera un poco todavía, Yáñez —respondió Sandokán—. Mira allá, a oriente: las estrellas comienzan a palidecer, y por el cielo empiezan a difundirse ya las primeras claridades del alba.

—¿Quieres arrastrar ese crucero hasta Mompracem para abordarlo después?

—No tengo esa intención.

—No te comprendo.

—Apenas el alba permita a la tripulación de ese barco distinguirme bien, castigaré su insolencia.

—Eres demasiado buen artillero para esperar a la luz del sol. El mortero ya está cargado.

—Quiero que vean quién disparará la pieza.

—Quizá lo saben ya.

—Es cierto, quizá lo sospechan, pero no me basta. Quiero enseñarles también a la mujer del Tigre de Malasia.

—¿Mariana?...

—Sí, Yáñez.

—¡Qué locura!

—Así sabrán en Labuán que el Tigre de Malasia ha osado violar las costas de la isla y enfrentarse con los soldados que velaban por *lord* Guillonk.

—En Victoria no ignorarán ya la arriesgada expedición que has llevado a buen término.

—No importa. Dentro de unos minutos castigaremos a ese curioso. Destrozaré una de sus ruedas. ¡Ya lo verás, Yáñez!

Mientras así hablaban, una pálida luz, que iba tiñéndose rápidamente de reflejos rosáceos, continuaba difundiéndose por el cielo. La luna iba cayendo sobre el mar, mientras los astros empalidecían. Unos pocos minutos más y habría salido el sol.

El barco de guerra estaba ahora cerca de mil quinientos metros de distancia. Seguía forzando las máquinas, pero perdía terreno a cada minuto. El veloz prao ganaba rápidamente, al aumentar el viento con el despuntar del alba.

—Hermanito mío —dijo al poco rato Yáñez—, da ya un buen golpe al crucero.

—Haz recoger las tercerolas de la vela maestra y del trinquete —ordenó Sandokán—. Cuando esté a quinientos metros, daré fuego al mortero.

Yáñez dio enseguida la orden. Diez piratas treparon por los cordeles, arriaron las dos velas y realizaron rápidamente la maniobra. Reducido el velamen, el prao comenzó a disminuir la marcha.

El crucero, al darse cuenta de ello, reemprendió el cañoneo, aunque estaba aún lejos para obtener buen resultado.

Hizo falta todavía una buena media hora para que llegase a la distancia deseada por Sandokán.

Ya comenzaban a caer las balas sobre el puente del prao, cuando el Tigre, lanzándose bruscamente abajo desde la amura, se colocó detrás del mortero. Un rayo de sol se había levantado sobre el mar, iluminando las velas del prao.

—¡Y ahora me toca a mí! —gritó Sandokán con una extraña sonrisa—. ¡Pon el barco a través del viento!

Un instante después el pequeño velero se ponía en la posición indicada, quedándose casi al paio.

Sandokán pidió a Paranoa una mecha que ya tenía encendida y se inclinó sobre la pieza, calculando la distancia con la mirada.

El barco de guerra, al ver que el velero se detenía, aprovechó para intentar alcanzarlo. Avanzaba con creciente rapidez, echando humo y resoplando, alternando los tiros de granada con proyectiles cargados. Los cascos de metralla saltaban por la cubierta, horadando las velas y cortando las cuerdas, resbalando sobre las planchas de hierro, chirriando y deteriorando los maderos. ¡Ay si aquella lluvia hubiese durado solo diez minutos más!

Sandokán, siempre impasible, continuaba mirando.

—¡Fuego! —gritó de pronto, dando un salto hacia atrás.

Se inclinó sobre la humeante pieza, conteniendo la respiración, con los labios apretados y los ojos fijos ante sí, como si quisiera seguir la invisible trayectoria del proyectil.

Pocos instantes después una segunda detonación retumbaba en el mar.

La granada había estallado entre los radios de los tambores de babor, haciendo saltar con inusitada violencia toda la ferretería de la rueda y las palas.

El piróscafo, gravemente alcanzado, se inclinó sobre el flanco deteriorado, luego se puso a girar sobre sí mismo bajo el impulso de la otra rueda, que todavía seguía mordiendo las aguas.

—¡Viva el Tigre! —gritaron los piratas, lanzándose hacia los cañones.

—¡Mariana! ¡Mariana! —exclamó Sandokán, mientras el piróscafo, volcado sobre el flanco destrozado, embarcaba agua a toneladas.

La joven apareció en el puente a su llamada. Sandokán la tomó entre los brazos, la levantó hasta la amura y, mostrándosela a la tripulación del piróscafo, tronó:

—¡He aquí mi mujer!

Después, mientras los piratas descargaban sobre el buque un huracán de metralla, el prao viró de bordo, alejándose rápidamente hacia el oeste.

131

VIII. Hacia Mompracem

Castigado el barco enemigo, que había tenido que detenerse para reparar los gravísimos daños causados por la granada tan diestramente lanzada por Sandokán, el prao, cubierto por sus inmensas velas, se alejó enseguida con la velocidad característica de este género de barcos que desafían a los más rápidos *clipers* de todo el mundo.

Mariana, abatida por tantas emociones, se había retirado nuevamente al elegante camarote, e incluso buena parte de la tripulación había abandonado la cubierta pues ya no estaba el barco amenazado por ningún peligro, al menos por el momento.

Yáñez y Sandokán no habían abandonado el puente. Sentados en el coronamiento de popa, conversaban entre sí, mirando de cuando en cuando hacia el este, donde se descubría todavía un sutil penacho de humo.

—Ese buque de vapor tendrá mucho que hacer para llegar hasta Victoria —decía Yáñez—. La bomba lo ha deteriorado tan gravemente que le imposibilita cualquier intento de persecución. ¿Crees tú que nos lo habrá mandado detrás *lord* Guillonk?

132

—No, Yáñez —respondió Sandokán—. El *lord* no ha tenido tiempo para llegar a Victoria y advertir al gobernador de lo sucedido. De todos modos, ese buque nos buscaba desde hace varios días. A estas horas debía de saberse ya en la isla que nosotros habíamos desembarcado.

—¿Crees que el *lord* nos dejará tranquilos?

—Lo dudo mucho, Yáñez. Conozco a ese hombre y sé lo tenaz y vengativo que es. Tenemos que esperar, no creo que falte mucho para una venganza formidable.

—¿Vendrá a atacarnos a nuestra isla?

—Estoy seguro de ello, Yáñez. *Lord* James goza de mucha influencia y, además, es muy rico. Así que le será fácil armar todos los barcos que haya disponibles, enrolar marineros y conseguir ayuda del gobernador. Dentro de poco veremos aparecer ante Mompracem una flotilla.

—¿Y qué haremos?

—Daremos nuestra última batalla.

—¿La última?... ¿Por qué hablas así, Sandokán?

—Porque Mompracem perderá después a sus jefes —respondió con un suspiro—. Mi carrera está a punto de terminar, Yáñez. Este mar, escenario de mis hazañas, no volverá a ver los praos del Tigre surcando sus olas.

—¡Ah, Sandokán!

—¿Qué quieres, Yáñez? Así estaba escrito. El amor de la muchacha de los cabellos de oro tenía que apagar al pirata de Mompracem. Es triste, inmensamente triste, mi buen amigo, tener que decir adiós para siempre a estos lugares, perder la fama y el poder... Sin embargo, tendré que resignarme. ¡No más batallas, no más tronar de cañones, no más cascos humeantes hundiéndose en los infiernos de este mar, no más terribles abordajes! ¡Ah!... Siento que mi corazón sangra, Yáñez, pensando que el Tigre morirá para siempre y que este mar y mi isla misma vendrán a ser de otros.

—¿Y nuestros hombres?

—Ellos seguirán el ejemplo de su jefe, si quieren, y darán también su adiós a Mompracem —declaró Sandokán con voz triste.

—Y nuestra isla, después de tanto esplendor, ¿tendrá que quedar desierta, como estaba antes de su aparición?

—Así será.

—¡Pobre Mompracem!... —exclamó Yáñez con profundo dolor—. ¡Yo que la amaba ya como si fuera mi patria, mi tierra natal!

—¿Crees que yo no la amo? ¿Crees que no se me encoge el corazón al pensar que quizá no volveré a verla jamás, que quizá no volveré a surcar jamás con mis praos este mar que llamo mío? Si pudiera llorar, verías cuántas lágrimas bañarían mis mejillas. En fin, así lo ha querido el destino. Resignémonos, Yáñez, y no pensemos más en el pasado.

—Y, sin embargo, no puedo consentir esto, Sandokán. ¡Ver desaparecer de un solo golpe nuestro poder que nos ha costado inmensos sacrificios, tremendas batallas y ríos de sangre!

—La fatalidad así lo quiere —dijo Sandokán con voz sorda.

134 —O, mejor, el amor de la muchacha de los cabellos de oro —replicó Yáñez—. Sin esa mujer, el rugido del Tigre de Malasia llegaría aún poderoso hasta Labuán y haría temblar, durante largos años todavía, a los ingleses e incluso al sultán de Varauni.

—Es verdad, amigo mío —dijo Sandokán—. Ha sido la muchacha quien ha dado el golpe mortal a Mompracem. Si no la hubiera visto nunca, quién sabe durante cuántos años todavía nuestras banderas habrían recorrido triunfantes este mar. Pero ahora es demasiado tarde para romper estas cadenas que ha echado sobre mí.

»Si hubiera sido otra mujer, al pensar en la ruina de nuestro poderío, habría huido de ella o habría vuelto a llevarla a Labuán..., pero siento que despedazaría para siempre mi existencia si no pudiera volver a verla. La

pasión que arde en mi pecho es demasiado gigantesca para poder ser sofocada.

»¡Ah!... ¡Si ella lo quisiera!... ¡Si ella no sintiese horror por nuestro oficio y no tuviese miedo de la sangre y del estruendo de la artillería!... ¡Cómo haría brillar a su lado el astro de Mompracem!... Podría darle un trono, aquí o en las costas de Borneo, pero en cambio... En fin, que se cumpla nuestro destino. Iremos a Mompracem a dar la última batalla, y después abandonaremos la isla y nos haremos a la mar.

—¿Hacia dónde, Sandokán?

—Lo ignoro, Yáñez. Iremos donde ella quiera, muy lejos de estos mares y de estas tierras, tanto que no podamos volver a oír hablar de ellas. Si tuviera que quedarme aquí cerca, no sé si a la larga sabría resistir la tentación de volver a Mompracem.

—Bien, que así sea: vamos a emprender la última batalla, y después nos iremos también lejos —dijo Yáñez con acento resignado—. Pero la lucha será tremenda, Sandokán. *Lord Guillonk* nos atacará desesperadamente.

—Encontrará inexpugnable la cueva del Tigre. Hasta ahora nadie ha sido tan osado como para violar las costas de mi isla y ni siquiera él las tocará. Espera que hayamos llegado y verás los trabajos que emprendemos para no dejarnos saquear por la flotilla que mandará contra nosotros. Haremos del poblado una fortaleza tan firme que podrá resistir al más terrible bombardeo. ¡No está todavía domado el Tigre, rugirá fuerte aún, y llevará el espanto a las filas enemigas!

—¿Y si fuésemos oprimidos por la superioridad numérica? Ya sabes, Sandokán, que los holandeses se han aliado con los ingleses en la represión de la piratería. Podrían unirse las dos flotas para dar el golpe mortal a Mompracem.

—Si me viera vencido, prendería fuego a la pólvora y saltaríamos junto con nuestro pueblo y praos. No podría resignarme a la pérdida de la muchacha. Antes que me la roben, prefiero mi muerte y la suya.

—Esperemos que eso no suceda, Sandokán.

El Tigre de Malasia inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró; luego, tras unos instantes de silencio, dijo:

—Y, sin embargo, tengo un triste presentimiento.

—¿Cuál? —preguntó Yáñez con ansiedad.

136

Sandokán no respondió. Abandonó al portugués y se apoyó sobre la amura de proa, ofreciendo su rostro ardiente a la brisa. Estaba inquieto: profundas arrugas surcaban su frente y de cuando en cuando se le escapaban suspiros.

—¡Fatalidad!... Y todo por esa criatura celestial —murmuró—. ¡Por ella tendré que perderlo todo, todo, hasta este mar que llamo mío y que considero sangre de mis venas! ¡Pasaré a ser de ellos, de esos hombres contra los que he combatido durante doce años, sin tregua, sin descanso... de esos hombres que me han arrojado de las gradas de un trono al fango, que mataron a mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas!...

»¡Ah! Te lamentas —continuó mirando al mar, que murmuraba delante de la proa del veloz barco—. Tú te quejas,

no quieres llegar a ser de esos hombres, no quieres volver a estar tranquilo como antes de que yo llegara aquí. ¿Pero crees que yo no sufro también?... En fin, ¿de qué sirve lamentarse ahora? Esa divina muchacha me compensará de tantas pérdidas.

Se llevó las manos a la frente, como si quisiera atrapar los pensamientos que le bullían en el ardiente cerebro, luego se enderezó y bajó a paso lento al camarote.

Se detuvo, al oír hablar a Mariana.

—No, no —decía la joven con voz acongojada—. Déjeme, ya no le pertenezco... Soy del Tigre de Malasia... ¿Por qué quiere separarme de él? ¡Aparte a ese William, lo odio, fuera, fuera!

—Sueña —murmuró Sandokán—. Duerme segura, muchacha; aquí no corres ningún peligro. Yo te vigilo y para arrancarte de mis manos tendrían que pasar sobre mi cadáver.

Abrió la puerta del camarote y miró. Mariana dormía, respirando fatigosamente, y agitaba los brazos como si intentase alejar una visión. El pirata la contempló unos instantes con indefinible dulzura, luego se retiró sin hacer ruido y entró en su propio camarote.

A la mañana siguiente, el prao, que había navegado todo el día y la noche a una velocidad considerable, se encontraba a solo sesenta millas de Mompracem. Ya todos se consideraban a cubierto, cuando el portugués, que vigilaba con gran atención, descubrió una sutil columna de humo que parecía dirigirse hacia el este.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Otro crucero a la vista? Que yo sepa, no hay volcanes en este espacio de mar.

Se procuró un largavistas, trepó hasta la cima del palo maestro y miró con profunda atención aquel humo que se había aproximado considerablemente. Cuando volvió a bajar, su semblante estaba ensombrecido.

—¿Qué pasa, Yáñez? —preguntó Sandokán, que había regresado a cubierta.

—Acabo de descubrir una cañonera, hermano mío.

—No es gran problema.

—Ya sé que no se arriesgará a atacarnos, pues esos barcos habitualmente van armados con un solo cañón, pero estoy inquieto por otro motivo.

—¿Qué quieres decir?

—Ese barco viene del este y quizá de Mompracem.

—¡Oh!...

—No quisiera que durante nuestra ausencia una flota enemiga hubiera bombardeado nuestro nido.

—¿Mompracem bombardeada? —preguntó una voz clara detrás de ellos.

Sandokán se volvió y se encontró delante de Mariana.

—¡Ah, eres tú, amiga mía! —exclamó—. Creí que estabas durmiendo todavía.

—Acabo de levantarme. ¿Pero de qué hablan? ¿Acaso nos amenaza un nuevo peligro?

—No, Mariana —respondió Sandokán—. Pero nos hemos inquietado al ver una cañonera que viene de occidente, o sea, de la parte de Mompracem.

—¿Temes que haya cañoneado tu pueblo?

—Sí, pero no solo eso; una descarga de nuestros cañones sería suficiente para hundirla.

—¡Ah! —exclamó Yáñez, dando dos pasos adelante.

—¿Qué ves?

—La cañonera nos ha descubierto y está dando una bordada, dirigiéndose hacia nosotros.

—Vendrá a espiarnos —dijo Sandokán.

En efecto, el pirata no se había equivocado. La cañonera, una de las más pequeñas, de una capacidad de unas cien toneladas, armada con un solo cañón situado en la plataforma de popa, se acercó hasta unos mil metros, después dio una bordada, pero no se alejó del todo porque seguía viéndose su penacho de humo a una decena de millas hacia el este.

Los piratas no se preocupaban por eso, sabiendo perfectamente que aquel pequeño barco no se atrevería a lanzarse contra el prao, cuyas piezas de artillería eran tan numerosas que hubieran tenido a raya a cuatro como él.

Hacia el mediodía un pirata, que había subido al palo del trinquete para colocar un cable, distinguió Mompracem, el temido refugio del Tigre de Malasia.

Yáñez y Sandokán respiraron, creyéndose ya seguros, y se precipitaron hacia proa, seguidos de Mariana.

Allá, donde el cielo se confundía con el mar, se descubría una larga franja todavía de color indeciso, pero que poco a poco iba volviéndose verdeante.

—¡Deprisa, deprisa! —exclamó Sandokán, que estaba poseído de una viva ansiedad.

—¿Qué temes? —preguntó Mariana.

—No sé, pero el corazón me dice que allí ha ocurrido algo. ¿Nos sigue todavía la cañonera?

—Sí, veo el penacho de humo hacia el este —respondió Yáñez.

—Mala señal.

—Eso temo también yo, Sandokán.

—¿No ves nada?

Yáñez apuntó el largavistas hacia la isla y miró con profunda atención durante unos minutos.

—Veo unos praos anclados en la bahía.

—Esperemos —murmuró.

El prao, empujado por un buen viento, al cabo de una hora llegó a pocas millas de la isla y se dirigió hacia la bahía que se abría delante del pueblecito. Muy pronto llegó tan cerca que permitía distinguir perfectamente las fortificaciones, los mercados y las cabañas.

140

Sobre el gran acantilado, en el vértice del extenso edificio que servía de morada al Tigre, se veía ondear la gran bandera de la piratería, pero el pueblo ya no era tan floreciente como cuando lo habían dejado y los praos no eran tan numerosos.

Los bastiones aparecían gravemente deteriorados, se veían muchas cabañas medio abrasadas y faltaban varios barcos.

—¡Ah! —exclamó Sandokán, oprimiéndose el pecho—. Lo que sospechaba ha sucedido: el enemigo ha atacado mi refugio.

—Es verdad —murmuró Yáñez, con el rostro sombrío.

—Pobre amigo mío —dijo Mariana, conmovida por el dolor que se reflejaba en el rostro de Sandokán—. Mis compatriotas se han aprovechado de tu ausencia.

—Sí —respondió el Tigre sacudiendo tristemente la cabeza—. ¡Mi isla, un día temida e inaccesible, ha sido violada, y mi fama se ha oscurecido para siempre!

IX. La reina de Mompracem

Desgraciadamente Mompracem, la isla considerada tan formidable que espantaba a los más valientes con solo verla, no solo había sido violada, sino que había estado a punto de caer en manos de los enemigos.

Los ingleses, probablemente informados de la partida de Sandokán, seguros de encontrar una guarnición débil, se habían lanzado de improviso contra la isla, bombardeando sus fortificaciones, echando a pique varios barcos e incendiando parte del poblado. Habían llevado su audacia hasta el extremo de desembarcar tropas para intentar adueñarse de ella, pero el valor de Giro-Batol y sus cachorros había triunfado finalmente, y los enemigos se habían visto obligados a retirarse, también porque temían verse sorprendidos por la espalda por los praos de Sandokán, que creían no muy lejos.

Había sido una victoria, es cierto, pero la isla había estado a punto de caer en manos de los enemigos.

Cuando Sandokán y sus hombres desembarcaron, los piratas de Mompracem, reducidos a la mitad, se

precipitaron a su encuentro con grandes vivas, pidiendo venganza contra los invasores.

—¡Vamos a Labuán, Tigre de Malasia! —gritaban—. ¡Vamos a devolverles las balas que han lanzado contra nosotros!

—Capitán —dijo Giro-Batol, adelantándose—, hemos hecho lo posible por abordar a la escuadra que nos asaltó, pero no lo conseguimos. Condúzcanos a Labuán y destruiremos hasta el último árbol de la isla, hasta el último matojo.

Sandokán, en vez de responder, tomó a Mariana y la condujo ante sus hordas.

—¡Es la patria de ella —dijo—, la patria de mi mujer!

Los piratas, al ver a la joven, que hasta entonces había permanecido detrás de Yáñez, dieron un grito de sorpresa y admiración.

142

—¡La perla de Labuán! ¡Viva la perla!... —exclamaron, cayendo de rodillas ante ella.

—Su patria es sagrada para mí —dijo Sandokán—, pero dentro de poco tendremos ocasión de devolver a nuestros enemigos las balas que lanzaron sobre estas costas.

—¿Vamos a ser atacados? —preguntaron todos.

—El enemigo no está lejos, mis valientes; pueden descubrir su vanguardia en aquella cañonera que está dando vueltas osadamente junto a nuestras costas. Los ingleses tienen fuertes motivos para atacarme: quieren vengar a los hombres que matamos bajo las selvas de Labuán y arrancarme a esta joven. Estén preparados, el momento quizá no tarde en llegar.

—Tigre de Malasia —dijo un jefe adelantándose—, nadie, mientras quede uno de nosotros vivo, vendrá a raptar a la perla de Labuán ahora que la protege la bandera de la piratería. Ordene usted: ¡estamos dispuestos a dar toda nuestra sangre por ella!

Sandokán, profundamente conmovido, miró a aquellos valientes que aclamaban las palabras del jefe y que, después de haber perdido a tantos compañeros, todavía ofrecían su vida para salvar a la que había sido la causa principal de sus desventuras.

—Gracias, amigos —dijo con voz ahogada.

Se pasó varias veces una mano por la frente, dio un profundo suspiro, echó su brazo sobre la joven, que estaba también conmovida, y se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Está acabado —murmuró Yáñez con voz triste.

Sandokán y su compañera subieron la estrecha escalinata que conducía a la cima del acantilado, seguidos por las miradas de todos los piratas, que los observaban con una mezcla de admiración y pesadumbre, y se detuvieron delante de la gran cabaña.

—Esta es tu casa —dijo él, entrando—. Era la mía; es un feo nido donde se desarrollaron a veces sombríos dramas... Es indigno de hospedar a la perla de Labuán, pero es seguro, inaccesible al enemigo, que nunca podrá penetrar aquí. Si hubieras llegado a ser reina de Mompracem, lo habrías embellecido, hubieras hecho de él un palacio... En fin, ¿para qué hablar de cosas imposibles? Aquí todo ha muerto o está a punto de morir.

Sandokán se llevó las manos al corazón y su rostro se alteró dolorosamente.

Mariana le echó los brazos al cuello.

—Sandokán, tú sufres, me estás escondiendo tus penas.

—No, alma mía, estoy conmovido, pero nada más. ¿Qué quieres? Al encontrar mi isla violada, mis bandas diezmadas, y pensar que dentro de poco tendré que perder...

—Sandokán, entonces lloras por tu pasado poderío y sufres ante la idea de tener que perder tu isla. Óyeme, héroe mío, ¿quieres que me quede en esta isla entre tus cachorros, que empuñe también yo la cimitarra y que combata a tu lado? ¿Lo quieres?

144

—¡Tú, tú! —exclamó él—. No, no quiero que te conviertas en una mujer semejante. Sería una monstruosidad obligarte a permanecer aquí, ensordecerte con el retumbar de la artillería y con los combatientes, además de exponerte a un peligro continuo. Dos felicidades serían demasiado y yo no quiero eso.

—¿Entonces me amas más que a tu isla, a tus hombres, a tu fama?

—Sí, alma celestial. Esta noche reuniré a mis tropas y les diré que nosotros, después de haber combatido la última batalla, arriaremos para siempre nuestra bandera y abandonaremos Mompracem.

—¿Y qué dirán tus tigrecitos ante tal proposición? Me odiarán al saber que soy yo la causa de la ruina de Mompracem.

—Nadie se atreverá a alzar la voz contra ti. Todavía soy el Tigre de Malasia, quien los ha hecho temblar siempre con un solo gesto. Y, además, me quieren demasiado para no obedecerme. En fin, dejemos que se cumpla nuestro destino.

Ahogó un suspiro, y luego dijo con un amargo lamento:

—Tu amor me hará olvidar mi pasado y quizá también Mompracem.

Depositó un beso sobre los rubios cabellos de la muchacha y llamó después a dos malayos que estaban al lado de la casa.

—Esta es su señora—les dijo, indicando a la joven—. La obedecerán como a mí mismo.

Dicho esto, tras haber intercambiado con Mariana una larga mirada, salió con rápidos pasos y se dirigió a la playa.

La cañonera seguía humeando a la vista de la isla, dirigiéndose unas veces hacia el norte y otras hacia el sur. Parecía que intentaba descubrir alguna cosa, probablemente alguna otra cañonera o crucero procedente de Labuán.

Entretanto los piratas, previendo un ya no lejano ataque, trabajaban febrilmente bajo la dirección de Yáñez, reforzando los bastiones, cavando fosos y levantando terraplenes y estacadas.

Sandokán se acercó al portugués, que estaba desarmando las piezas de artillería de los praos para guarnecer un potente reducto, construido justamente en el centro del poblado.

—¿No ha aparecido ninguna nave? —le preguntó.

—No —respondió Yáñez—, pero la cañonera no abandona nuestras aguas y eso es una mala señal. Si el viento fuera lo suficientemente fuerte como para aventajar a su máquina, la atacaría con mucho placer.

—Hay que tomar medidas para poner a cubierto nuestras riquezas y, en caso de una derrota, prepararnos para la retirada.

—¿Temes no poder hacer frente a los atacantes?

—Tengo presentimientos siniestros, Yáñez; siento que estoy a punto de perder esta isla.

—¡Bah! Hoy o dentro de un mes, tanto da, desde el momento en que has decidido abandonarla. ¿Lo saben ya nuestros piratas?

146

—No, pero esta noche conduciré a todas las bandas a mi cabaña y allí se enterarán de mi decisión.

—Será un duro golpe para ellos, hermano.

—Lo sé, pero, si quieren continuar por su cuenta con la piratería, yo no se lo impediré.

—Ni pensarlo, Sandokán. Ninguno abandonará al Tigre de Malasia y todos te seguirán adonde quieras.

—Lo sé, me quieren demasiado estos valientes. Trabajemos, Yáñez, hagamos nuestra fortaleza, si no inconquistable, al menos formidable.

Llegaron hasta donde estaban sus hombres, que trabajaban con encarnizamiento sin igual, levantando nuevos terraplenes y nuevas trincheras, plantando enormes empalizadas que pertrechaban de espingardas, acumulando inmensas pirámides de balas y de granadas,

protegiendo la artillería con barricadas de troncos de árbol, de peñascos y de planchas de hierro que habían arrancado a los navíos saqueados en sus numerosas correrías.

Por la tarde, la fortaleza presentaba un aspecto imponente y podía decirse inexpugnable.

Aquellos ciento cincuenta hombres —pues se habían quedado reducidos a tan pocos después del ataque de la escuadra y de la pérdida de las dos tripulaciones que habían seguido a Sandokán hacia Labuán— habían trabajado como quinientos.

Caída la noche, Sandokán hizo embarcar sus riquezas en un gran prao y lo envió, junto con otros dos, a las costas occidentales, para hacerse a la mar si la fuga llegara a hacerse necesaria.

A medianoche, Yáñez, con los jefes y todas las cuadrillas, subía a la gran cabaña donde lo esperaba Sandokán.

Una sala, lo suficientemente amplia como para contener doscientas personas o más, había sido arreglada con un lujo insólito. Grandes lámparas doradas derramaban torrentes de luz, haciendo centellear el oro y la plata de los tapices y de las alfombras y la madreperla que adornaba los ricos muebles de estilo indio.

Sandokán se había vestido con su traje de gala, de raso rojo, y el turbante verde adornado con un penacho lleno de brillantes. Llevaba a la cintura los dos *kriss*, insignia del jefe supremo, y una espléndida cimitarra con la vaina de plata y la empuñadura de oro.

Mariana, en cambio, llevaba un vestido de terciopelo negro bordado en plata, fruto de quién sabe qué saqueo, que dejaba al descubierto sus brazos y sus hombros, sobre los que caían como una lluvia de oro sus magníficos cabellos rubios. Ricos brazaletes, adornos de perlas de inestimable valor, y una diadema de brillantes que despedían rayos de luz, la hacían más bella, más fascinante todavía.

Los piratas, al verla, no pudieron contener un grito de admiración ante aquella soberbia criatura, a la que miraban como una divinidad.

—Amigos míos, mis fieles cachorros —dijo Sandokán, llamando a su alrededor a la formidable banda—. Los he reunido aquí para decidir la suerte de mi Mompracem. Ustedes me han visto luchar durante muchos años sin descanso



y sin piedad contra ese execrable pueblo que asesinó a mi familia y me arrebató de mi patria, que desde las gradas de un trono me precipitó a traición en el polvo y que ahora procura destruir a la gente malaya. Me han visto luchar como un tigre, rechazando siempre a los invasores que amenazaban nuestra salvaje isla; pero eso ya se acabó. El destino quiere que me detenga, y así será. Siento que mi misión vengadora ha terminado; que ya no sé rugir ni combatir como en otro tiempo, tengo la necesidad de descansar. Combatiré aún una última batalla contra el enemigo, que quizá venga mañana a atacarnos; luego diré adiós a Mompracem y me iré a vivir lejos con esta mujer que amo y que se convertirá en mi esposa. ¿Quieren continuar ustedes las hazañas del Tigre? Les dejaré mis barcos y cañones, aunque, si prefieren seguirme a mi nueva patria, seguiré considerándolos como mis hijos.

149

Los piratas, que parecían aterrados ante aquella revelación inesperada, no respondieron, pero se vio que aquellos rostros, ennegrecidos por la pólvora de los cañones y por los vientos del mar, se bañaban en lágrimas.

—¿Ustedes lloran? —exclamó Sandokán con voz alterada por la emoción—. ¡Ah, sí, los comprendo, mis valientes! ¿Pero creen que yo no sufro también ante la idea de no volver a ver quizá nunca mi isla, mi mar, de perder mi poderío, de entrar en la oscuridad después de haber brillado tanto, después de haber adquirido tanta fama, aunque fuera terrible, siniestra? La fatalidad lo ha querido así, doblegó al jefe, y ya solo pertenezco a la perla de Labuán.

—¡Capitán, mi capitán! —expresó Giro-Batol, que lloraba como un niño—. Permanezca aún entre nosotros, no abandone nuestra isla. Nosotros la defenderemos contra todos, levantaremos a los hombres; si así lo quiere, destruiremos Labuán, Varauni y Sarawak para que nadie pueda volver a amenazar la felicidad de la perla de Labuán.

—¡*Milady!* —gritó Paranoa—. Quédese usted también; nosotros los defenderemos contra todos, haremos con nuestros cuerpos un escudo contra los golpes del enemigo y, si quiere, conquistaremos un reino para darles un trono.

Hubo una explosión de auténtico delirio entre todos los piratas. Los más jóvenes suplicaban, los más viejos lloraban.

—¡Quédese, *milady!* ¡Quédese en Mompracem! —gritaban todos, agolpándose delante de la joven.

150

De pronto esta se adelantó hacia la banda, pidiendo silencio con un gesto.

—Sandokán —dijo con una voz que no temblaba—. Si yo te dijese: “renuncia a tus venganzas y a la piratería”; y si, por mi parte, yo rompiese para siempre el débil vínculo que me liga a mis compatriotas y adoptase por patria esta isla, ¿aceptarías tú?

—Tú, Mariana, ¿quieres quedarte en mi isla?

—¿Lo quieres tú?

—Sí, y yo te juro que no volveré a tomar las armas más que en defensa de mi tierra.

—Pues entonces, que sea mi patria Mompracem: ¡me quedo aquí!

Cien armas se alzaron y se cruzaron sobre el pecho de la joven, que había caído en los brazos de Sandokán, mientras los piratas gritaban a una voz:

—¡Viva la reina de Mompracem! ¡Ay de quien se atreva a tocarla!...

X. El bombardeo de Mompracem

A la mañana siguiente parecía que el delirio se había adueñado de los piratas de Mompracem. No eran hombres, sino titanes que trabajaban con energía sobrehumana para fortificar aún más su isla, que ya no querían abandonar, puesto que la perla de Labuán había jurado quedarse allí.

151

Se afanaban en torno a las baterías, cavaban nuevas trincheras, golpeaban furiosamente los acantilados para desprender bloques que debían reforzar los reductos, rellenaban los gaviones que habían dispuesto delante de los cañones, abatían árboles para levantar nuevas empalizadas, construían nuevos bastiones que fortificaban con las piezas de artillería traídas de los praos, cavaban trampas, preparaban minas, llenaban los fosos de montones de espinas y plantaban en el fondo puntas de hierro envenenadas con el jugo del *upas*. A su vez, fundían balas, reforzaban los polvorines y afilaban las armas.

La reina de Mompracem, hermosa, fascinante, centelleante de oro y perlas, estaba allí para animarlos con su voz y sus sonrisas.

Sandokán estaba a la cabeza de todos y trabajaba con una actividad febril que parecía una auténtica locura. Corría donde su intervención era necesaria, ayudaba a sus hombres a disponer las obras de defensa en todos los puntos. Era valiosamente ayudado por Yáñez, que parecía haber perdido su calma habitual.

La cañonera, que seguía navegando a la vista de la isla, espionando sus trabajos, bastaba para estimular a los piratas, convencidos ahora de que aguardaba una poderosa escuadra para bombardear la fortaleza del Tigre.

Hacia el mediodía llegaron al poblado varios piratas que habían marchado la tarde anterior con los tres praos, y las noticias que trajeron no eran inquietantes. Una cañonera que parecía española había aparecido por la mañana en dirección al este, pero no se había presentado ningún enemigo en las costas occidentales.

152

—Temo un gran ataque —dijo Sandokán a Yáñez—. Ya verás cómo los ingleses no vienen solos a atacarnos.

—¿Se habrán aliado con los españoles y con los holandeses?

—Sí, Yáñez; el corazón me dice que no me equivoco.

—Encontrarán pan para sus dientes. Nuestro poblado se ha hecho inexpugnable.

—Es posible, Yáñez, pero no desesperemos. De todos modos, en caso de derrota, los praos están listos para hacerse a la mar.

Mientras algunos piratas inspeccionaban los pueblecitos indígenas diseminados por el interior de la isla para

reclutar a los hombres más capaces, volvieron a reanudar el trabajo.

Por la tarde, el poblado estaba ya dispuesto a sostener la lucha y tenía un recinto de fortificaciones realmente imponente.

Tres líneas de bastiones resguardaban el poblado, extendiéndose en semicírculo. Empalizadas y amplios fosos hacían la escalada de aquel fortín imposible.

Cuarenta y seis cañones de calibre doce, de dieciocho y algunos de veinticuatro, estaban colocados sobre el gran reducto central. Media docena de morteros y sesenta espingardas defendían la plaza, prontas a vomitar balas, granadas y metralla sobre las naves enemigas.

Durante la noche, Sandokán mandó a desarbolar los praos y vaciarlos de todo lo que contenían. Después los hundió en la bahía para que el enemigo no pudiera adueñarse de ellos o los destruyese, y mandó varias canoas al mar para vigilar la cañonera, pero esta no se movió.

Al alba, Sandokán, Mariana y Yáñez, que llevaban algunas horas durmiendo en la gran cabaña, fueron bruscamente despertados por agudos clamores.

—¡El enemigo! ¡El enemigo! —gritaban en el poblado.

Se precipitaron fuera de la cabaña y se colocaron en el borde del gigantesco acantilado.

El enemigo estaba allí, a seis o siete millas de la isla, y avanzaba lentamente en orden de batalla. Al verlo, una profunda arruga surcó la frente de Sandokán, mientras el rostro de Yáñez se ensombrecía.

—Esto es una verdadera flota —murmuró este—. ¿Dónde han podido reunir tantas fuerzas esos perros ingleses?

—Es una liga que mandan los de Labuán contra nosotros —dijo Sandokán—. Mira, hay naves inglesas, holandesas, españolas y hasta praos de ese canalla del sultán de Varauni, pirata cuando quiere, y que, además, está celoso de mi poderío.

Era justamente la verdad. La escuadra atacante se componía de tres cruceros de gran tonelaje, que ostentaban la bandera inglesa, dos corbetas holandesas poderosamente armadas, cuatro cañoneras, un balandro español y ocho praos del sultán de Varauni. Podrían disponer entre todos de ciento cincuenta o ciento sesenta cañones y mil quinientos hombres.

154

—¡Son muchos, por Júpiter! —exclamó Yáñez—. Pero nosotros somos valientes y nuestra fortaleza es resistente.

—¿Vencerás, Sandokán? —preguntó Mariana con voz estremecida.

—Esperemos, amor mío —respondió el pirata—. Mis hombres son audaces.

—Tengo miedo, Sandokán.

—¿De qué?

—De que pueda matarte una bala.

—Mi buen genio, que durante tantos años me ha protegido, no va a abandonarme hoy que combato por ti. Ven, Mariana, los minutos son preciosos.

Bajaron la escalinata y se dirigieron al poblado, donde los piratas ya habían tomado posiciones detrás de los cañones, dispuestos a emprender con gran coraje

la titánica lucha. Doscientos nativos, hombres que, aunque no sabían resistir un ataque, al menos podían disparar arcabuzazos e incluso cañonazos —maniobra que habían aprendido con facilidad bajo sus maestros—, habían llegado ya y se habían colocado en los puntos que les habían asignado los jefes de la piratería.

—Bueno —dijo Yáñez—, seremos trescientos cincuenta para sostener el choque.

Sandokán llamó a seis de sus más valerosos hombres y les confió a Mariana para que la condujeran a lo más espeso de los bosques para no exponerla al peligro.

—Vete, amada mía —le dijo, estrechándola contra su corazón—. Si venzo, seguirás siendo la reina de Mompracem, y, si la fatalidad me hacer perder, levantaremos el vuelo e iremos a buscar la felicidad a otras tierras.

—¡Ah, Sandokán! ¡Tengo miedo! —exclamó la joven llorando.

—No temas, volveré a ti, querida mía. Las balas respetarán al Tigre de Malasia, incluso en esta batalla.

Besó a su amada en la frente y después huyó hacia los bastiones, tronando:

—¡Ánimo, mis cachorros: el Tigre está con ustedes! El enemigo es fuerte, pero nosotros somos todavía los tigres de la salvaje Mompracem.

Un solo grito le respondió.

—¡Viva Sandokán! ¡Viva nuestra reina!

La flota enemiga se había detenido a seis millas de la isla y varias embarcaciones se separaban de las naves, conduciendo aquí y allá a numerosos oficiales. En el

crucero que había enarbolado la insignia de mando estaba celebrándose el consejo.

A las diez, las naves y los praos, siempre dispuestos en orden de batalla, se movieron hacia la bahía.

—¡Tigres de Mompracem! —gritó Sandokán, que se mantenía erguido sobre el gran reducto central, detrás de un cañón del veinticuatro—. ¡Recuerden que están defendiendo a la perla de Labuán y que esos hombres que vienen a atacarnos son los que asesinaron a nuestros compañeros en las costas de Labuán!

—¡Venganza! ¡Sangre! —gritaron los piratas.

Un cañonazo partió en aquel momento de la cañonera que llevaba dos días espiando la isla, y por una extraña casualidad la bala abatió la bandera de la piratería, que ondeaba sobre el bastión central.

156

Sandokán se sobresaltó y en su rostro se dibujó un vivo dolor.

—¡Vencerás, flota enemiga! —exclamó con voz triste—. ¡El corazón me lo dice!

La flota se iba aproximando, manteniéndose sobre una línea cuyo centro estaba ocupado por los cruceros y las alas por los praos del sultán de Varauni.

Sandokán dejó que se aproximaran hasta una distancia de mil pasos; luego, levantando la cimitarra, tronó:

—¡A sus piezas, mis tigrecitos! ¡No los entretengo más: limpien el mar, los bastiones, los terraplenes! ¡Fuego!...

A la orden del Tigre, los reductos, los bastiones y los terraplenes ardieron en toda la línea, formando una sola detonación capaz de ser oída hasta en las Romades.

Pareció que el poblado entero había saltado por los aires, y la tierra tembló hasta el mar. Nubes densísimas de humo envolvieron las baterías, agigantándose bajo nuevos disparos que se sucedían furiosamente y extendiéndose de derecha a izquierda, donde disparaban las espingardas.

La escuadra, a pesar de haber sido bastante maltratada por aquella formidable descarga, no tardó mucho en responder.

Los cruceros, las corbetas, las cañoneras y los praos se cubrieron de humo, inundando las obras de defensa de balas y granadas, mientras un gran número de hábiles tiradores abría un vivo fuego de mosquetería, que, si resultaba ineficaz contra los bastiones, molestaba no poco a los artilleros de Mompracem.

No se desperdiciaba un tiro ni de una parte ni de otra, se competía en celeridad y precisión, estando todos resueltos a exterminarse mutuamente, primero de lejos y después de cerca.

La flota tenía la ventaja del número de bocas de fuego y de hombres, además sobrepasaba en capacidad de moverse y dispersarse, dividiendo los fuegos del enemigo. A pesar de ello, no ganaba terreno.

Era hermoso ver a aquel pequeño poblado, defendido por un puñado de valientes, que se encendía por todas partes, devolviendo golpe por golpe, vomitando torrentes de granadas y huracanes de metralla que se estrellaban contra los flancos de las naves, destrozando las manibras y matando a las tripulaciones.

Tenían hierro para todos, rugían más fuerte que los cañones de la flota, castigaban a los fanfarrones que venían a desafiarlos, hacían retroceder a los más osados que intentaban desembarcar a los soldados y en tres millas a la redonda hacían saltar las aguas del mar.

Sandokán, en medio de sus valerosas bandas, con los ojos en llamas, erguido detrás de un grueso cañón de veinticuatro que soltaba de su humeante garganta enormes proyectiles, seguía tronando sin desfallecer:

—¡Fuego, mis valientes! ¡Bárranme el mar, destripen esas naves que vienen a arrebatar nos a nuestra reina!

Su voz no caía en vano. Los piratas, conservando una admirable sangre fría, entre aquella espesa lluvia de balas que desgarraba las empalizadas, que horadaba los terraplenes, que derribaba los bastiones, apuntaban intrépidamente la artillería, animándose con tremendos gritos.

158

Un prao del sultán fue incendiado y saltó en pedazos, cuando intentaba, con una insolente bravuconería, desembarcar a los pies del gran acantilado. Sus pecios llegaron hasta las primeras empalizadas del poblado y los siete u ocho hombres que habían escapado a la explosión fueron fulminados por un chaparrón de metralla.

Una cañonera española, que intentaba aproximarse para desembarcar a sus soldados, quedó completamente desarbolada y fue a embarrancar delante del poblado al explotar su máquina. No se salvó ni uno de sus hombres.

—¡Vengan a desembarcar! —tronó Sandokán—. Enfréntense con los tigres de Mompracem si se atreven. ¡Son muchachos y nosotros gigantes!

Estaba claro que mientras los bastiones se mantuvieran firmes y la pólvora no faltase, ninguna nave conseguiría acercarse a las costas de la terrible isla.

Desgraciadamente para los piratas, hacia las seis de la tarde, cuando la flota horriblemente maltratada estaba ya a punto de retirarse, llegó a las aguas de la isla una inesperada ayuda, que fue acogida con estrepitosas “¡hurras!” por parte de las tripulaciones.

Eran otros dos cruceros ingleses y una gran corbeta holandesa, seguidos a corta distancia por un bergantín de vela, provistos de numerosas piezas de artillería.

Sandokán y Yáñez palidecieron al ver aquellos nuevos enemigos. Comprendieron que la caída de la fortaleza era ya cuestión de horas; sin embargo, no perdieron el ánimo y dirigieron parte de sus cañones contra aquellos nuevos navíos.

159

La escuadra así reforzada recobró nuevos ánimos, se aproximó a la plaza y batió furiosamente las obras de defensa, ya gravemente deterioradas.

Las granadas caían a centenares delante de los terraplenes, de los bastiones, de los reductos y sobre el poblado, provocando violentas explosiones que destruían las obras, destrozando las empalizadas, e introduciéndose a través de las hendiduras.

Al cabo de una hora, la primera línea de los bastiones no era ya más que un montón de ruinas. Dieciséis cañones habían quedado inservibles y una docena de espingardas yacía entre los escombros y un montón de cadáveres.

Sandokán intentó un último golpe. Dirigió el fuego de sus cañones contra la nave capitana, encomendando a las espingardas la tarea de responder al fuego de los otros navíos.

Durante veinte minutos el crucero resistió aquella lluvia de proyectiles que lo atravesaban de parte a parte, le destrozaban las maniobras y le mataban a la tripulación, pero una granada de veintiún kilos, lanzada por Giro-Batol con un mortero, le abrió a la proa una enorme hendidura.

El barco se inclinó sobre un flanco, hundiéndose rápidamente. La atención de las otras naves se dirigió a salvar a los naufragos; numerosas embarcaciones surcaron las olas, pero muy pocos escaparon a la metralla de los piratas.

160

En tres minutos se hundió el crucero, arrastrando consigo a los hombres que todavía quedaban en cubierta.

Durante algunos minutos la escuadra suspendió el fuego, pero luego lo reemprendió con mayor fuerza y avanzó hasta una distancia de solo cuatrocientos metros de la isla.

Las baterías de la derecha y de la izquierda, oprimidas por el fuego, fueron reducidas al silencio al cabo de una hora, y los piratas se vieron obligados a retirarse detrás de la segunda línea de bastiones y después a la tercera, que ya estaba casi en ruinas. Solo seguía en pie y todavía en buen estado el gran reducto central, que era el mejor armado y el más robusto.

Sandokán no cesaba de animar a sus hombres, pero preveía que no estaba lejos el momento de la retirada.

Media hora después un polvorín saltó con terrible violencia, destrozando las precarias trincheras y sepultando entre sus escombros a doce piratas y veinte nativos.

Intentaron un nuevo esfuerzo para detener la marcha del enemigo, concentrando el fuego sobre otro crucero, pero los cañones eran ya muy pocos, la mayoría de ellos había reventado o los habían desmontado balas enemigas.

A las siete y diez minutos, caía también el gran reducito, sepultando varios hombres y las piezas más grandes de artillería.

—¡Sandokán! —gritó Yáñez, precipitándose hacia el pirata, que estaba apuntando su cañón—. Hemos perdido la partida.

—Es verdad —respondió el Tigre con voz ahogada.

—Ordena la retirada o será demasiado tarde.

Sandokán lanzó una mirada desesperada sobre las ruinas, en medio de las cuales solo dieciséis cañones y veinte espingardas tronaban todavía, y otra sobre la escuadra, que estaba echando al agua los botes para el desembarco. Un prao estaba anclado al pie de la gran roca y su tripulación se disponía a tomar posiciones.

La partida estaba irremediablemente perdida. Dentro de pocos minutos, los atacantes, treinta o cuarenta veces más numerosos, habrían desembarcado para atacar a bayonetazos las precarias trincheras y destruir a sus últimos defensores.

Un retraso de pocos minutos podía ser funesto y comprometer la fuga hacia las costas occidentales.

Sandokán tuvo que reunir todas sus fuerzas para pronunciar aquellas palabras que jamás había salido de sus labios: ordenó la retirada.

En el momento en que los tigres se convencían de la pérdida de Mompracem, con lágrimas en los ojos y el corazón destrozado, se internaban en los bosques y los nativos huían en todas direcciones, el enemigo desembarcaba, irrumpiendo furiosamente con las bayonetas caladas contra las trincheras, detrás de las cuales creía encontrar todavía defensores.

¡La estrella de Mompracem se había extinguido para siempre!

XI. En el mar

162

Los piratas, reducidos a setenta solamente, heridos la mayor parte, pero todavía sedientos de sangre dispuestos a reemprender la lucha, se retiraban guiados por sus valerosos jefes, el Tigre de Malasia y Yáñez, que habían escapado milagrosamente al hierro y al plomo enemigo.

Sandokán, a pesar de haber perdido ya para siempre su poderío, su isla y su mar, conservaba en aquella retirada una calma verdaderamente admirable. Sin duda él, que había previsto el fin inminente de la piratería y que ya se había hecho a la idea de retirarse lejos de aquellos mares, se consolaba pensando que, entre tanto desastre, le quedaba todavía su adorada perla de Labuán.

No obstante, en su rostro se descubrían las huellas de una fuerte conmoción que en vano se esforzaba por ocultar.

Apresurando el paso, los piratas llegaron enseguida a las orillas de un torrente seco, donde encontraron a Mariana y a los seis hombres que la custodiaban.

La joven se precipitó a los brazos de Sandokán, que la estrechó tiernamente contra su pecho.

—¡Gracias a Dios! —dijo ella—. Vuelves aún vivo.

—Vivo sí, pero derrotado —respondió él con voz triste.

—Así lo ha querido el destino, valiente mío.

—Vámonos, Mariana, que el enemigo no está lejos. Ánimo, mis cachorros, no nos dejemos alcanzar por los vencedores. Quizá tengamos todavía que combatir terriblemente.

En la lejanía se oían los gritos de los vencedores y aparecía una luz intensa, señal evidente de que el poblado había sido incendiado.

Sandokán hizo montar a Mariana en un caballo, que había sido conducido allí desde el día anterior, y la pequeña tropa se puso rápidamente en camino para ganar las costas occidentales antes que el enemigo llegase a tiempo de cortarles la retirada.

A las once de la noche llegaban a un pequeño poblado de la costa, ante el cual estaban anclados todavía los tres praos.

—Deprisa, embarquémonos —dijo Sandokán—. Los minutos son preciosos.

—¿Nos atacarán? —preguntó Mariana.

—Es posible, pero mi cimitarra te cubrirá y mi pecho te servirá de escudo contra los tiros de los malditos que me han aplastado con su fuerza.

Se dirigió a la playa y escudriñó el mar, que parecía negro como si fuera de tinta.

—No veo ningún farol —dijo a Mariana—. Quizá podamos abandonar mi pobre isla sin que nos molesten.

Dio un profundo suspiro y se enjuagó la frente bañada de sudor.

—Subamos a bordo —ordenó finalmente.

Los piratas embarcaron con lágrimas en los ojos. Treinta de ellos se ubicaron en el prao más pequeño; los restantes, parte en el de Sandokán, parte en el mandado por Yáñez, que llevaba los inmensos tesoros del jefe.

164

En el momento de soltar las anclas, se vio a Sandokán llevarse la mano al corazón como si algo se le hubiera despedazado en el pecho.

—Amigo mío —dijo Mariana, abrazándolo.

—¡Ah! —exclamó él con amargo dolor—. Me parece que se me parte el corazón.

—Lloras la pérdida de tu poder, Sandokán, y la de tu isla.

—Es verdad, amor mío.

—Quizá un día volverás a conquistarla y regresaremos.

—No, todo ha terminado para el Tigre de Malasia. Además, siento que ya no soy el hombre de otros tiempos.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y emitió una especie de sollozo; pero luego, levantándola con energía, tronó:

—¡A alta mar!

Los tres barcos recogieron sus cuerdas y se alejaron de la isla, llevándose consigo los últimos supervivientes de aquella formidable banda que durante doce años había esparcido el terror por los mares de Malasia.

Habían recorrido ya seis millas cuando un grito de furor estalló a bordo de los barcos. En medio de las tinieblas habían aparecido de improviso dos puntos luminosos, que corrían detrás de la flotilla con profundo fragor.

—¡Los cruceros! —gritó una voz—. ¡Atentos, amigos!

Sandokán, que se había sentado a popa, con los ojos fijos en la isla, que desaparecía lentamente entre las tinieblas, se levantó lanzando un verdadero rugido.

—¡Otra vez el enemigo! —exclamó con un intraducible acento, estrechando contra su pecho a la muchacha, que estaba a su lado—. ¿Incluso en el mar vienen a perseguirme, malditos? ¡Cachorros, ahí tienen a los leones que se nos echan encima! ¡Arriba todos con las armas en la mano!

No hacía falta más para animar a los piratas, que ardían en deseos de venganza y se ilusionaban con reconquistar en un combate desesperado la perdida isla. Todos blandieron las armas, dispuestos a subir al abordaje a una orden de sus jefes.

—Mariana —dijo Sandokán, volviéndose hacia la joven, que miraba con terror aquellos dos puntos luminosos que centelleaban en las tinieblas—, ¡vete a tu camarote, alma mía!

—¡Gran Dios, estamos perdidos! —murmuró ella.

—Todavía no; los tigres de Mompracem tienen sed de sangre.

—¿Y si son dos poderosos cruceros, Sandokán?

—Aunque estuviesen tripulados por mil hombres, los abordaremos.

—No intentes un nuevo combate, mi valiente amigo. Quizá esos dos barcos no nos han descubierto todavía, y podríamos engañarlos.

—Es verdad, *lady Mariana* —dijo uno de los jefes malayos—. Nos están buscando, de eso estoy seguro, pero dudo mucho que nos hayan visto. La noche es oscura y no llevamos ningún farol encendido a bordo, por lo que es imposible que se hayan dado cuenta de nuestra presencia. Sé prudente, Tigre de Malasia. Si podemos evitar una nueva lucha, habremos ganado todo.

166

—De acuerdo —respondió Sandokán después de reflexionar unos instantes—. Dominaré por el momento la rabia que me abrasa el corazón e intentaré escapar a su abordaje. ¡Pero ay de ellos si se empeñan en seguirme en mi nueva ruta!... Estoy dispuesto a todo, incluso a atacarlos.

—No comprometamos inútilmente los últimos restos de los tigres de Mompracem —dijo el jefe malayo—. Seamos prudentes por ahora.

La oscuridad favorecía la retirada.

A una orden de Sandokán el prao dio una bordada, doblando hacia las costas meridionales de la isla, donde existía una bahía bastante profunda para refugiar una pequeña flotilla. Los otros dos barcos se apresuraron a

seguir la misma maniobra, habiendo comprendido ya cuál era el plan del Tigre de Malasia.

El viento, más bien fresco, era favorable, pues sopla del noroeste, y, en consecuencia, los praos tenían la posibilidad de llegar a la bahía antes de que despuntara el sol.

—¿Han cambiado de ruta las dos naves? —preguntó Mariana, que escudriñaba el mar con viva ansiedad.

—Es imposible saberlo por ahora —respondió Sandokán, que había subido sobre la amura de popa para observar mejor los dos puntos luminosos.

—Me parece que siguen siempre hacia alta mar, ¿verdad, Sandokán? ¿O me equivoco?

—Te equivocas, Mariana —respondió el pirata después de unos instantes—. También esos dos puntos luminosos han virado de bordo.

—¿Y se mueven hacia nosotros?

—Eso me parece.

—¿Y no lograremos escapar de ellos? —preguntó la joven con angustia.

—¿Cómo competir con sus máquinas? El viento es débil todavía y no imprime a nuestros barcos una velocidad que pueda rivalizar con el vapor. Pero quién sabe; el alba no está lejana, y, al aproximarse el sol a estos parajes, el viento aumenta siempre.

—¡Sandokán!

—¡Mariana!

—Tengo tristes presentimientos.

—No temas, niña mía. Los tigres de Mompracem están dispuestos a morir por ti.

—Lo sé, Sandokán, y sin embargo temo por ti.

—¡Por mí! —exclamó el pirata con ferocidad—. No tengo miedo de esos dos leopardos que nos buscan para darnos otra vez batalla. Aunque el Tigre ha sido vencido, todavía no ha sido domado.

—¿Y si te alcanzase una bala? ¡Gran Dios! ¡Qué pensamiento más terrible, mi valeroso Sandokán!

—La noche es oscura, ninguna luz brilla a bordo de nuestros barcos y...

Una voz, que salía del segundo prao, le cortó la frase:

—¡Eh, hermano!

—¿Qué quieres, Yáñez? —preguntó Sandokán, que había reconocido la voz del portugués.

168

—Me parece que esos buques se disponen a cortarnos el camino. Los faroles, que antes proyectaban una luz roja, ahora se han vuelto verdes, lo que indica que los barcos han cambiado la ruta.

—Entonces los ingleses se han dado cuenta de nuestra presencia.

—Eso me temo, Sandokán.

—¿Qué me aconsejas hacer?

—Avanzar audazmente hacia alta mar e intentar pasar por medio de los enemigos. Mira: se alejan el uno del otro para encerrarnos en el medio.

El portugués no se había equivocado. Los dos barcos enemigos, que desde hacía algún tiempo parecían ejecutar una maniobra misteriosa, se habían separado

bruscamente. Mientras uno se dirigía hacia las costas septentrionales de Mompracem, el otro avanzaba rápidamente hacia las meridionales.

Ya no había duda acerca de sus intenciones, querían interponerse entre los veleros y la costa para impedirles buscar refugio en alguna bahía y atacarlos en pleno mar.

Sandokán, al darse cuenta de ello, dio un alarido de rabia.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Quieren batalla? ¡Pues bien, la tendrán!

—Todavía no, hermanito —gritó Yáñez, que había subido a la proa de su barco—. Avancemos hacia alta mar e intentemos pasar entre esos dos adversarios.

—Nos alcanzarán, Yáñez. El viento es todavía flojo.

—Intentémoslo, Sandokán. ¡Eh, ustedes a las escotas, y viremos hacia el oeste! ¡Los cañoneros a sus puestos!

Un instante después los tres veleros cambiaban de ruta, dirigiéndose resueltamente hacia el oeste.

Los dos buques, como si se hubieran dado cuenta de aquella audaz maniobra, cambiaron también de dirección casi instantáneamente, avanzando hacia alta mar.

Era indudable que querían atrapar en medio a los tres praos antes de que pudieran apoyarse en cualquier otra isla.

Sin embargo, creyendo que se movían en aquella dirección por pura casualidad, Sandokán y Yáñez no cambiaron de ruta, sino que ordenaron a sus tripulaciones desplegar algunas velas para intentar avanzar rápidamente.

Durante veinte minutos los tres veleros siguieron avanzando, deseando escapar a la tenaza de los dos buques de guerra que intentaban reunirse.

Ninguno de los piratas apartaba sus miradas de los faroles, procurando adivinar la maniobra de los enemigos. Sin embargo, estaban preparados para hacer tronar los cañones y los fusiles a la orden de sus jefes. Ya se habían adentrado mucho en el mar, cuando vieron que los faroles daban nuevamente una bordada.

Un momento después se oyó a Yáñez gritar:

—¡Eh! ¿No ves cómo vienen a cazarlos?

—¡Ah, canallas! —gritó Sandokán—. ¡Incluso al mar vienen a atacarme! ¡Tenemos hierro y plomo para todos!

—Estamos perdidos, ¿verdad, Sandokán? —dijo Mariana, estrechándose contra el pirata.

170

—Todavía no, niña mía —respondió el Tigre—. Vuelve enseguida a tu camarote. Dentro de pocos minutos granizarán balas sobre el puente de mi prao.

—Quiero quedarme a tu lado, valiente mío. Si tú mueres, caeré yo también junto a ti.

—No, Mariana. Si te viese cerca de mí, me faltaría la audacia y tendría mucho miedo. Tengo que estar libre para volver a ser el Tigre de Malasia.

—Espera al menos que esas naves estén aquí. Quizá no nos hayan visto todavía.

—Se dirigen hacia nosotros a todo vapor. Yo las veo ya.

—¿Son barcos potentes?

—Una corbeta y un cañonero.

—¿No podrás vencerlos?

—Somos todos valientes e iremos a atacar a la más grande. Vamos, vuelve a tu camarote.

—¡Tengo mucho miedo, Sandokán! —exclamó la muchacha, sollozando.

—No temas. Los tigres de Mompracem lucharán con valor desesperado.

En aquellos instantes se oyó un cañonazo en el mar. Una bala pasó al otro lado del prao con un ronco zumbido, atravesando dos velas.

—¿Oyes? —preguntó Sandokán—. Nos han descubierto y se preparan para darnos la batalla. ¡Míralos! ¡Se mueven al mismo tiempo hacia nosotros para clavarnos el espolón!

En efecto, los dos barcos enemigos avanzaban a todo vapor, como si tuvieran la intención de echarse encima de los tres pequeños veleros.

171

La corbeta forzaba sus máquinas, vomitando nubarrones de humo rojizo y escorias. Se dirigía hacia el prao de Sandokán, mientras la cañonera intentaba lanzarse contra el mandado por Yáñez.

—¡A tu camarote! —gritó Sandokán, mientras la corbeta disparaba un segundo cañonazo—. Aquí está la muerte.

Cogió a la joven entre sus vigorosos brazos y la transportó al camarote. En aquel intervalo un chaparrón de metralla barría la cubierta del barco, granizando sobre el casco y contra la arboladura.

Mariana se agarró desesperadamente a Sandokán.

—No me dejes, valiente mío —dijo con voz ahogada por los sollozos—. ¡No te alejes de mi lado! Tengo miedo, Sandokán.

El pirata se separó con dulce violencia.

—No temas por mí —le dijo—. Deja que vaya a combatir la última batalla y que oiga una vez más el estruendo de la artillería. Deja que guíe una vez más a los tigres de Mompracem a la victoria.

—Tengo siniestros presentimientos, Sandokán. Quiero quedarme junto a ti. ¡Te defenderé contra las armas de mis compatriotas!

—Me basto yo para arrojar al agua a mis enemigos.

El cañón tronaba entonces furiosamente sobre el mar. En el puente se oían los salvajes aullidos de los tigres de Mompracem y los gemidos de los primeros heridos.

172

Sandokán se soltó de los brazos de la joven y se precipitó por la escalera, gritando:

—¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de Malasia está con ustedes!

La batalla se recrudecía por ambas partes. La cañonera había atacado el prao del portugués, intentando abordarlo, pero esta vez se había llevado la peor parte. La artillería de Yáñez la había maltratado considerablemente, destrozándole las ruedas, rompiéndole las amuras y tronchándole hasta el mástil. La victoria por aquel lado no ofrecía lugar a dudas, pero quedaba la corbeta, una nave potente, armada de muchos cañones y provista de una numerosísima tripulación.

Esta se había lanzado contra los dos praos de Sandokán, cubriéndolos de hierro y haciendo estragos entre los piratas.

La aparición del Tigre de Malasia reanimó a los combatientes, que comenzaban a sentirse impotentes ante tantas fulminaciones.

Aquel hombre formidable se lanzó hacia uno de los dos cañones aullando siempre ferozmente:

—¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de Malasia tiene sed de sangre! ¡Barramos el mar y arrojemos al agua a esos perros que vienen a desafiarnos!...

Sin embargo, su presencia no sirvió para cambiar la suerte de la dura batalla. A pesar de que no fallase un tiro y barriese las amuras de la corbeta con chaparrones de metralla, las balas y las granadas caían incesantemente sobre su barco, devastándolo y diezmando a sus hombres. Era imposible resistir tanta furia. Unos pocos minutos más y los dos pobres praos habrían sido reducidos a dos pontones destrozados.

Solo el portugués disputaba, y con ventaja, la victoria a la cañonera, disparándole andanadas desastrosas.

Sandokán, de una sola mirada, se dio cuenta de la gravedad de la situación. Al ver al otro prao ya devastado y casi hundiéndose, se acercó a él, embarcando en su propio barco a los supervivientes, y luego, desenvainando la cimitarra, aulló:

—¡Ánimo, mis cachorros! ¡Al abordaje!

La desesperación centuplicaba las fuerzas de los piratas.

Descargaron de un solo golpe los dos cañones y las espingardas para barrer las amuras de los fusileros que las ocupaban, luego treinta de aquellos valientes lanzaron los garfios de abordaje.

—¡No tengas miedo, Mariana! —gritó por última vez Sandokán, al oír que la joven lo llamaba.

Luego, a la cabeza de sus valientes, subió al abordaje, precipitándose sobre el puente enemigo como un toro herido mientras Yáñez, más afortunado que todos los demás, hacía saltar la cañonera, lanzándole una granada en la santabárbara.

—¡Sitio! —tronó, ondeando su terrible cimitarra—. ¡Soy el Tigre!...

174 Seguido por sus hombres, fue a chocar contra los marinos que corrían con las hachas levantadas y los rechazó hasta popa, pero desde proa irrumpía otro aluvión de hombres, guiados por un oficial que Sandokán reconoció enseguida.

—¡Ah, eres tú, *baronet*! —exclamó el Tigre, precipitándose contra él.

—¿Dónde está Mariana? —preguntó el oficial con voz ahogada por el furor.

—Aquí está —respondió Sandokán—. ¡Tómala!

De un cimitarrazo lo derribó, y luego, lanzándose sobre él, le hundió el *kriss* en el corazón; pero casi al mismo tiempo caía redondo sobre el puente por un golpe en el cráneo con el reverso de un hacha.



XII. Los prisioneros

Cuando volvió en sí, semiaturdido todavía por el fiero golpe recibido en el cráneo, ya no se encontró libre sobre el puente enemigo, sino encadenado en la bodega de la corbeta.

Al principio se creyó presa de un terrible sueño, pero el dolor que le martilleaba todavía la cabeza, las carnes desgarradas en otros lugares por las puntas de las bayonetas y sobre todo las cadenas que le apretaban las muñecas lo volvieron en breve a la realidad.

Se alzó sacudiendo furiosamente los hierros y lanzó a su alrededor una mirada extraviada, como si aún no estuviera seguro de no encontrarse en su barco; luego, un alarido irrumpió de sus labios, un alarido de fiera herida.

176

—¡Prisionero!... —exclamó, rechinando los dientes e intentando doblar las cadenas—. ¿Entonces qué ha sucedido?... ¿Hemos sido vencidos de nuevo por los ingleses? ¡Muerte y condena!... ¡Qué terrible despertar! ¿Y Mariana?... ¿Qué le habrá sucedido a esa pobre muchacha? ¡Quizá ha muerto!...

Un espasmo tremendo le atenazó el corazón ante aquel pensamiento.

—¡Mariana! —aulló, mientras seguía retorciendo los hierros—. Niña mía, ¿dónde estás?... ¡Yáñez!... ¡Inioko!... ¡Cachorros!... ¡Nadie responde!... ¿Entonces han muerto todos?... ¡Pero no puede ser verdad, estoy soñando o estoy loco!...

Aquel hombre, que jamás había sabido lo que era el miedo, lo experimentó en aquel momento. Sintió que la razón se le extraviaba y miró con espanto a su alrededor.

—¡Muertos!... ¡Todos muertos!... —exclamó con angustia—. ¡Solo yo he sobrevivido al estrago, para ser arrastrado a Labuán quizá!... ¡Mariana!... ¡Yáñez, mi buen amigo!... ¡Inioko!... ¡También tú, mi valiente, has caído bajo el hierro y el plomo de los asesinos!... Mejor hubiera sido que yo me hubiera muerto o hundido con mi barco en los abismos del mar. ¡Oh Dios, qué catástrofe!...

Luego, presa de un impulso de desesperación o de locura, se lanzó a través del entrepuente, sacudiendo furiosamente las cadenas y gritando:

—¡Mátenme!... ¡Mátenme!... ¡El Tigre de Malasia no puede seguir viviendo!...

De pronto se detuvo al oír una voz que gritaba:

—¡El Tigre de Malasia!... ¿Está vivo todavía el capitán? Sandokán miró a su alrededor.

Una linterna sujeta a un gancho iluminaba escasamente el entrepuente, pero aquella luz era suficiente para poder distinguir a una persona.

Al principio Sandokán no vio más que unas botas, pero luego, mirando mejor, descubrió una forma humana acurrucada junto a la carlinga del palo mayor.

—¿Quién es usted? —gritó.

—¿Quién habla del Tigre de Malasia? —preguntó a su vez la voz de antes.

Sandokán se sobresaltó, y luego un relámpago de alegría le brilló en la mirada. Aquel acento no le era desconocido.

—¿Está aquí alguno de mis hombres? —preguntó—. ¿Inioko, quizá?

—¡Inioko! ¿Entonces me conoce? ¡Así que no estoy muerto!...

El hombre se levantó, sacudiendo lúgubremente las cadenas, y se adelantó.

—¡Inioko! —exclamó Sandokán.

—¡El capitán! —exclamó el otro.

Luego, lanzándose hacia adelante, cayó a los pies del Tigre de Malasia, repitiendo:

—¡El capitán!... ¡Mi capitán!... ¡Y yo que lo había llorado, dándolo por muerto!

Aquel nuevo prisionero era el comandante del tercer prao, un valeroso dayako que gozaba de grandísima fama entre las bandas de Mompracem por su valor y por su habilidad marinera.

178

Era un hombre de elevada estatura, bien proporcionado, como lo son en general los borneses del interior, con los ojos grandes e inteligentes. Como sus compatriotas, llevaba los cabellos largos y tenía los brazos y las piernas adornados con un gran número de anillos de cobre y de latón.

Aquel bravo hombre, al verse delante del Tigre de Malasia, lloraba y reía al mismo tiempo.

—¡Vivo!... ¡Aún vivo!... —exclamaba—. ¡Oh, qué felicidad!... Al menos tú has escapado al desastre.

—¡Al desastre!... —gritó Sandokán—. ¿Entonces han muerto todos los valientes que yo arrastré al abordaje de esta nave?

—¡Ay de mí! Sí, todos —respondió el dayako con voz rota.
—¿Y Mariana? ¿Ha desaparecido junto con el prao?
Dímelo, Inioko, dímelo.

—No, está todavía viva.

—¡Viva!... ¡Mi muchacha está viva!... —aulló Sandokán, fuera de sí por la alegría—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, capitán. Usted había caído ya, pero otros cuatro compañeros y yo resistíamos todavía, cuando la muchacha de los cabellos de oro fue llevada al puente de la nave.

—¿Y quién la llevó?

—Los ingleses, capitán. La muchacha, espantada del agua que debía de haber invadido su camarote, subió al alcázar llamándolo a gritos. Algunos marineros, al verla, se dispusieron enseguida a lanzar un bote al mar para recogerla. Si hubieran tardado unos minutos más, habría desaparecido en el remolino abierto por el prao.

—¿Y estaba viva todavía?

—Sí, capitán. Ella seguía clamando por usted cuando la llevaban al puente.

—¡Maldición!... ¡Y no haber podido correr en su ayuda!

—Lo intentamos, capitán. No éramos más que cuatro y teníamos a nuestro alrededor más de cincuenta hombres que nos intimidaban a rendirnos, y, a pesar de ello, nos lanzamos contra los marineros que llevaban a la reina de Mompracem. Éramos demasiado pocos para sostener la lucha. Yo fui derribado, pisoteado, después atado y arrasado aquí.

—¿Y los otros?

—Se hicieron matar, después de haber hecho estragos entre los que los cercaban.

—¿Se encuentra Mariana a bordo de esta nave?

—Sí, Tigre de Malasia.

—¿No ha sido transbordada a la cañonera?

—Creo que la cañonera ya solo navega bajo el agua.

—¿Qué quieres decir?

—Que fue echada a pique.

—¿Por Yáñez?

—Sí, capitán.

—Entonces Yáñez está vivo todavía.

—Poco antes de que me arrastraran aquí, vi a una gran distancia su prao, que huía a velas desplegadas. Durante nuestra batalla había dejado fuera de combate a la cañonera, destrozándole las ruedas e incendiándola después. Vi las llamas que se alzaban sobre el mar y oí poco después una lejana explosión. Debía de ser la santabárbara que estallaba.

—¿Y de los nuestros no ha escapado ninguno?

—Ninguno, capitán —dijo Inioko con un suspiro.

—¡Todos muertos! —murmuró Sandokán con profundo dolor—. Y tú has visto caer a Singal, el más valiente y el más viejo campeón de la piratería.

—Fue abatido por una bala de espingarda que le alcanzó en el pecho.

—¿Y Sangau, el león de las Romades?

—Lo vi caer al mar con la cabeza destrozada por una descarga de metralla.

—¡Qué matanza! ¡Pobres compañeros! ¡Ah!... ¡Una triste fatalidad pesaba sobre los últimos tigres de Mompracem!

Sandokán calló, sumiéndose en dolorosos pensamientos. Por más fuerte que se creyera, se sentía profundamente debilitado por aquel desastre que le había costado la pérdida de su isla, la muerte de casi todos los valientes que le habían seguido hasta entonces en centenares de batallas, y, por último, la pérdida de la mujer amada.

Pero en un hombre como él no podía durar mucho el desánimo. No habían transcurrido diez minutos, cuando Inioko lo vio ponerse en pie con la mirada chispeante.

—Oye —le dijo, volviéndose hacia el dayako—. ¿Crees que Yáñez nos sigue?

—Estoy convencido de ello, capitán. El señor Yáñez no nos abandonará en nuestra desgracia.

181

—Así lo espero yo también —dijo Sandokán—. Otro hombre, en su puesto, se hubiera aprovechado de mi desventura para huir con las inmensas riquezas que tiene en su prao, pero él no lo hará. Me quiere demasiado para traicionarme.

—¿Y qué quiere usted decir con esto, capitán?

—¡Qué nos escaparemos!

El dayako lo miró con estupor, preguntándose en su corazón si el Tigre de Malasia no habría perdido la razón.

—¡Fugarnos!... —exclamó—. ¿Y cómo? Ni siquiera tenemos un arma y además estamos encadenados.

—Tengo un medio para hacer que nos arrojen al mar.

—No lo comprendo, capitán. ¿Quién nos tirará al agua?

—Cuando un hombre muere a bordo de una nave, ¿qué se hace con él?

—Se le pone en una hamaca con una bala de cañón y se lo envía a hacer compañía a los peces.

—Y con nosotros harán otro tanto —dijo Sandokán.

—¿Quiere usted que nos suicidemos?

—Sí, pero de un modo que podamos volver a la vida.

—¡Hum!... Tengo mis dudas, Tigre de Malasia.

—Te digo que nos despertaremos vivos y sobre el libre mar.

—Si usted lo dice, debo creerle.

—Todo depende de Yáñez.

—Debe de estar lejos.

—Pero, si sigue a la corbeta, antes o después nos recogerá.

182

—¿Y luego?

—Luego volveremos a Mompracem o a Labuán para liberar a Mariana.

—Me pregunto si estoy soñando.

—¿Dudas de cuanto te he dicho?

—Un poco, capitán, lo confieso. Pienso que no tenemos ni siquiera un *kriss*.

—No nos hará falta.

—Y que estamos encadenados.

—¡Encadenados! —exclamó Sandokán—. El Tigre de Malasia puede despedazar los hierros que lo tienen prisionero. ¡A mí, mis fuerzas!... ¡Mira!...

Dobló con furor las anillas, y luego, de un tirón irresistible, las abrió y lanzó la cadena lejos de sí.

—¡Aquí tienes al Tigre libre! —gritó.

Casi en el mismo instante se abrió la escotilla de popa y crujió la escalera bajo los pasos de algunos hombres.

—¡Ahí están! —exclamó el dayako.

—¡Ahora los mato a todos!... —aulló Sandokán, poseído por un tremendo acceso de furor. Viendo en el suelo una manivela rota, la tomó e intentó lanzarse hacia la escalera. El dayako se apresuró a detenerlo.

—¿Quiere que nos maten, capitán? —le dijo—. Piense que en el puente hay otros doscientos hombres armados.

—Es verdad —respondió Sandokán, lanzando lejos de sí la manivela—. ¡El Tigre ha sido domado!...

Tres hombres avanzaron hacia ellos. Uno era un teniente de navío, probablemente el comandante de la corbeta; los otros dos eran marineros.

A una señal de su jefe, los dos hombres calaron las bayonetas y apuntaron sus carabinas hacia los dos piratas.

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del Tigre de Malasia.

—¿Tienes miedo quizá? —preguntó—. ¿O ha bajado usted, señor teniente, para presentarme estos dos hombres armados?... Le advierto que sus fusiles no me dan miedo; así que puede ahorrarse el grotesco espectáculo.

—Ya sé que el Tigre de Malasia no tiene miedo —respondió el teniente—. Simplemente he tomado precauciones.

—Y sin embargo estoy desarmado, señor.

—Pero ya no encadenado, me parece.

—No soy hombre para tener las cadenas en las manos largo tiempo.

—Una bonita fuerza, a fe mía, señor.
—Dejemos la cháchara, señor, y dígame qué quiere.
—He sido enviado aquí para ver si tiene necesidad de algún cuidado.

—No estoy herido, señor.
—Y, sin embargo, has recibido un mazazo en el cráneo.
—Que mi turbante ha sido suficiente para amortiguar.
—¡Qué hombre! —exclamó el teniente con sincera admiración.

—¿Ha terminado?

—Todavía no, Tigre de Malasia.

—Vamos, ¿qué quiere?

—Me ha enviado aquí una mujer.

—¿Mariana? —gritó Sandokán.

—Sí, *lady* Guillonk —respondió el teniente.

—Está viva, ¿verdad? —preguntó Sandokán, mientras una oleada de sangre le subía al rostro.

—Sí, Tigre de Malasia. Yo la salvé en el momento en que su prao estaba a punto de hundirse en los abismos.

—¡Oh!... ¡Hábleme de ella, se lo ruego!

—¿Con qué objeto? Yo le aconsejaría que la olvide, señor.

—¡Olvidarla!... —exclamó Sandokán—. ¡Oh!... ¡Jamás!

—*Lady* Guillonk ya está perdida para usted. ¿Qué esperanzas puede tener todavía?

—Es cierto —murmuró Sandokán con un suspiro—. Soy hombre condenado a muerte, ¿verdad?

El teniente no respondió, pero aquel silencio equivalía a una afirmación.

—Así estaba escrito —respondió Sandokán tras unos segundos—. Mis victorias debían producirme una muerte ignominiosa. ¿Adónde me conduce usted?

—A Labuán.

—¿Y me ahorcarán?

Una vez más, el teniente permaneció silencioso.

—Puede decírmelo francamente —insistió Sandokán—. El Tigre de Malasia jamás ha temblado ante la muerte.

—Lo sé. Usted la ha desafiado en más de cien abordajes y todos saben que eres el hombre más valiente que vive en Borneo.

—Entonces dígamelo todo.

—No se ha equivocado: será ahorcado.

—Hubiera preferido la muerte de los soldados.

—El fusilamiento, ¿verdad?

—Sí —respondió Sandokán.

—Yo, en cambio, le hubiera perdonado la vida y le hubiera dado un mando en el ejército de la India —dijo el teniente—. Hombres audaces y valientes como usted son raros hoy en día.

—Gracias por su buena intención, pero no me salvará de la muerte.

—Desgraciadamente no, señor. ¡¿Qué quiere?! Mis compatriotas, a pesar de que admiran su extraordinario valor, siguen teniendo miedo de usted y no vivirán tranquilos, aunque lo vieran lejos de aquí.

—Y, sin embargo, teniente, cuando me atacó yo estaba a punto de decir adiós a mi vida de pirata y a Mompracem. Quería marcharme muy lejos de estos mares, no porque

temiese a sus compatriotas, ya que, si lo hubiera querido, habría podido reunir en mi isla millares de piratas y armar centenares de praos, sino porque yo, encadenado por Mariana, después de tantos años de sangrientas batallas, deseaba una vida tranquila al lado de la mujer que amaba. El destino no ha querido que yo pueda realizar mi querido sueño. Máteme, pues: sabré morir con ánimo.

—¿Entonces no ama ya a *lady* Mariana?

—¿Que si la amo? —exclamó Sandokán con tono casi desgarrador—. No puede hacerse una idea de la pasión que esa muchacha ha despertado en mi corazón. Escúcheme, ponga aquí Mompracem y allí a Mariana: abandonaré la primera por la segunda. Deme la libertad con la condición de no volver a ver jamás a esa muchacha y me verá rechazarla. ¿Qué más quiere? ¡Míreme! ¡Estoy desarmado, solo, y, sin embargo, si tuviera la más mínima esperanza de poder salvar a Mariana, me sentiría capaz de cualquier esfuerzo, incluso de abrir los flancos de este buque, para mandarlos a todos al fondo del mar!

—Somos más numerosos de lo que usted cree —dijo el teniente con una sonrisa de incredulidad—. Sabemos lo que vale y de lo que sería capaz, hemos tomado nuestras precauciones para reducirlo a la impotencia. Así que no intente nada: todo sería inútil. Una bala de fusil puede matar al hombre más valeroso del mundo.

—¡La preferiría antes que la muerte que me espera en Labuán! —dijo Sandokán con profunda desesperación.

—Le creo, Tigre de Malasia.

—Pero todavía no estamos en Labuán y podría suceder cualquier cosa antes de que llegásemos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el teniente, mirándolo con cierta aprensión—. ¿Piensa suicidarse?

—¿Qué puede importarle eso? Que yo muera de un modo u otro, el resultado sería idéntico.

—Quizá no se lo impediría —dijo el teniente—. Le confieso que me desagradaría mucho verlo ahorcado.

Sandokán estuvo un momento silencioso, mirándolo fijamente como si dudase de la veracidad de sus palabras, y luego preguntó:

—¿No se opondrá a mi suicidio?

—No —respondió el teniente—. A un valiente como usted yo no le negaría ese favor.

—Entonces considéreme hombre muerto.

—Pero yo no le ofreceré los medios para acabar con su vida.

—Tengo conmigo lo necesario.

—¿Algún veneno quizá?

—Fulminante. Sin embargo, antes de irme al otro mundo, quisiera pedirle un favor.

—A un hombre que está a punto de morir no se le puede negar nada.

—Quisiera ver a Mariana por última vez.

El teniente se quedó mudo.

—Se lo ruego —insistió Sandokán.

—He recibido la orden de mantenerlos separados, en el caso de tener la fortuna de capturarlos. Y creo que

sería mejor para usted y para *lady* Mariana impedirles que se vuelvan a ver. ¿Por qué hacerla llorar?

—¿Me lo niega por un refinamiento de crueldad? No creía que un valiente marinero podría convertirse en un verdugo.

El teniente palideció.

—Le juro que tengo esa orden —declaró—. Me desagrada que dude de mi palabra.

—Perdóneme —dijo Sandokán.

—No le guardo rencor y, para demostrarle que jamás he tenido ningún odio contra un valiente como usted, le prometo traerle aquí a *lady* Guillonk. Pero le ocasionará un gran dolor.

—No le diré palabra del suicidio.

—Entonces, ¿qué quiere decirle?

—He dejado inmensos tesoros en un lugar escondido y todos lo ignoran.

—¿Y quiere dárselos a ella?

—Sí, para que disponga de ellos como mejor le parezca. Teniente, ¿cuándo podré verla?

—Antes de esta noche.

—Gracias, señor.

—Pero prométame no hablarle de su suicidio.

—Tiene mi palabra. Sin embargo, créame, es atroz tener que morir, ahora que creía gozar de la felicidad al lado de la mujer que tanto amo.

—Le creo.

—Habría hecho mejor hundiendo mi prao en alta mar. Al menos habría bajado a los abismos marinos abrazado a mi prometida.

—¿Y adónde iban cuando nuestros barcos los atacaron?

—Lejos, muy lejos, quizá a la India o a cualquier isla del gran océano. En fin, todo ha terminado. Cúmplase mi destino.

—Adiós, Tigre de Malasia —dijo el teniente.

—Tengo su promesa.

—Dentro de unas horas volverá a ver a *lady* Mariana.

El teniente llamó a los soldados, que habían liberado de las cadenas a Inioko, y volvió a subir lentamente a cubierta. Sandokán se quedó allí mirándolo, con los brazos cruzados y una extraña sonrisa en los labios.

—¿Le ha traído buenas noticias? —preguntó Inioko acercándose.

—Esta noche seremos libres —respondió Sandokán.

—¿Y si la fuga resultase fallida?

—Entonces abriremos los flancos de este buque y moriremos todos: nosotros, pero también ellos. Sin embargo, esperemos, Mariana nos ayudará.

189

XIII. La fuga

Después de que se había marchado el teniente, Sandokán se sentó en la última grada de la escalera, con la cabeza apretada entre las manos, sumido en profundos pensamientos. Un dolor inmenso se transparentaba en

sus facciones. Si hubiera sido capaz de llorar, muchísimas lágrimas hubieran bañado sus mejillas.

Inioko se había acuclillado a corta distancia, mirando con ansiedad a su jefe. Viéndolo absorto en sus pensamientos, no se atrevió a preguntarle otra vez sobre sus futuros proyectos.

Habían transcurrido quince o veinte minutos cuando la escotilla volvió a abrirse. Sandokán, al ver entrar un rayo de luz, se levantó con precipitación, mirando hacia la escalera.

Una mujer bajaba rápidamente. Era la joven de los cabellos de oro, estaba pálida, casi lívida y lacrimosa. La acompañaba el teniente, quien tenía la mano derecha sobre la culata de una pistola que llevaba en la cintura.

190

Sandokán se lanzó hacia su prometida y la estrechó contra el pecho nerviosamente.

—¡Amor mío! —exclamó llevándola al extremo más alejado de la bodega, mientras el teniente se sentaba en medio de la escalera con los brazos cruzados y la frente oscurecida—. ¡Por fin te vuelvo a ver!

—Sandokán —murmuró ella, estallando en sollozos—. ¡Creí que no volvería a verte jamás!

—Valor, Mariana; no llores, cruel; seca esas lágrimas que me destrozan.

—Tengo roto el corazón, mi valiente amigo. ¡Ah, no quiero que mueras, no quiero que te separen de mí! Yo te defenderé contra todos, te liberaré, quiero que sigas siendo mío.

—¡Tuyo! —exclamó Sandokán, con un profundo suspiro—. Sí, volveré a ser tuyo, pero ¿cuándo?

—¿Por qué cuándo?

—¿Pero no sabes, desventurada criatura, que me llevan a Labuán para matarme?

—Yo te salvaré.

—Quizá sí; si me ayudarás...

—¡Entonces tienes un plan! —exclamó Mariana delante de alegría.

—Sí, si Dios me protege. Escúchame, amor mío.

Lanzó una mirada suspicaz sobre el teniente, que no se había movido de su sitio, y luego, llevando a la joven lo más lejos posible, le dijo:

—Estoy planeando una fuga y tengo la esperanza de conseguirlo, pero tú no podrás venir conmigo.

—¿Por qué, Sandokán? ¿Dudas de que sea capaz de seguirte? ¿Temes acaso que me falte valor para afrontar los peligros? Soy enérgica y ya no temo a nadie; si quieres, apuñalaré a tu centinela o haré saltar este buque con todos los hombres que lo tripulan, si es necesario.

—Es imposible, Mariana. Daría la mitad de mi sangre por llevarte conmigo, pero no puedo. Me es necesaria tu ayuda para huir, o todo sería inútil; pero te juro que no permanecerás mucho tiempo entre tus compatriotas, aunque tenga que reclutar con mis riquezas un ejército y guiarlo contra Labuán.

Mariana escondió la cabeza entre las manos y cálidas lágrimas inundaron su bello rostro.

—Me quedaré aquí sola, sin ti —murmuró con un tono desgarrador.

—Es necesario, mi pobre niña. Escúchame ahora.

Extrajo de su pecho una minúscula cajita y, abriéndola, mostró a Mariana unas píldoras de un color rosáceo, que despedían un olor muy penetrante.

—¿Ves estas bolitas? —le preguntó—. Contienen un veneno potente pero no mortal, que tiene la propiedad de suspender la vida, en un hombre robusto, durante seis horas. Es un sueño que se parece perfectamente a la muerte y que engaña al médico más experto.

—¿Y qué quieres hacer?

—Inioko y yo ingeriremos una cada uno; nos creerán muertos, nos arrojarán al mar, pero luego resucitaremos libres sobre el agua.

—¿Pero no se ahogarán?

—No, porque para eso cuento contigo.

—¿Qué tengo que hacer? Habla, ordena, Sandokán; estoy dispuesta a todo, con tal de volver a verte libre.

—Son las seis —dijo el pirata, sacando su cronómetro—. Dentro de una hora, mi compañero y yo ingeriremos las píldoras y daremos un agudo grito. Tú señalarás exactamente en tu reloj el minuto siguiente a aquel en que se oiga el grito, y contarás seis horas y dos segundos antes de hacer que nos arrojen al mar. Procurarás que nos dejen sin hamaca y sin bala a los pies e intentarás que arrojen algo flotante que pueda ayudarnos después, y, si es posible, procura esconder algún arma bajo nuestras vestiduras. ¿Me has comprendido bien?

—Todo lo he grabado en mi memoria, Sandokán. Pero luego, ¿adónde irán?

—Tengo la seguridad de que Yáñez nos sigue y nos recogerá. Luego reuniré armas y piratas y vendré a liberarte, aunque tenga que pasar a Labuán mediante hierro y fuego, aunque tenga que exterminar a todos sus habitantes.

Se detuvo, clavándose las uñas en las carnes.

—¡Maldito sea el día en que me llamé el Tigre de Malasia, maldito sea el día en que me hice vengador y pirata, encadenando contra mí el odio de los pueblos, ese odio que se interpone, como un horrible espectro, entre mí y esta divina muchacha! ¡Si no hubiera sido nunca cruel y sanguinario, al menos no estaría hoy encadenado a bordo de este barco, ni arrastrado hacia el patíbulo, ni separado jamás de esta mujer a quien amo tan intensamente!

—¡Sandokán! No hables así.

—Sí, tienes razón, perla de Labuán. Deja que te contemple por última vez —dijo al ver que el teniente se levantaba y se aproximaba.

Levantó el rubio cabello de Mariana y la besó en el rostro como un demente.

—¡Cuánto te amo, sublime criatura!... —exclamó, fuera de sí—. ¡Y tener que separarnos!...

Ahogó un gemido y se secó rápidamente una lágrima que le rodaba por sus mejillas.

—Vete, Mariana, vete —dijo bruscamente—. ¡Si sigues aquí, voy a llorar como un niño!

—¡Sandokán!... ¡Sandokán!...

El pirata escondió el rostro entre las manos y dio dos pasos hacia atrás.

—¡Ah! ¡Sandokán! —exclamó Mariana, con un tono desgarrador.

Quiso lanzarse hacia él, pero le faltaron las fuerzas y cayó en los brazos del teniente, que se había aproximado.

—¡Márchate! —gritó el Tigre de Malasia, volviéndose hacia otra parte y ocultando el rostro.

Cuando se volvió de nuevo, la escotilla había sido ya cerrada.

—¡Todo ha terminado! —exclamó Sandokán con voz triste—. Ya no me queda más que dormirme sobre las aguas del mar malayo. ¡Si un día pudiera volver a ver feliz a la mujer que tanto amo!

194

Se dejó caer al pie de la escalera con el rostro entre las manos y así permaneció una hora. Inioko le sacó de aquella muda desesperación.

—Capitán —dijo—, ánimo; no desesperemos todavía.

Sandokán se levantó con un gesto enérgico.

—Huyamos.

—No pido nada mejor.

Sacó la cajita y extrajo dos píldoras, alargándole una al dayako.

—Tienes que ingerirla a mi señal —dijo.

—Estoy preparado.

Sandokán sacó el reloj y miró.

—Son las siete menos dos minutos —prosiguió Sandokán—. Dentro de seis horas volveremos a la vida en el libre mar.

Cerró los ojos e ingirió la píldora, mientras Inioko lo imitaba. Pronto se vio a los dos hombres retorcerse como bajo un violento e imprevisto espasmo, de modo que cayeron al suelo dando dos penetrantes alaridos.

Aquellos gritos, a pesar del bufido de las máquinas y del fragor de las olas levantadas por las potentes ruedas, fueron oídos en cubierta por todos, especialmente por Mariana que ya los estaba esperando, presa de mil ansiedades.

El teniente bajó precipitadamente a la bodega, seguido de algunos oficiales y del médico a bordo. Al pie de la escalera chocó contra los dos presuntos cadáveres.

—Están muertos —dijo—. Ha sucedido lo que temía.

El médico los examinó, pero no pudo hacer otra cosa que constatar la muerte de los prisioneros.

Mientras los marineros los levantaban, el teniente volvió a subir a cubierta y se acercó a Mariana, que seguía apoyada en la amura de babor, haciendo esfuerzos sobrehumanos para sofocar el dolor que la oprimía.

—*Milady* —le dijo—, al Tigre de Malasia y a su compañero les ha sucedido una desgracia.

—La adivino... Están muertos.

—Así es, *milady*.

—Señor —dijo ella, con voz rota, pero enérgica—. Vivos le pertenecían a usted; muertos me pertenecen a mí.

—Le doy libertad para que haga con ellos lo que más le guste, pero quiero darle un consejo.

—¿Cuál?

—Hágalos arrojar al mar antes de que el crucero llegue a Labuán. Su tío podría ahorcar a Sandokán incluso muerto.

—Acepto su consejo. Mande usted a llevar los dos cadáveres a popa y déjeme sola con ellos.

El teniente se inclinó y dio las órdenes necesarias para que se hiciera la voluntad de la joven *lady*.

Un momento después los dos piratas eran colocados sobre dos tablas y transportados a popa, dispuestos a ser arrojados al mar.

Mariana se arrodilló junto a Sandokán, que se había puesto rígido, y contempló muda aquel rostro descompuesto por la poderosa acción del narcótico, pero que conservaba todavía su varonil ferocidad que infundía temor y respeto.

196

Esperó a que nadie se fijase en ella y a que fuesen cayendo las tinieblas, luego se extrajo del corsé dos puñales y los escondió bajo las vestiduras de los dos piratas.

—Al menos podrán defenderse, mis valientes —murmuró con profunda emoción.

Luego se sentó a sus pies, contando en el reloj hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo, con paciencia inaudita.

A la una menos diez minutos se levantó, pálida, pero resuelta. Se aproximó a la amura de babor y, sin ser vista, desató dos salvavidas y los arrojó al mar; luego se dirigió hacia proa y se detuvo ante el teniente que parecía esperarla.

—Señor —dijo—, cúmplase la última voluntad del Tigre de Malasia.

A una orden del teniente, cuatro marineros se dirigieron a popa y alzaron las dos tablas, sobre las que yacían los cadáveres, hasta lo alto del costado del buque.

—Todavía no —dijo Mariana, rompiendo a llorar.

Se aproximó a Sandokán y posó sus labios sobre los de él. Sintió en aquel contacto una leve tibieza y una especie de gemido. Un momento de vacilación y todo estaría perdido.

Retrocedió rápidamente y con voz sofocada dijo:

—¡Déjenlos caer!

Los marineros alzaron las dos tablas y los piratas se deslizaron hacia el mar, hundiéndose en las negras olas, mientras el buque se alejaba rápidamente, llevándose a la desventurada joven hacia las costas de la isla maldita.

197

XIV. Yáñez

La suspensión de la vida, como había dicho Sandokán, debía durar seis horas, ni un segundo más ni un segundo menos, y en efecto así sucedió, pues, apenas fueron lanzados al abismo, los dos piratas volvieron rápidamente en sí sin experimentar la más mínima alteración de sus fuerzas.

Subieron a la superficie de un vigoroso impulso y enseguida echaron un vistazo a su alrededor. A menos de

un cable de distancia vieron el crucero, el cual se alejaba a poca máquina hacia oriente.

El primer movimiento de Sandokán fue seguirlo, mientras Inioko, completamente aturdido todavía por aquella extraña y para él inexplicable resurrección, nadaba prudentemente hacia alta mar.

El Tigre, sin embargo, se detuvo casi súbitamente, dejándose mecer entre las olas, pero con los ojos fijos en aquel barco que le arrebatava a la desgraciada muchacha. Un grito ahogado de angustia le irrumpió desde el pecho, pero murió entre sus labios.

—¡Perdida! —exclamó con voz semiapagada por el dolor.

Un arranque de locura se apoderó de él y durante un buen trecho se puso a seguir al vapor, debatiéndose furiosamente entre las aguas. Al cabo se detuvo, mirando siempre al buque, que poco a poco iba perdiéndose entre las tinieblas.

—¡Te me escapas, horrible nave, llevándote la mitad de mi corazón! ¡Pero por más extenso que sea el océano, te alcanzaré un día y descuartizaré tus flancos!

Se deslizó rápidamente sobre las olas y alcanzó a Inioko, quien lo esperaba muy inquieto.

—Vamos —dijo con voz estrangulada—. Ahora todo ha terminado.

—Ánimo, capitán; la salvaremos y quizá más pronto de lo que usted cree.

—¡Calla! No vuelvas a abrir la herida que aún sangra.

—Busquemos al señor Yáñez, capitán.

—Sí, busquémoslo, porque solo él puede salvarnos.

El vasto mar de Malasia se extendía a su alrededor, sepultado en espesas tinieblas, sin un islote donde arribar, sin una vela o una luz que señalase la presencia de una nave amiga o enemiga.

Por todas partes no se veían más que olas espumantes que chocaban entre sí con fragor, levantadas por el airecillo nocturno.

Los dos nadadores, para no gastar sus fuerzas tan apreciadas en medio de aquel terrible oleaje, avanzaban lentamente, a corta distancia uno de otro, buscando con avidez alguna luz sobre la oscura superficie.

De cuando en cuando, Sandokán se detenía para volverse hacia oriente, como si intentase descubrir todavía el farol del vapor; enseguida volvía a nadar dando profundos suspiros.

Habrían recorrido ya una milla y comenzaban a desembarazarse de sus ropas para tener mayor libertad de movimientos, cuando Inioko chocó con un objeto flexible.

—¡Un tiburón! —exclamó, estremeciéndose y levantando el puñal.

—¿Dónde? —preguntó Sandokán.

—Pero... no, no es un tiburón —respondió el dayako—. Me parece una boya.

—¡Es un salvavidas arrojado por Mariana! —exclamó Sandokán—. ¡Ah, divina muchacha!

—Esperemos que no venga solo.

—Busquemos, amigo mío.

Se pusieron a nadar en redondo buscando por todas partes y, al cabo de unos minutos, lograron encontrar el otro, que no se había alejado demasiado del primero.

—Esta sí que es una suerte que no me esperaba —dijo Inioko en tono alegre—. ¿Adónde nos dirigimos ahora?

—La corbeta venía del noroeste; así pues, creo que en esa dirección podremos encontrar a Yáñez.

—¿Lo encontraremos?

—Eso espero —respondió Sandokán.

—Tendremos que esperar varias horas. El viento es débil y el prao del señor Yáñez no debe de avanzar mucho.

—¿Qué importa? —dijo Sandokán.

—¿Y no piensa en los tiburones, capitán? Usted sabe que en estos mares abundan esos ferocísimos animales.

Sandokán se estremeció involuntariamente y echó a su alrededor una mirada inquieta.

—Hasta ahora no he visto emerger ninguna cola, ni aleta —dijo al fin—. Esperemos que los tiburones nos dejen tranquilos. Vamos, lancémonos hacia el noroeste. Si no encontrásemos a Yáñez, continuando en esa dirección arribaríamos a Mompracem o a alguno de los arrecifes que se extienden hacia el sur.

Se aproximaron el uno al otro con el fin de estar mejor preparados para protegerse en caso de peligro y se pusieron a nadar en la dirección elegida, intentando sin embargo economizar sus fuerzas, porque no ignoraban que la tierra estaba muy lejos.

A pesar de que ambos estaban decididos a todo, el miedo de ser sorprendidos de un momento a otro por algún tiburón había logrado hacerse camino en sus corazones.

Especialmente Inioko se sentía asaltado por un verdadero terror. De cuando en cuando se detenía para mirar a

su espalda, creyendo oír detrás de sí coletazos y roncospaspiros. Instintivamente encogía las piernas por miedo de sentir las tronchadas por los formidables dientes de los tigres del mar.

—Yo no había experimentado jamás el miedo —decía—. He tomado parte en más de cincuenta abordajes, he matado con mis propias manos a no pocos enemigos y hasta me he medido con los grandes simios de Borneo, incluso con los tigres de la jungla. Sin embargo, ahora estoy temblando como si tuviera fiebre. La idea de encontrarme de improviso delante de uno de esos ferocísimos animales hace que la sangre se me hiele. Capitán, ¿usted no ve nada?

—No —respondía invariablemente Sandokán con voz tranquila.

—Es que me ha parecido oír otra vez detrás de mí un ronco suspiro.

—Es efecto del miedo. Yo no he oído nada.

—¿Y ese chapoteo?

—Ha sido producido por mis pies.

—Mis dientes están entrechocando.

—Tranquilo, Inioko. Estamos armados de fuertes puñales.

—¿Y si los tiburones nos atacan por debajo del agua?

—Nos sumergiremos también nosotros y nos enfrentaremos con ellos resueltamente.

—¿Y al señor Yáñez no se lo ve por ninguna parte!

—Debe estar todavía muy lejos.

—¿Lo encontraremos, capitán?

—Tengo esa esperanza... Yáñez me quiere demasiado para haberme abandonado a mi triste destino. El corazón me dice que viene siguiendo a la corbeta.

—Pero no se le ve aparecer.

—Paciencia, Inioko. El viento aumenta poco a poco y hará correr al prao.

—Y con el viento tendremos también olas.

—Esas no nos dan miedo a nosotros.

Continuaron nadando, el uno al lado del otro, durante otra hora, escudriñando siempre atentamente el horizonte y echando ojeadas a su alrededor por miedo de ver aparecer los temidos animales; luego ambos se detuvieron y se miraron uno a otro.

—¿Has oído? —preguntó Sandokán.

—Sí —respondió el dayako.

—El silbido de una nave de vapor, ¿verdad?

—Sí, capitán.

—¡Mantente firme!

Se apoyó en los hombros del dayako y de un impulso sacó más de medio cuerpo fuera del agua. Mirando hacia el norte, vio dos puntos luminosos que surcaban el mar a una distancia de dos o tres millas.

—Una nave avanza hacia nosotros —dijo con voz un poco conmovida.

—Entonces podemos hacer que nos recoja —dijo Inioko.

—No sabemos a qué nación pertenece, ni si es mercantil o de guerra.

—¿De dónde viene?

—Del norte.

—Peligrosa ruta, capitán.

—Eso pienso también yo. Puede ser una de las naves que ha tomado parte en el bombardeo de Mompracem y que va en busca del prao de Yáñez.

—¿Y la dejaremos marchar sin que nos recoja?

—La libertad cuesta demasiado cara para perderla nuevamente, Inioko. Si llegaran a apresarnos por segunda vez, ya sí que no nos salvaría nadie y tendría que renunciar para siempre a la esperanza de volver a ver a Mariana. Pero puede ser una nave mercantil.

Volvió a apoyarse en los hombros de Inioko, mirando atentamente ante sí. Como la noche no era muy oscura, pudo distinguir claramente la nave que se dirigía a su encuentro.

—¡Ni un grito, Inioko! —exclamó, volviendo a caer en el agua—. Es un barco de guerra, estoy seguro.

—¿Grande?

—Me parece un crucero.

—¿Será inglés?

—No cabe duda acerca de su nacionalidad.

—¿Lo dejaremos pasar?

—No podemos hacer absolutamente nada. Prepárate para sumergirte, porque esa nave pasará a poca distancia de nosotros. Ánimo, amigo, abandonemos los salvavidas y estemos preparados.

El crucero —al menos tal lo creía Sandokán y quizá con razón— avanzaba rápidamente, levantando a sus lados verdaderas oleadas a causa de las ruedas. Su dirección

se mantenía hacia el sur, así que debía pasar a poquísima distancia de los dos piratas.

Sandokán e Inioko, apenas lo vieron a ciento cincuenta metros, se hundieron poniéndose a nadar bajo el agua.

En el momento en que volvían a salir a la superficie para respirar, oyeron una voz que gritaba:

—Juraría haber visto dos cabezas a babor. Si no estuviera seguro de que tenemos a popa un tiburón, mandaré echar al agua un bote.

Al oír aquellas palabras, Sandokán e Inioko volvieron a zambullirse enseguida, pero su inmersión duro poco.

Por fortuna para ellos, cuando reaparecieron, vieron al buque alejarse rápidamente hacia el sur.

Se encontraban entonces en medio de la estela blanquecina de espuma. Las olas levantadas por las ruedas los bamboleaban de derecha a izquierda, lanzándolos unas veces hacia arriba y otras precipitándolos en los torbellinos.

—Capitán, en guardia —gritó el dayako—. Tenemos uno de esos animales en nuestras aguas. ¿Ha oído a ese marinero?

—Sí —respondió Sandokán—. Prepara el puñal.

—¿Seremos atacados?

—Eso me temo, mi pobre Inioko. Esos monstruos ven mal, pero tienen un olfato increíble. El maldito no habrá seguido a la nave, te lo aseguro.

—Tengo miedo, capitán —dijo el dayako, que se agitaba entre las olas como el diablo en la pila del agua bendita.

—Estate tranquilo. Hasta ahora no lo veo.

—Puede atacarnos bajo el agua.

—Entonces lo sentiremos llegar.

—¿Y los salvavidas?

—Están delante de nosotros. Dos brazadas más y los alcanzaremos.

—No me atrevo ni a moverme, capitán.

El pobre hombre estaba poseído de un espanto tal que sus miembros se negaban casi a moverse.

—Inioko, no pierdas la cabeza —le aconsejó Sandokán—. Si te preocupa salvar las piernas, no puedes quedarte ahí, medio atontado. Agárrate a tu salvavidas y saca el puñal.

El dayako, reponiéndose un poco, obedeció y alcanzó su anillo de goma, que se balanceaba justamente en medio de la espuma de la estela.

—Ahora vamos a ver dónde está ese pez martillo —dijo Sandokán—. Quizá podamos escapar de él.

205

Por tercera vez se apoyó en Inioko y se lanzó fuera del agua, echando a su alrededor una rápida mirada.

Allá, en medio de la cándida espuma, descubrió una especie de gigantesco martillo que surgió de improviso entre las aguas.

—En guardia —dijo a Inioko—. No está a más de cincuenta o sesenta metros de nosotros.

—¿No ha seguido a la nave? —preguntó el dayako, castañeando los dientes.

—Ha percibido el olor de la carne humana —respondió Sandokán.

—¿Vendrá a buscarnos?

—Dentro de poco lo sabremos. No te muevas y no abandones el puñal.

Se aproximaron el uno al otro y se quedaron inmóviles, esperando con ansiedad el final de aquella peligrosa aventura.

Sandokán e Inioko permanecieron inmóviles algunos minutos, escuchando atentamente y, luego, al no oír nada, comenzaron a realizar una prudente retirada.

Habían recorrido ya cincuenta o sesenta metros, cuando de improviso vieron aparecer a corta distancia la repugnante cabeza de un tiburón martillo.

El monstruo lanzó sobre los dos nadadores una fea mirada con reflejos amarillentos y dio un ronco suspiro que parecía como un lejanísimo trueno.

206

Se mantuvo quieto por unos instantes, dejándose mecer por las olas, para luego precipitarse hacia adelante, azotando furiosamente las aguas.

—¡Capitán! —exclamó Inioko.

El Tigre de Malasia, que empezaba a perder la paciencia, en vez de seguir retirándose, abandonó bruscamente el salvavidas y, colocándose el puñal entre los dientes, se movió resueltamente contra el animal.

—¡También tú vienes contra mí! —gritó—. ¡Veremos si el tigre del mar será más fuerte que el Tigre de Malasia!

—Déjelo marchar, capitán —suplicó Inioko.

—Quiero acabar con él —respondió Sandokán con ira—. ¡A nosotros, condenado martillo!

El tiburón, espantado por el fuerte grito y por la actitud de Sandokán, en vez de continuar su carrera se detuvo,

deslizándose de derecha a izquierda en las olas, y luego se sumergió.

—Viene por debajo, capitán —gritó el dayako.

Se equivocaba. El animal volvió un instante después a la superficie y, contrariamente a sus instintos feroces, en vez de volver a intentar el ataque se lanzó hacia alta mar, jugueteando con la estela que dejó la nave.

Sandokán e Inioko se quedaron quietos durante unos instantes, siguiéndolo con la vista y, luego, al ver que no pensaba más en ellos, al menos por el momento, reemprendieron la retirada dirigiéndose hacia el noroeste.

El peligro no había cesado todavía, pues el tiburón, a pesar de que continuaba jugueteando, no los perdía de vista. De vez en cuando sacaba la mitad del cuerpo fuera del agua para asegurarse de la dirección de los nadadores y enseguida ganaba el camino perdido, sosteniéndose siempre a una distancia de cincuenta o sesenta metros. Probablemente esperaba el momento propicio para intentar el ataque.

En efecto: poco después Inioko, que se encontraba un poco más atrás, lo vio avanzar rumorosamente, sacudiendo la cabeza y lanzando poderosos coletazos.

Dibujó en torno a los dos nadadores un círculo y comenzó a dar vueltas, unas por encima y otras por debajo del agua, tendiendo siempre a estrechar más sus giros.

—¡Cuidado, capitán! —gritó Inioko.

—Estoy preparado para recibirlo —dijo Sandokán.

—Y yo para ayudarle.

—¿Se te ha pasado el miedo?

—Empiezo a esperar que así sea.

—No sueltes el salvavidas hasta que yo te lo diga. Intentemos entretanto forzar el cerco.

Con la mano izquierda sujeta en torno al flotador, con la derecha armada del puñal, los dos piratas se pusieron a batirse en retirada, volviendo siempre la cara hacia el animal. Este no los abandonaba, sino que continuaba ciñéndolos más de cerca, levantando con auténticas olas y enseñando sus agudos dientes que blanqueaban sinies-tramente la oscuridad.

De pronto dio un salto gigantesco saliendo completamente del agua y se precipitó sobre Sandokán que estaba más cerca de él.

208

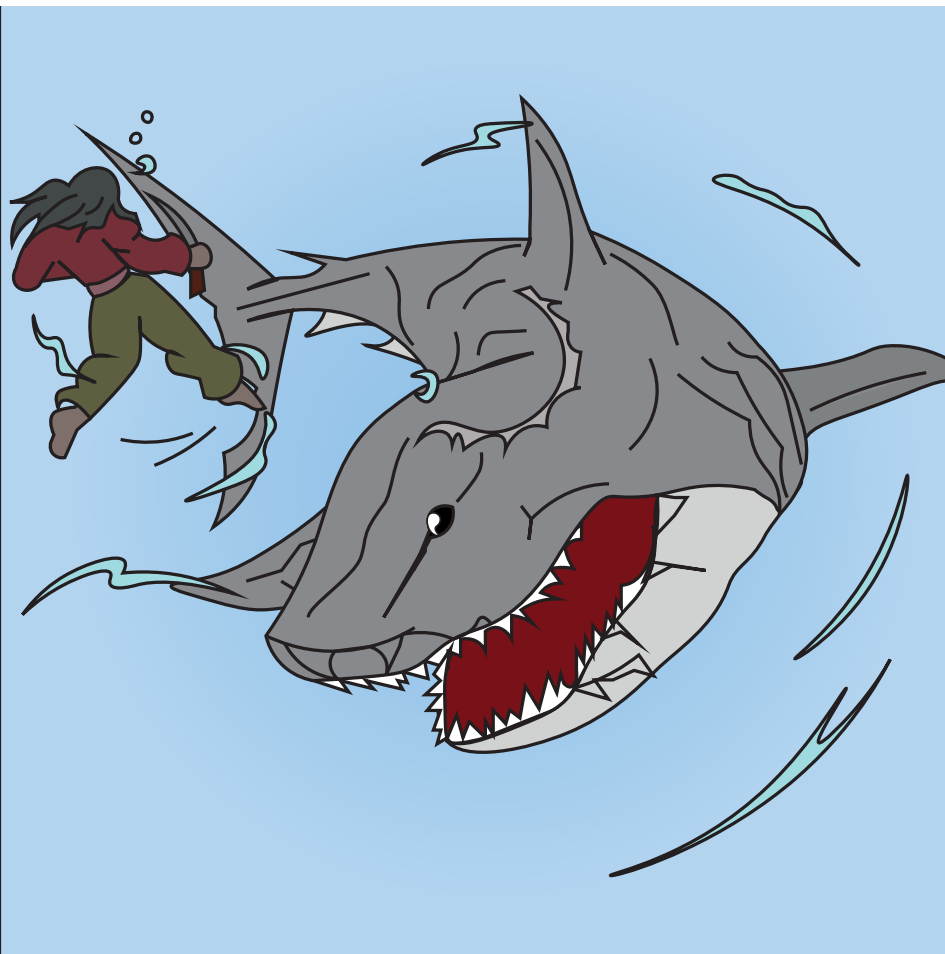
El Tigre de Malasia, abandonando el salvavidas, se dispuso a sumergirse, mientras Inioko que había recobrado su audacia ante la inminencia del peligro se lanzaba hacia adelante con el puñal levantado.

El tiburón, al ver a Sandokán desaparecer bajo el agua, de un coletazo fue al ataque de Inioko y se sumergió al mismo tiempo.

Sandokán lo esperaba. Apenas lo vio cerca, se lanzó encima de él, aferrándolo por una aleta del dorso, y de una terrible puñalada le desgarró el vientre.

El enorme pez, herido quizá de muerte, con una brusca contorsión se liberó del adversario, que estaba a punto de intentar de nuevo el golpe, y volvió a subir a la superficie.

Al ver a dos brazadas al dayako, se deslizó sobre el dorso para cortarlo en dos, pero Sandokán seguía sumergido.



El puñal, que ya había herido a la bestia, la golpeó una vez más, ahora en medio del cráneo y con tal fuerza que la hoja se le quedó allí clavada.

—¡Y toma también estas! —gritó el dayako, acribillándolo a puñaladas.

El tiburón se sumergió finalmente y para siempre, dejando en la superficie una gran mancha de sangre, que se ensanchaba rápidamente.

—Creo que no volverá más a la superficie —dijo Sandokán—. ¿Qué me dices ahora, Inioko?

El dayako no respondió. Apoyándose en el salvavidas, intentaba alzarse para lanzar lejos sus miradas.

—¿Qué buscas? —le preguntó Sandokán.

—¡Allá..., mire..., hacia el noroeste! —gritó Inioko—. ¡Por allá!... ¡Veo una gran sombra..., un velero!

210

—¿Yáñez, quizá? —preguntó Sandokán con viva emoción.

—La oscuridad es demasiado profunda para distinguirla bien, pero siento que el corazón me late de prisa, capitán.

—Déjame que suba sobre tus hombros.

El dayako se aproximó, y Sandokán, apoyándose en él, sacó más de medio cuerpo fuera de las olas.

—¿Qué ve, capitán?

—¡Es un prao! ¡Si fuera él!... ¡Maldición!

—¿Por qué maldices?

—Son tres los barcos que avanzan.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Habrá encontrado Yáñez ayuda?

—¡Es imposible!

—¿Qué hacemos entonces? Llevamos nadando ya más de tres horas y le confieso que comienzo a estar cansado.

—Te comprendo; amigos o enemigos, haremos que nos recojan. Pide ayuda.

Inioko reunió sus propias fuerzas y con voz tronante gritó:

—¡Eh, del barco!... ¡Auxilio!...

Un momento después se oyó en el mar un tiro de fusil y una voz que gritaba:

—¿Quién llama?

—Náufragos.

—¡Esperen allí!

Enseguida se vio a los tres barcos dar una bordada y aproximarse rápidamente, pues el viento ya era un tanto fuerte.

—¿Dónde están? —preguntó la voz de antes.

—Aquí cerca —respondió Sandokán.

Siguió un breve silencio y luego exclamó otra voz:

—¡Por Júpiter!... ¡O mucho me equivoco o es él!...

¿Quién vive?

Sandokán, de un impulso, salió de las olas hasta la mitad del cuerpo, gritando:

—¡Yáñez!... ¡Yáñez!... ¡Soy yo, el Tigre de Malasia!

A bordo de los tres barcos se elevó un solo grito:

—¡Viva el capitán!... ¡Viva el Tigre!

El primer prao estaba ya cerca. Los dos nadadores se agarraron a una cuerda que les habían lanzado y subieron hasta el puente con la rapidez de dos auténticos monos.

Un hombre se arrojó hacia Sandokán, estrechándolo contra su pecho con fuerza.

—¡Ah, mi pobre hermano! —exclamó—. ¡Creí que ya no volvía a verte jamás!

Sandokán abrazó al bravo portugués, mientras la tripulación seguía gritando:

—¡Viva el Tigre!

—Ven a mi camarote —dijo Yáñez—. Tienes que contarme muchas cosas que deseo ardientemente conocer.

Sandokán lo siguió sin hablar y bajaron al camarote, mientras los barcos proseguían el viaje con todas las velas desplegadas.

212

El portugués destapó una botella de ginebra y se la pasó a Sandokán, que vació varios vasos, uno tras otro.

—Vamos, cuenta: ¿cómo es que ahora te recojo en el mar, cuando yo sospechaba que estabas prisionero o muerto a bordo del barco de vapor que voy siguiendo encarnizadamente desde hace veinte horas?

—¡Ah! ¿Seguías al crucero? Lo sospechaba.

—¡Por Júpiter! Dispongo de tres barcos y de ciento veinte hombres, ¿y no quieres que lo siga?

—Pero ¿dónde has podido reunir tantas fuerzas?

—¿Sabes quiénes son los comandantes de los dos barcos que me siguen?

—Desde luego que no.

—Paranoa y Maratúa.

—¿Entonces no se hundieron durante la borrasca que nos sorprendió junto a Labuán?

—Como ves, no. Maratúa fue arrojado hacia la isla de Pulo Gaya y Paranoa se refugió en la bahía de Ambong. Se detuvieron allí varios días para reparar las graves averías sufridas y después marcharon a Labuán, donde se encontraron. Al no hallarnos en la bahía, volvieron a Mompracem; los encontré ayer por la tarde, cuando estaban ya decididos a dirigirse a la India, sospechando que nosotros nos habríamos dirigido allí.

—¿Y desembarcaron en Mompracem? ¿Quién ocupa ahora mi isla?

—Nadie, pues los ingleses la abandonaron después de haber incendiado nuestro poblado y de haber hecho saltar los últimos bastiones.

—Es mejor así —murmuró Sandokán, suspirando.

—Y ahora, ¿qué te ha ocurrido a ti? Te vi abordar el buque mientras yo reventaba la cañonera a cañonazos, después oí los hurras de victoria de los ingleses y luego nada más. Huí al menos para salvar los tesoros que llevaba, pero después me eché tras las huellas del crucero, con la esperanza de alcanzarlo y abordarlo.

—Caí sobre el puente del barco enemigo, medio machacado de un mazazo, y fui hecho prisionero junto con Inioko. Las píldoras que, como tú sabes, llevaba siempre conmigo me han salvado.

—Comprendo —dijo Yáñez estallando en una carcajada—. Los lanzaron al mar creyéndolos muertos. ¿Pero qué ha sido de Mariana?

—Está prisionera en el crucero —respondió Sandokán con voz sombría.

—¿Quién conducía el buque?

—El *baronet*, pero lo maté en la batalla.

—Me lo había imaginado. ¡Por Baco! Qué mal fin ha tenido ese pobre rival.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Qué harías tú?

—Seguiría al barco de vapor y lo abordaría.

—Es lo que iba a proponerte. ¿Sabes hacia dónde se dirige el buque?

—Lo ignoro, pero me parece que navegaba hacia las Tres Islas cuando lo dejé.

—¿Qué irá a hacer allí? Aquí hay gato encerrado, hermanito mío. ¿Navegaba muy deprisa?

—A unos ocho nudos por hora.

—¿Qué ventaja puede llevarnos?

—Quizá treinta millas.

—Entonces podemos alcanzarlo si el viento se mantiene bueno, pero...

Yáñez se interrumpió al oír en el puente un movimiento insólito y un agudo vocerío.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Habrán descubierto al crucero?

—Subamos, hermanito mío.

Abandonaron precipitadamente el camarote y subieron a cubierta. Justo en aquel momento algunos hombres estaban sacando del agua una cajita de metal, que un

pirata, a las primeras luces del alba, había descubierto a unas docenas de metros a estribor.

—¡Oh!... ¡Oh!... —exclamó Yáñez—. ¿Qué significa esto? ¿Contendrá algún documento precioso? No me parece una caja corriente.

—Seguimos yendo tras las huellas del barco enemigo, ¿verdad? —preguntó Sandokán que, sin saber por qué, se sentía agitado.

—Siempre —respondió el portugués.

—¡Ah! Si fuera...

—¿Qué?

Sandokán, en vez de responder, sacó el *kriss* y de un golpe rápido rajó la cajita. Enseguida se descubrió en el interior un papel algo húmedo, pero en el que podían leerse claramente unas líneas escritas con una caligrafía fina y elegante...

215

—¡Yáñez!... ¡Yáñez!... —balbuceó Sandokán con voz temblorosa.

—Lee, hermanito mío, lee.

—Me parece que me he quedado ciego...

El portugués le quitó el papel de la mano y leyó:

¡Auxilio! Me llevan a las Tres Islas, donde me alcanzará mi tío para conducirme a Sarawak.

Mariana.

Sandokán, al oír aquellas palabras, lanzó un aullido de fiera herida. Se echó las manos a los cabellos, arrancándoselos con furor, y vaciló como si hubiera sido alcanzado por una bala.

—¡Perdida!... ¡Perdida!... ¡El *lord*!... —exclamó.

Yañez y los piratas lo habían rodeado, mirándolo con ansiedad profunda. Parecía que sufrían las mismas penas que desgarraban el corazón de aquel desventurado.

—¡Sandokán! —exclamó el portugués—. La salvaremos, te lo juro, así tengamos que abordar el barco del *lord* y atacar Sarawak y a James Brooke, que la gobierna.

El Tigre, poco antes abatido por aquel fiero dolor, se puso en pie con el rostro contraído y los ojos en llamas.

—¡Tigres de Mompracem! —tronó—. ¡Tenemos que exterminar a los enemigos y salvar a nuestra reina! ¡Todos a las Tres Islas!

—¡Venganza! —aullaron los piratas—. ¡Muerte a los ingleses y viva nuestra reina!...

216

Un instante después los tres praos daban una bordada y navegaban hacia las Tres Islas.

XV. La última batalla del Tigre

Cambiado el rumbo, los piratas pusieron febrilmente manos a la obra para prepararse a la batalla, que sería sin duda tremenda y quizá la última que sostendrían contra el aborrecido enemigo.

Cargaban los cañones, montaban las espingardas, abrían los barriles de pólvora, amontonaban a proa y a popa enorme cantidad de balas y granadas, retiraban la maniobra inútil y reforzaban las más necesarias, improvisaban barricadas y preparaban los garfios de

abordaje. Hasta subieron a cubierta los recipientes de bebidas alcohólicas para derramarlos sobre el puente del barco enemigo e incendiarlo.

Sandokán los animaba a todos. Les prometía echar a pique aquel buque que lo había tenido encadenado, había derrotado a los piratas más valientes y le había arrebatado a su prometida.

—¡Sí, destruiré a ese maldito, lo incendiaré! —exclamaba—. Quiera Dios que llegue a tiempo para impedir que *lord* Guillonk me la arrebathe.

—Atacaremos incluso al *lord*, si es necesario —dijo Yáñez—. ¿Quién podrá resistir el ataque de ciento veinte tigres de Mompracem?

—¿Y si llegásemos demasiado tarde y el *lord* hubiera partido ya para Sarawak a bordo de un barco rápido?

—Lo alcanzaremos en la ciudad de James Brooke. Más me preocupa el modo de apoderarnos del crucero, que a estas horas ya debe de estar anclado en las Tres Islas. Habría que sorprenderlo, pero... ¡Ah, no tenemos memoria!

—¿Qué quieres decir?

—Sandokán, ¿recuerdas lo que intentó hacer *lord* James, cuando lo atacamos en el sendero de Victoria?

—Sí —murmuró Sandokán, que sintió que se le erizaban los cabellos en la cabeza—. ¡Gran Dios! ¿Y tú crees que el comandante pueda...?

—Puede haber recibido la orden de matar a Mariana antes que dejarla caer de nuevo en nuestras manos.

—¡No es posible!... ¡No es posible!

—Y yo te digo que temo por tu prometida.

—¿Y entonces? —preguntó Sandokán con voz muy débil.

Yáñez no respondió; parecía absorto en profundos pensamientos. De pronto, se dio un golpe en la frente con violencia, exclamando:

—¡Ya está!...

—Habla, hermano, explícate. Si tienes un plan, échalo fuera.

—Para impedir que pueda suceder una catástrofe, sería necesario que uno de nosotros, en el momento del ataque, estuviera cerca de Mariana para defenderla.

—Es cierto, pero ¿de qué modo?

—He aquí el plan. Tú sabes que en la escuadra que nos atacó en Mompracem había praos del sultán de Borneo.

—No lo he olvidado.

—Yo me disfrazaré de oficial del sultán, enarbolaré la bandera de Varauni y abordaré el crucero, fingiéndome mandado por *lord James*.

—¡Muy bien!

—Diré al comandante que tengo que entregar una carta a *lady Mariana* y, apenas me encuentre en su camarote, me atrincheraré con ella. Al primer silbido mío, se lanzan contra el barco y comienzan la lucha.

—¡Ah, Yáñez! —exclamó Sandokán, estrechándolo contra su pecho—. ¡Cuánto te deberé, si lo logras!

—Lo conseguiré, Sandokán, siempre que lleguemos antes que *lord Guillonk*.

En aquel instante se oyó gritar desde el puente:

—¡Las Tres Islas!

Sandokán y Yáñez se apresuraron a subir a cubierta. Las islas señaladas aparecían a siete u ocho millas. Todos los ojos de los piratas examinaron aquel montón de acantilados, buscando ávidamente el crucero.

—Ahí está —exclamó un dayako—. Allá veo el humo.

—Sí —confirmó Sandokán, cuyos ojos parecieron incendiarse—. Allá se ve un penacho negro que se alza detrás de aquel arrecife. ¡El crucero está allí!

—Procedamos con orden y preparémonos para el ataque —dijo Yáñez—. Paranoa, que embarquen otros cuarenta hombres en nuestro prao.

El trasbordo se realizó con presteza y la tripulación, de unos setenta hombres aproximadamente, se reunió en torno a Sandokán, que hizo señas de querer hablar.

—Cachorros de Mompracem —dijo con aquel tono de voz que fascinaba e infundía a aquellos hombres un valor sobrehumano—: La partida que vamos a jugarnos será terrible, porque tendremos que luchar contra una tripulación más numerosa y aguerrida que la nuestra; pero recuerden que esta será la última batalla que combatirán bajo el Tigre de Malasia y en donde se encontrarán frente a los que destruyeron nuestro poderío y violaron nuestra isla, nuestra patria adoptiva. Cuando yo dé la señal, irrumpen con el antiguo valor de los tigres de Mompracem sobre el puente del barco: ¡yo lo quiero así!

—Los exterminaremos a todos —exclamaron los piratas, agitando frenéticamente las armas—. ¡Mande, Tigre!

—Ahí, en ese maldito barco que vamos a atacar, está la reina de Mompracem. ¡Quiero que vuelva a ser mía, que vuelva a ser libre!

—La salvaremos o moriremos todos.

—Gracias, amigos. Ahora vayan a sus puestos de combate y desplieguen en los palos las banderas del sultán.

Izaron los estandartes y los tres praos se dirigieron hacia la primera isla, más exactamente hacia una pequeña bahía, en cuyo fondo se veía confusamente una masa negra rematada por un penacho de humo.

—Yañez —dijo Sandokán—, prepárate; dentro de una hora estaremos en la bahía.

—Esto se hace en un momento —respondió el portugués, y desapareció bajo el puente.

220

Los praos continuaban avanzando con las velas medio recogidas y la gran bandera del sultán de Varauni en la cima del palo mayor. Los cañones estaban preparados, las espingardas también y los piratas tenían las armas a mano, dispuestos a lanzarse al abordaje.

Sandokán espiaba atentamente desde proa al crucero, que se hacía más visible a cada minuto y que parecía estar anclado, a pesar de que aún tuviera encendida la máquina. Se diría que el formidable pirata, con la potencia de su mirada, intentaba descubrir a su adorada Mariana.

Profundos suspiros exhalaba su amplio pecho, su frente se oscurecía y sus manos atormentaban impacientemente la empuñadura de su cimitarra. Su mirada, que brillaba como vivo fuego, recorría el mar que circundaba las Tres Islas, como si intentase descubrir alguna cosa.

Sin duda temía ser sorprendido por *lord* Guillonk en el furor de la batalla y cogido por la espalda.

El cronómetro de a bordo señalaba el mediodía cuando los tres praos llegaron a la desembocadura de la bahía.

El crucero estaba anclado justamente en el centro. En la punta de la cangreja ondeaba la bandera inglesa y en la cima del palo mayor el gran estandarte de los barcos de guerra. Sobre el puente se veían varios hombres paseando. Los piratas, al ver aquella nave a tiro de cañón, se precipitaron como un solo hombre sobre las piezas de artillería, pero Sandokán los detuvo con un gesto.

—¡Todavía no! —dijo Yáñez.

El portugués subía entonces, disfrazado de oficial del sultán de Varauni, con una gran casaca verde, largos calzones y un voluminoso turbante en la cabeza. En la mano llevaba una carta.

—¿Qué papel es ese? —preguntó Sandokán.

—La carta que entregaré a *lady* Mariana.

—¿Qué has escrito?

—Que estamos preparados y que no se traicione.

—Tendrás que entregársela tú, si quieres atrincherarte junto a ella en el camarote.

—No se la encomendaré a nadie, puedes estar tranquilo, hermanito mío.

—¿Y si el comandante te acompañase hasta ella?

—Si veo que el asunto se embrolla, lo mato —respondió Yáñez fríamente.

—Te juegas una fea carta, Yáñez.

—¡La piel, querrás decir! Pero espero seguir conservándola intacta. En fin, escóndete y déjame el mando de los barcos durante unos minutos. Y ustedes, cachorros, arreglen un poco más decorosamente esos hocicos, recuerden que somos fidelísimos súbditos de ese gran canalla que se hace llamar sultán de Borneo.

Estrechó la mano a Sandokán, se acomodó bien el turbante y gritó:

—¡A la bahía!

El barco entró en la pequeña ensenada y se aproximó al crucero, seguido a breve distancia por los otros dos.

—¿Quién vive? —preguntó un centinela.

—Borneo y Varauni —respondió Yáñez—. Noticias importantes de Victoria. ¡Eh, Paranoa, deja caer el ancla y suelta la cadena, y ustedes, abajo los guarda bordos! ¡Atentos a los tambores!...

Antes que los centinelas abrieran la boca para impedir que el prao llegara bordo contra bordo, ya estaba realizada la maniobra. El barco fue a chocar contra el crucero bajo el ancla de estribor y se quedó allí clavado.

—¿Dónde está el comandante? —preguntó Yáñez a los centinelas.

—Separe usted el barco —dijo un soldado.

—¡Al diablo los reglamentos! —respondió Yáñez—. ¡Por Júpiter! ¿Tienen miedo de que mis barcos hundan al suyo? Vamos, espabílese y llamen al comandante, que tengo órdenes que comunicarle.

El teniente subía entonces al puente con sus oficiales. Se aproximó a la amura de popa y, al ver a Yáñez que le mostraba una carta, mandó a bajar la pasarela.

—Ánimo —murmuró Yáñez volviéndose hacia los piratas, que miraban fijamente al barco de vapor con ojos crueles.

Dirigió luego una mirada a popa y sus ojos se encontraron con los de Sandokán, el cual se mantenía oculto bajo una tela echada encima de la escotilla.

En menos de lo que tarda en decirse, el bravo portugués se encontró en el puente del vapor. Se sintió invadido por un vivo temor, pero su rostro no traicionó la turbación de su alma.

—Capitán —dijo, inclinándose con desenvoltura—, tengo que entregar una carta a *lady* Mariana Guillonk.

—¿De dónde viene?

—De Labuán.

—¿Qué hace *lord* Guillonk?

—Está armando un buque para venir a reunirse con usted.

—¿No le ha dado ninguna carta para mí?

—Ninguna, comandante.

—¡Qué raro! Deme la carta y se la entregaré ahora mismo a *lady* Mariana.

—Lo siento, comandante, pero tengo que entregársela yo —respondió Yáñez audazmente.

—Sígame, entonces.

Yáñez sintió que la sangre se le helaba en las venas. Si Mariana hiciera un gesto, estaría perdido.

Echó una mirada a popa y vio subidos a los palos del prao diez o doce piratas, mientras que otros tantos estaban apiñados sobre la pasarela.

Parecían estar a punto de abalanzarse sobre los marineros ingleses, pues los observaban con curiosidad.

Siguió al capitán y bajaron juntos la escalera que conducía a popa. El pobre portugués sintió que se le erizaban los cabellos cuando oyó al capitán llamar a una puerta y a *lady Mariana* responder:

—Adelante.

—Un mensaje de su tío *lord James Guillonk* —dijo el capitán al entrar.

Mariana estaba de pie en medio del camarote, pálida, pero altiva. Al ver a Yáñez no pudo reprimir un sobresalto, pero no dejó escapar un grito. Lo había comprendido todo.

224

Recibida la carta, la abrió maquinalmente y la leyó con una calma admirable.

De pronto Yáñez, que se había puesto pálido como un muerto, se acercó a la ventana de babor, exclamando:

—Capitán, veo un barco de vapor que se dirige hacia aquí.

El comandante se precipitó hacia la ventana para cerciorarse con sus propios ojos. Rápido como un relámpago, Yáñez se le echó encima y le golpeó furiosamente el cráneo con la empuñadura del *kriss*.

El infeliz cayó al suelo medio descalabrado, sin dejar escapar un suspiro. *Lady Mariana* no pudo reprimir un grito de horror.

—Silencio, hermanita mía —dijo Yáñez, mientras amor-
dazaba y ataba al desgraciado comandante—. Si lo he
matado, que Dios me perdone.

—¿Dónde está Sandokán?

—Está dispuesto a comenzar la batalla. Ayúdeme a
atrincherarnos, hermanita.

Tomó un pesado armario y lo empujó hacia la puer-
ta, amontonando luego detrás de él cajas, anaqueles y
mesas.

—Pero ¿qué va a pasar? —preguntó Mariana.

—Enseguida lo sabrás, *milady*—respondió Yáñez, sa-
cando la cimitarra y las pistolas.

Se asomó a la ventana y dio un agudo silbido.

—Atención, hermanita —dijo luego, poniéndose detrás
de la puerta con las pistolas en la mano.

En aquel instante unos alaridos terribles estallaron en
el puente.

—¡Sangre! ¡Sangre! ¡Viva el Tigre de Malasia!

Siguieron tiros de fusil y de pistola, luego gritos indes-
criptibles, blasfemias, invocaciones, gemidos, lamentos,
un furioso chocar de hierros, ruido de pasos, corridas y el
sordo rumor de los cuerpos que caían.

—¡Yáñez! —gritó Mariana, que se había puesto pálida
como una muerta.

—¡Ánimo, truenos de Dios! —vociferó el portugués—.
¡Viva el Tigre de Malasia!

Se oyeron pasos precipitados que bajaban la escalera
y algunas voces que llamaban:

—¡Capitán! ¡Capitán!

Yáñez se apoyó contra la barricada, mientras Mariana hacía lo mismo.

—¡Por mil escotillas! ¡Abra, capitán! —gritó una voz.

—¡Viva el Tigre de Malasia! —tronó Yáñez.

Fuera se oyeron imprecaciones y gritos de furor, luego un golpe violento sacudió la puerta.

—¡Yáñez! —exclamó la joven.

—No tema —respondió el portugués.

Otros tres golpes desquiciaron la puerta y de un hazo abrieron una gran hendidura. Introdujeron el cañón de un fusil, pero Yáñez, rápido como un relámpago, lo levantó y disparó la pistola a través de la abertura.

Se oyó caer un cuerpo a tierra pesadamente, mientras los otros volvían a subir a toda prisa la escalera, gritando:

—¡Traición! ¡Traición!

226

La lucha continuaba en el puente del buque y los gritos se oían ahora más fuertes que nunca, mezclados con tiros de fusil y de pistola. De cuando en cuando, en medio de toda aquel bullido, se oía la voz del Tigre de Malasia, que lanzaba sus bandas al asalto.

Mariana había caído de rodillas y Yáñez, furioso por saber cómo iban las cosas fuera, se afanaba por remover los muebles apilados.

De improviso se oyeron algunas voces que gritaban:

—¡Fuego! ¡Sálvese quien pueda!

El portugués palideció.

—¡Truenos de Dios! —exclamó.

Con un esfuerzo desesperado derribó la barricada, cortó de un cimitarrazo las ligaduras que sujetaban al

pobre comandante, aferró a Mariana entre los brazos y salió corriendo.

Densas nubes de humo habían invadido ya el pasadizo y en el fondo se veían las llamas irrumpiendo en los camarotes de los oficiales.

Yáñez subió a cubierta con la cimitarra entre los dientes.

La batalla estaba a punto de terminar. El Tigre de Malasia atacaba entonces furiosamente el castillo de proa, en el que se habían atrincherado treinta o cuarenta ingleses.

—¡Fuego! —gritó Yáñez.

Al oír aquel grito, los ingleses, que ya se veían perdidos, se arrojaron sin pensárselo dos veces al mar. Sandokán se volvió hacia Yáñez, derribando con ímpetu irresistible a los hombres que lo rodeaban.

227

—¡Mariana! —exclamó, tomando entre sus brazos a la joven—. ¡Mía!... ¡Al fin mía!

—¡Sí, tuya, y esta vez para siempre!

En el mismo instante se oyó retumbar en el mar un cañonazo. Sandokán lanzó un verdadero rugido:

—¡Lord Guillonk! ¡Todos a bordo de los praos!

Sandokán, Mariana, Yáñez y los piratas que se habían salvado del combate abandonaron el buque, que ya ardía como un haz de leña seca, y se embarcaron en los tres barcos, llevándose a los heridos.

En un abrir y cerrar de ojos se desplegaron las velas, los piratas echaron mano a los remos y los tres praos salieron rápidamente de la bahía, adentrándose hacia alta mar.

Sandokán llevó a Mariana a proa, y con la punta de la cimitarra le mostró un pequeño bergantín que navegaba a distancia de setecientos pasos en dirección de la babia.

A proa, apoyado en el bauprés, se distinguía un hombre.

—¿Lo ves, Mariana? —le preguntó Sandokán.

—¡Mi tío! —balbució.

—¡Míralo por última vez!

—¡Ah, Sandokán!

—¡Trueno de Dios! ¡Él! —exclamó Yáñez.

Tomó la pistola de un malayo y apuntó al *lord*, pero Sandokán le desvió el arma.

—¡Para mí es sagrado! —dijo tétricamente.

El bergantín avanzaba con rapidez, procurando cortar el camino a los tres praos; pero ya era demasiado tarde. El viento empujaba velozmente los barcos hacia el este.

—¡Fuego sobre esos miserables! —se oyó gritar al *lord*.

Sonó un cañonazo y la bala derribó la bandera de la piratería, que Yáñez acababa de desplegar.

Sandokán se llevó la mano diestra al corazón, su rostro se puso más tétrico y murmuró:

—¡Adiós piratería! ¡Adiós, tigres de la Malasia!

De pronto, se separó de Mariana y se inclinó sobre el cañón de proa. El bergantín disparaba furiosamente, lanzando a los barcos nubes de metralla. Sandokán no se movía; seguía mirando.

De improviso se levantó y aplicó la mecha. El cañón se inflamó, y un instante después, el palo trinquete del

bergantín, agujereado en su base, caía al mar aplastando la amura.

—¡Mira, mira! —exclamó Sandokán—. ¡Ahora, sígueme!

El bergantín se detuvo de pronto, viraba de bordo, pero continuaba disparando.

Sandokán tomó a Mariana, la llevó a popa y se la mostró al *lord*, que gritaba como un loco en la proa de su barco:

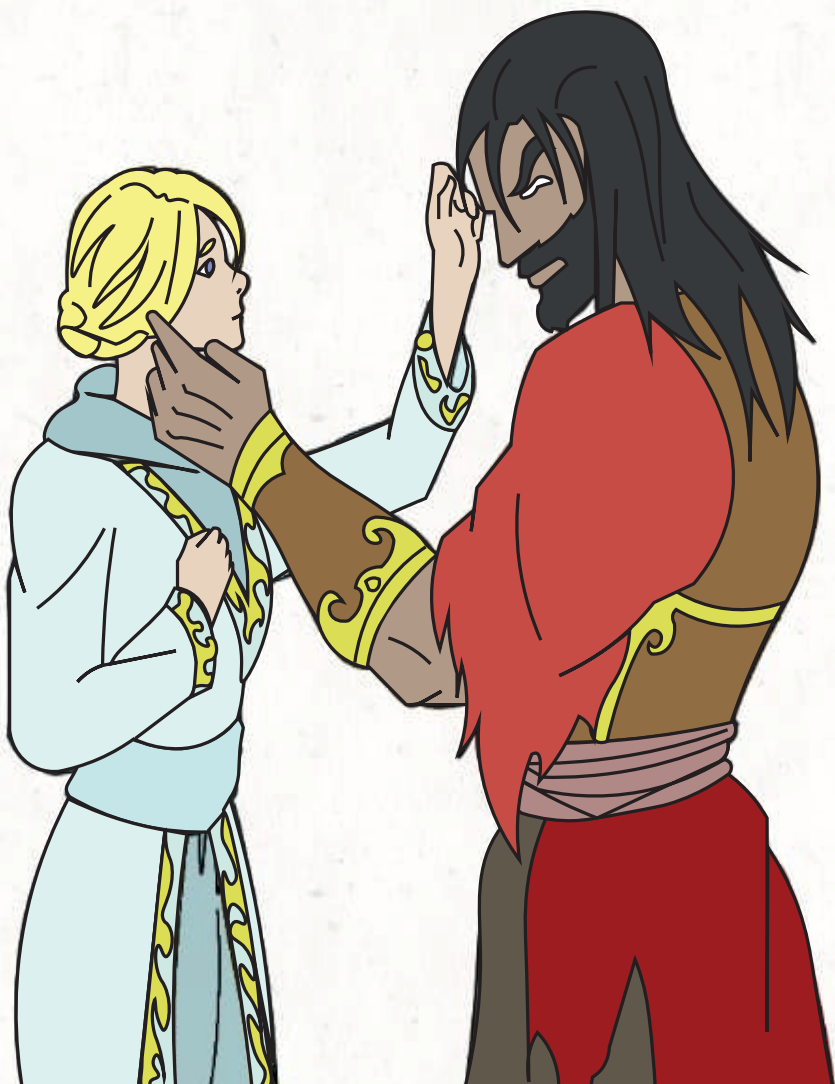
—¡Mira a mi mujer! —le dijo.

Enseguida retrocedió lentamente, con la frente sombría, los ojos torvos, los labios apretados y puños cerrados, murmurando:

—¡Yáñez, pon la proa a Java!

Dio dos vueltas sobre sí mismo y cayó en brazos de su adorada Mariana; y aquel hombre, que no había llorado en su vida, prorrumpió en sollozos, diciendo:

—¡El Tigre ha muerto!



FIN

La colección de literatura juvenil “Vuela el Pez” de la Biblioteca del Congreso de la Nación reúne obras fundamentales de autores latinoamericanos y universales para niños y adolescentes.

La selección de los títulos tiene la intención de acercar a los jóvenes al maravilloso mundo de la lectura y al universo mágico de las historias.

COLECCIÓN JUVENIL “VUELA EL PEZ”

